

Anna Genovés

El Legado de la Rosa Negra

Copyright © 2014 Anna Genovés

Todos los derechos reservados a su autora

Titulo de la edición: El Legado de la Rosa Negra

Autora: Anna Genovés

Corrección: Jon Alonso

Presentación: Anna Genovés

Asiento Propiedad Intelectual 09/2004/1549

Última modificación V-1773-13

A mis padres y a mi tía Marujita.

Gracias por alimentar mi fantasía.

... “Se parecía a esas aventuras fantásticas

que sólo los dioses y los héroes

son dignos de protagonizar” ...

Victoria Holt

Presentación

A lo largo de la vida, pasamos por distintas etapas, y, llegada una cierta edad, nos miramos al espejo y nos decimos a nosotros mismos: “pues no estoy nada mal para los años que tengo”. Es algo que puede sonar a tópico, pero ocurre. Sin embargo, cuando repasas fotografías antiguas comprendes esa evolución... En el arte, sucede lo mismo.

Esta novela la escribí a los veintipocos años y el manuscrito original tenía más de quinientas páginas. Fue un periodo muy duro; marcado por insatisfacciones personales. Pero también de grandes aventuras, que han sido plasmadas en esta historia. Recuerdo que comencé a tener insomnio. Todo comenzó a partir de un accidente en el que perdió la vida mi mejor amiga. Y se agravó con mi insatisfacción laboral; años de duro trabajo, compartido con los estudios universitarios. Por otro lado, mi amor platónico: se desposó.

Con este peligroso triángulo, mis ansias literarias se acrecentaron hasta cotas inimaginables. Los poemas se quedaban cortos; lo mismo que los relatos. Comencé a escribir *El Legado de la Rosa Negra* por las noches. El círculo vicioso de los crepúsculos en blanco, aumentó. La novela, cómo no, era tan romántica como mi corazón. Por aquel entonces, leía a Victoria Holt y tuve la suerte de viajar muchísimo, entre otros países, visité Egipto; pieza clave del manuscrito.

Cuando, hace unos meses, me decidí a revisarla para su publicación, Me asombré con su relectura: ¡qué romántica era! ¡Qué aventurera! La sangre

corría por mis venas en plena ebullición. Mi personalidad se fragmentaba entre la joven que aparentaba ser y la que era. Además, el original había sufrido varias reformas, pasado por varios concursos, fotocopiado en distintas ocasiones como regalo a familiares, registrada por Propiedad Intelectual otras tantas veces y, hasta tuvo un contrato por tres años con la Agente Literaria Antonia Kerrigan, que miré el otro día, a cuento de escribir esta sinopsis. La bofetada fue terrible, la agente no contrató sólo esta novela, sino todo lo que escribiera a partir de la firma del documento. Retoques de la misma incluida. Estúpida de mí, nunca volví a enviarle un segundo manuscrito.

Por otro lado, el original estaba escrito a mano. Pasaron varios años, hasta que se mecanografió en una Olivetti de una manera muy entrañable: estaba de vacaciones. Todas las tardes, mi amigo Pablo se acercaba a casa. Yo le dictaba durante varias horas. Después, me sentaba en la terraza y volvía a leerla en alto. Esta vez para dos espectadoras muy especiales: mi mamá y mi tía Marujita. De ahí la dedicatoria. Durante aquel verano, perdido en la memoria, me sentí radiofónica. De hecho, en más de una ocasión he barajado la posibilidad de donarla por entregas. Pasó un lustro hasta que las hojas mecanografiadas se escanearon, una a una, para convertirse en un documento Word. Su título consta de seis palabras, cuatro de ellas escritas con la primera letra en mayúscula, por ser un tributo a la novela *La Noche de la Séptima Luna* de Victoria Holt, rotulado de igual forma; de donde he tomado la frase que aparece al inicio de esta obra literaria.

El Legado de la Rosa Negra, está narrada en primera persona y tiene unas descripciones tan minuciosas, que el lector participa desde la primera página. Consta de tres apartados: el romance, el periodo intermedio y el descubrimiento de enigmas. El amor fue el arma con que Eva Lagos se enfrentó al mal. Recuperó su libertad y descifró los enigmas de un antiquísimo linaje cuyos orígenes se remontaban al Egipto faraónico.

Como veréis, esta novela es tan especial como atrayente. Os invito a descubrirla...

Anna Genovés

El Legado de la Rosa Negra

*Entrelazados como uno sólo
vagamos por el firmamento onírico
de nuestras incautas mentes
juntos, el uno con el otro,
para siempre, amanece y amanece.*

1

Ahora que la granada de la madurez platea mis sienes, y que el tapiz de la hermosura comienza a desprenderse de mi cuerpo, he decidido escribir la gran aventura de mi vida; remarcando el fantástico episodio acaecido en mi juventud, tal como la recuerdo. Es tan romántica que me parece imposible haber sido la protagonista de esta sorprendente historia. Pero lo fui.

Dicen que los hechos, sobre el papel, se hacen más certeros. Quizás sea la única forma de vigorizar esta memoria marchita antes que el árido viento del desierto cubra mis palabras y las convierta en arena malograda. Mi debilidad siempre fueron los polígonos. Sobre todo los de tres lados: los triángulos. Y todo en esta vida tiene una explicación...

Mi padre se llamaba Alejo y era el sexto hijo de la quinta mujer de un señorón gallego. Vino al mundo con demasiados hermanos a cuestas; tan sólo heredó el apellido y una buena educación. Al enamorarse de mamá, pensó en emigrar a una región más próspera. Madre se llamaba Rosalía y era de origen humilde. Al conocer a papá, un pretendiente galante y de ojos aguamarina, cayó rendida a sus pies. Se convirtió en el príncipe de sus sueños. A los pocos meses de conocerse, se casaron y emigraron al Levante peninsular. De inmediato, quedó encinta.

Padre consiguió trabajo en una fábrica de maderas limítrofe al puerto marítimo de la capital del Turia. Todo iba viento en popa hasta que Rosalía falleció tras una pulmonía. El sepelio reunió a gran parte de la familia gallega. La abuela permaneció varios meses con nosotros e intercedió para que Marina —una de mis tías— se ocupara de mí.

El tiempo pasaba tan deprisa como la suave y cálida brisa de principios de otoño. El esfuerzo sobrehumano de Alejo comenzó a dar sus frutos. Aunque tuvo un elevado costo; el pobre apenas disponía de tiempo libre. Por las mañanas trabajaba en la fábrica y por las tardes, en un taller de ebanistería. Nunca se quejaba porque era feliz viéndome crecer. Con los años, la fascinación fue recíproca. Llegué a idolatrarlo como si fuera el epicentro del Cosmos.

Mi escolarización fue temprana; igual que mis habilidades describiendo historietas que inventaba día a día. Alejo creía en mí y decidió matricularme en un colegio de pago donde trabajaba la tía Marina: Las Hermanas Salesianas. En septiembre de 1975, con uniforme de cuadros príncipe de Gales y babero de rayas azules, comencé entusiasmada la nueva etapa educativa. Todas las jornadas, regresaba a casa con una sonrisa y nueva aventura que contar.

Con este cambio, Alejo ganó un ápice de libertad que dedicó a su hobby: la egiptología. Era su amante público desde la infancia. Mi abuelo le había mencionado un cuento sobre el país de los triángulos y, desde entonces, había devorado tantos libros sobre Egipto que se había convertido en un especialista. Siempre albergó la esperanza de visitarlo. A los siete años comencé a imitarlo. Leía y guardaba todos los artículos sobre aquella Civilización Milenaria. En mi doceavo aniversario, me llevó al Cine Xerea a ver *Faraón*[1], de Jerzy Kawalerowicz. Nunca lo olvidaré. Ese día decidí ser

arqueóloga. Estaba tan segura de conseguirlo que inventé un juego para ser intrépida en las excavaciones subterráneas. Nuestra vivienda tenía pasillos largos; cuando papá se quedaba dormido con una novela de *Estefanía* entre sus manos, recorría toda la casa a oscuras. Una noche se despertó y descubrió mi pasatiempo. Pero en vez de reñirme aplaudió mi esfuerzo: “Eva Lagos de Ulloa, llegarás lejos, muy lejos. Lo presiento” –dijo sonriendo.

Recién acabado el COU con notas brillantes, Alejo tuvo un accidente laboral y no regresó a casa. Como era su única hija, me convertí en una adolescente heredera sin más parientes cercanos que la buena de Marina. Sin embargo, la fortuna incrementó mi parentela. ¡Todos deseaban encargarse de mi tutela! Claro, me quedé con Marina. Siempre me había ayudado. Por otro lado, las Religiosas Salesianas se hicieron cargo de los trámites burocráticos y la tía se vino a vivir conmigo.

Marina era una señora de mediana edad menuda y bien proporcionada; rostro afable y carácter dicharachero —no comprendía su soltería—. En más de una ocasión había deseado que se casara con papá: la quería mucho. Al poco tiempo de su defunción, comprendí que a ella también le hubiera gustado ser mi madrastra. Por desgracia, era demasiado tarde. No obstante, el amor por Alejo cimentó nuestra vida en común. Marina se transformó en mi segunda madre y, pese a que lo hacía bien, desde la muerte de nuestro hombre, la vida se había convertido en una mentira para ambas. Marina se refugió en Dios. Yo, en mis fantasías.

Aniquilé mis sentimientos y me convertí en la niña bonita que nunca rechistaba. Necesitaba llenar el profundo hueco que papá había dejado; quizás, convirtiéndome en sumisa todo el mundo me querría —eso pensaba en aquella etapa de cambios perpetuos—. Pero no lo conseguí. Un día caí al vacío. Comencé a sufrir insomnio y trastornos psiquiátricos: pérdida de apetito, irritabilidad, tristeza, sentimiento de culpabilidad, incapacidad de concentración, bajo rendimiento académico, disortografía[2] y pensamientos suicidas recurrentes. Me sentía fatal. Marina, mal aconsejada por la Iglesia, repetía mi inmadurez hasta la saciedad; se convirtió en un insaciable Pepito Grillo[3]. Pasé una buena temporada preguntándome si me había equivocado con ella.

Recién cumplidos los dieciocho busqué un especialista. Me dejé llevar por la intuición. Y acerté. Mi psiquiatra se llamaba Antonio Müller Beneito.

Tenía la consulta en un barrio céntrico de Valencia. Al principio lo visitaba dos veces por semana. Después, los encuentros se espaciaron. Mi Freud particular me hizo entender que el duelo por la muerte de Alejo había degenerado en una depresión mayor. Con su ayuda, recobré la alegría en pocos meses. Nació la verdadera Eva: apasionada, creativa, enérgica, generosa, independiente y sensible. Dejé de ser la niñita que siempre agradaba a todos.

Marina sufría mi metamorfosis y, nuestra relación, hacía aguas. A los seis meses, la convencí para que conociera a mi terapeuta. Tras varias sesiones conjuntas, volvimos a entendernos de maravilla. Pese a ello, no perdoné a las monjitas porque mis finanzas habían mermado demasiado. Su asesoramiento espiritual había salido muy costoso. A la tía no le parecía bien mi distanciamiento eclesiástico; pero terminó por claudicar al ver con sus propios ojos, cómo había disminuido nuestro capital.

Aparqué el Selectivo un año académico: necesitaba comprenderme. Empero, como no deseaba estar inactiva, durante ese periodo de asueto académico, decidí sacarme el título de monitora de Aeróbic. Algo que, a posteriori, resultó esencial en mi vida. Era una fiel seguidora de Jane Fonda y en poco tiempo tuve la acreditación pertinente. Meses después, me matriculé en la Universidad de Geografía e Historia. Especialidad: arqueología y prehistoria. Disfrutaba estudiando y no me costaba demasiado esfuerzo conseguir buenas notas. Todo cambió cuando descubrí que entre chicas y chicos hay un gran abismo. Hasta ese momento, mis escauceos amorosos habían sido tan escasos como un dique seco.

Tenía que recobrar el tiempo perdido a toda pastilla. Llegado este punto, inventé miles de artimañas para agradar a los hombres. Descubrí mi sexapil y me convertí en una presumida: edad de vanidad. Maquillaba mis golosos labios y perfilaba mis ojos de gato con kajal negro. Utilizaba faldas entubadas y camisetas provocativas. Mis flirteos fueron in crescendo; y el rendimiento académico descendió. En segundo de carrera conocí a Salva, cuya tesis sobre *Las Mujeres en el Egipto Faraónico* unido a sus atributos viriles, terminaron por cautivarme. En pocos días, comenzamos a salir juntos. Fue mi primer amor.

La tía estaba feliz. Salva le caía bien y las notas volvieron a ser excelentes. Al año siguiente, le concedieron una beca de investigación en

Londres. Más tarde, marchó a una excavación en Irán. Allí, conoció a una antracóloga[4] que le robó el corazón. La distancia, no equivale al olvido. No obstante, puede mostrarte placeres irresistibles.

2

Aquel triste acontecimiento, significó un nuevo duelo en mi vida; Salva había encontrado a otra mujer mientras que yo lo había perdido. Pensé que aquello era el fin del mundo. Volví a caer en los abismos de la amargura. Con el tiempo, comprobé que dicho pensamiento era erróneo. Mientras tanto, disfracé mi distimia[5] con nuevas amistades y nuevo look.

Corté mi melena, ondulada y trigueña, a lo Audrey Hepburn en *Historia de una Monja*. Transformada en un chavalín desaliñado, flirteé con ambos sexos. Marina estaba preocupada; no era para menos. Iba vestida de chico y había dejado las visitas al psiquiatra. Nuestras pláticas eran perpetuas...

—¡Qué caprichosa nos ha salido la niña! ¡Siempre a la última moda!
—decía mi tía llena de nostalgia, deseando verme como una señorita.

—Marina, no te preocupes por el qué dirán: no voy sucia, no me drogo, no fumo, no bebo y, por supuesto, no voy con hombres —contestaba asiéndola entre mis brazos.

—Si lo sé. Pero...

—No hay peros que valgan. Además, terminaré el curso con varios sobresalientes. ¿Qué más quieres?

—Nada, cariño, nada. Me gusta que seas más femenina. No es que estés fea con esos pantalones rotos y esos imperdibles a modo de broches cutres, como decís los jóvenes, ¡eso es imposible! Pero vestida de jovencita estabas más favorecida. A veces, un pelín exagerada. Hija, ¡ni una cosa ni la otra! ¿No te parece? —argumentaba moviendo la cabeza.

—Los cambios son buenos. Te dan la oportunidad de conocer nuevos horizontes —le contestaba con firmeza sin dejar de agasajarla.

—¡Piénsalo bien! A ese cuerpo tan lindo le favorecen más las prendas

ajustadas. Ya lo he dicho. ¡Hala!

—Quizás algún día vuelva a enfundarme esas angostas faldas que marcan mis curvas sobremanera —le decía acariciando mi silueta.

Las dos reíamos.

—¡Quizás algún día! Soy demasiado mayor para comprender a la juventud —se disculpaba mi pobre tía poniendo cara de perro pachón.

—¡Nada de eso! Estás en lo mejor de la vida —le decía volviéndola a zarandear.

Marina siempre acababa dándome la razón.

Mantuve el mismo look hasta finalizada la carrera y la tesis sobre *Nefertiti y su ambigüedad sexual*. Me doctoré sin tantas glorias como se esperaba. Pero acumulé la *titulitis* necesaria para creer que iba a comerme el mundo. Nada más lejos de la realidad.

Fui a la caza de mi primer empleo con una sonrisa de oreja a oreja. Alegría que se borró a las pocas semanas; comprendí que para ser *Indiana Jones* era imprescindible tener un buen padrino en alguna excavación lejana o con una cuenta corriente bien mullida. Por suerte, era monitora de Aerobic.

Antes de patearme todos los gimnasios de la ciudad, retomé una línea *sportwear* que resaltaba mi silueta. Cambios necesarios si pretendía dedicarme al mundo del deporte. Me costó unas semanas asimilar mi novedoso aspecto. A la par, agradecí volver a escuchar algún que otro piropo.

Una mañana, recibí la llamada de un polideportivo en el que había dejado mi currículum: necesitaban una monitora de gimnasia. Días más tarde, comencé a trabajar en un complejo deportivo de alto *standing*[6]. Se impartían multitud de disciplinas. Amén de contar con una boutique de ropa deportiva, cafetería y balneario. De poco me habían servido los años hincando codos. Al margen, ¡por fin había encontrado un buen trabajo!

A posteriori, comprobé que las hijas del gerente iban a las Hermanas Salesianas. Sin comerlo ni beberlo me había convertido en una enchufada. ¡Con el asco que me daban! Y encima, tenía que agradárselo a quien menos deseaba: la iglesia. Estuve intranquila durante un tiempo. Después, acepté que Dios me había echado una mano y pasé de página.

En poco tiempo, me convertí en una monitora excelente. A veces, una sonrisa o una muestra de cariño, son más efectivas que el mayor de los discursos. Al año siguiente, me especialicé en danza del vientre. La respuesta

entre los alumnos fue tan positiva que la empresa me costeó un máster en París. Lo impartía la bailarina egipcia Salma Meriet Al-Nebet.

La ciudad de la luz me brindó unos meses inolvidables. Me consagré en danza oriental y conocí a personas de culturas variopintas que enriquecieron mi personalidad. Frecuenté los barrios bohemios y sus espectaculares museos. Mi amistad con Salma reabrió una cicatriz encallada. Mi pasión por Egipto afloró con una fuerza tan obsesiva que decidí visitarlo lo antes posible. Regresé a Valencia con muchas ilusiones; y mantuve contacto con mi profesora, a quien visité algunos fines de semana.

Hacía una década que Alejo había fallecido y necesitábamos reajustar nuestra economía. La tía estaba recién jubilada: era el momento idóneo para cortar por lo sano con nuestras queridas religiosas salesianas. Se habían cobrado con creces las ayudas prestadas. Creía que el asunto iba a ser peliagudo. Sin embargo, resultó bastante más sencillo de lo pensado. En el fondo, no eran tan pérfidas: *ego te absolvi*[7].

Pese a ello, tuvimos que aprender a vivir con mi sueldo y su pensión. Mi sueño de visitar las pirámides de Gizeh tenía que posponerse nuevamente. Una voz interior me decía: “Ahorra y viajarás al país de los triángulos”.

Un buen día, Celia —una de las alumnas— me invitó a merendar. Estábamos en una cafetería, de improviso cambió de tema y me explicó que su marido era el propietario de una lujosa sala de baile. Desconocía por qué me lo explicaba hasta escuchar una propuesta laboral. Me pilló por sorpresa. Ella, advirtió mi perplejidad y retomó la palabra:

—Creo que no me he explicado bien. Verás, mi esposo es el propietario de Paradis, una sala de baile nocturno de muy buena reputación. Te ha visto bailar y ha pensado que quizás estarías interesada en un extra laboral.

—¡Ah! Ya veo —dije sin salir de mi asombro.

—Medítalo. Podemos visitarlo; te lo presento y habláis de los pormenores del asunto... Te caerá fenomenal, ¡es todo un caballero!

—No lo dudo —contesté aturdida.

—¡Eres un cielo!

—Te conozco desde hace mucho tiempo. Confío en ti —aseveré.

—Gracias querida —respondió con una sonrisa—. Por cierto, es un trabajo muy bien remunerado.

La conversación se había vuelto cálida y privada: Celia me daba

golpecitos en la espalda, animándome. No tenía ni la más remota idea de qué sala se trataba. Poco importaba; tan sólo visualizaba una ESE muy grande con dos líneas verticales que la atravesaban. ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero!... Mi masa encefálica trabajaba al mil por cien repitiéndose una y otra vez: “¡visitarás Egipto!”. Procure contestar sin demasiada euforia.

—La propuesta me parece interesante... —terminé por decir.

—Por supuesto que lo es, cielo. Mi esposo se llama Arturo; con un nombre tan aristocrático cómo va a proponerte algo mediocre —insinuó con un guiño.

—Claro —contesté por inercia.

—Sabía que nos entenderíamos.

Mi alumna mantenía un tono cordial que animaba a comprometerse. Antes deseaba averiguar los pormenores de la sugerente oferta.

—Celia, una pregunta...

—Lo que necesites. ¿Tú dirás...?

—Si Arturo me ha visto bailar es porque va al gimnasio...

Preséntamelo. Después, ¡ya veremos! ¿Qué te parece? —insinué para tomar las riendas del asunto.

—¡Ojalá fuera tan sencillo! Entrena de tarde en tarde... Fue una casualidad que coincidiérais —añadió con un sutil victimismo.

—Entiendo... —repose mordiéndome el labio inferior.

—La verdad, veo difícil que volváis a coincidir —comentó Celia interpretando mi malestar.

—Si tú lo dices... —admití con una tímida sonrisa.

Celia era una de mis mejores alumnas: tenía mucho estilo y, lo que era más importante, una reputación impecable (pertenecía a la Jet de Valencia). ¿Por qué iba a mentirme? —pensé dubitativa—. Al final, quedamos para cenar juntas el sábado por la noche; saldríamos a divertirnos un buen rato y visitaríamos el local de su partenaire.

Me arreglé con el único traje de chaqueta que tenía: un diplomático negro con raya gris perla a juego con un bustier de raso satinado. Horas más tarde, me alegré de la elección. Celia vestía un Chanel en tonos marrones, rematado con una filigrana cobre. ¡Estaba elegantísima!

Cenamos sushi en un japonés. Posteriormente, nos desplazamos a la enigmática sala que resultó ser un distinguido club de striptease. Aunque

parecía un pub selecto con decoración moderna, algunos objetos lo delataban: mesas de aluminio envueltas por silloncitos índigo a lo largo de una pasarela que desembocaba en una especie de anfiteatro. En el centro, dos ejes metálicos se alzaban hasta el techo cubierto, cuasi en su totalidad, por numerosos halógenos que otorgaban a la zona una sugerente provocación.

Mi imaginación voló hacia aquellos insinuantes tubulares. Al instante, aparecí semidesnuda moviéndome de forma incitante; estaba claro que iba a descubrir innumerables facetas de mi personalidad.

En el lateral derecho, una sinuosa barra de bar desaparecía en la penumbra; enfrente, la cabina del DJ[8] Una escafandra transparente suspendida en el océano. Paredes, moqueta y atrezo siguiendo la gama de los atractivos azules del fondo marino. Un abanico de infinitas posibilidades. Espectadores, camareros y bailarines, de ambos sexos. El antro era muy *cool*. Un lugar especial para gente pudiente.

En un momento impreciso de la noche, el *diyéi* anunció un pase. Segundos más tarde, apareció una atlética pelirroja en el escenario. Cabello rapado y piel nívea: indumentaria *after punk*. Su estudiada coreografía recordaba los magníficos números del film *Flash Dance*. Seguido, saltó a la pista un musculoso rubio de larga cabellera y ojos felinos: vestido al estilo de *Conan*, el héroe de Robert E. Howard. Nos deleitó con elegantes movimientos. Era obvio que todos poseían estudios específicos de danza clásica o contemporánea.

Al finalizar los números, se acercó un atractivo gentleman de cabello plateado, con un clásico de Armani gris antracita: era Arturo. Besó la mejilla de su esposa y mi mano con unos modales exquisitos. No pude evitar sonreír: me recordó al padre de Laura Palmer en la mítica serie televisiva, *Twin Peaks*.

Nuestra conversación fue directa y transparente: tenía que realizar cuatro pases de Danza Oriental los sábados por la noche. Yo elegía música y vestuario; los gastos corrían a cuenta de la empresa. No precisaba desnudo integral. Cobraría 500€ por jornada. Al escuchar la apetitosa cifra casi me atraganto con el Seven Up que bebía. Me di una vuelta por las toilettes para escapar del arrebato que subía por mi garganta y encendía mi cuello como el de un pavo real agitado. Cuando salí dije que lo meditaría.

Horas más tarde, era una amalgama de sábanas e hipotéticos euros. Sin poder conciliar el sueño, cogí una libreta y comencé a hacer números. Marina

se despertó y al verme intranquila corrió a prepararme una infusión. Soñé despierta el resto de la noche. Si aceptaba la oferta, en un año podría costearme mi anhelado peregrinaje por el Egipto faraónico. Estaba decidido: sería stripper por una temporada. La tía nunca lo descubriría. Le diría que daba clases particulares. Y así fue.

Aproveché el interés de Arturo por contratarme; y puse mis condiciones: mejora económica y discreción absoluta. Siempre bailarían con algunos accesorios que ocultarían mi verdadera identidad: lentillas oscuras y peluca negra.

Arturo no puso ninguna objeción. Como decía Alejo: “Poderoso caballero es Don Dinero”.

3

Mi integración en Paradis resultó más sencilla de lo que esperaba. Los compañeros fueron muy agradables y me acogieron con los brazos abiertos desde el primer día.

Tras varios meses como stripper, refiné mis modales. Descubrí mi potencial erótico y me convertí en un instrumento virtual de seducción. No me interesaba el sexo, sino la virilidad que despertaban mis movimientos bajo esos trajes impecables de Ermenegildo Zegna y Loewe. Disfrutaba sintiéndome deseada. Para el resto del mundo, al margen del Club de striptease, seguía siendo una joven dinámica y moderna sin demasiadas extravagancias; mi etapa metamórfica había finalizado cuando empecé a trabajar en el gimnasio. Pero en Paradis, me sentía como un atizador flagelando las pasiones de la carne desde mi trono impuro. Sabiendo que un día podía caer en la hoguera, sin perdón. Vil como las meretrices de la Gomorra bíblica. Tras una educación monacal, la huella del hábito se adhería a la piel *for ever*. Si la represión caía de golpe, te quedabas desnuda en un mundo de lobos en el que tu caperuza embaucadora y aterrada, se deshacía entre los dos mundos.

El pluriempleo fue perfecto hasta que la burbuja estalló. La completa

sintonía que reinaba en el club no era tan transparente como aparentaba. Existía una red *escort*[9] en la que estaban implicadas numerosas personalidades del mundo financiero y la política. Arturo, tenía las espaldas cubiertas. Al descubrirlo, estuve a punto de dejar el empleo. Pero me pudo la codicia y la vanidad. Hablé con mi jefe del asunto, tajante. Nunca me convertiría en una prostituta de lujo. No objetó nada: sería una simple bailarina.

Semanas después, me habló de un importante hombre de negocios árabe: estaba fascinado con mis serpenteos y deseaba conocerme. Mi contundente negación lo abstuvo de volver a mencionar algo similar durante el tiempo que permanecí a su lado.

Al año de mi incorporación en el decepcionante y turbio submundo del vodevil, mi capital había aumentado de forma considerable. Estaba decidido: viajaría a Egipto. De inmediato contacté con Salma —la profesora egipcia de danza—. Al comentarle el asunto, puntualizó que decidiera si deseaba visitarlo como turista o como arqueóloga. Hablaríamos cuando despejara mis dudas.

Me confesé con la almohada durante varios días y la llamé; quería saber si conocía algún arqueólogo que pudiera emplearme en una excavación. Se alegró por mi decisión. Tenía varios amigos en el museo de El Cairo, movería algunos hilos para que trabajara junto a los mejores egiptólogos del mundo. Una semana más tarde, volví a telefonarla: estaba entusiasmada. Descolgué el auricular y marqué su número. Pero no obtuve respuesta. Volví a intentarlo en repetidas ocasiones; al final, decidí hablar con uno de sus compañeros: Salma había desaparecido. Las malas lenguas decían que había pillado a su novio con otra; despechada se había marchado a América sin despedirse de nadie. Fue como si me hubieran tirado un jarrón de agua helada sobre la cabeza: estaba hecha polvo.

Intenté embarcarme en algún yacimiento pero fue imposible. Eran imprescindibles dos idiomas vigentes y diversas lenguas muertas. Desgraciadamente, tan sólo me defendía en inglés. Por mucho que me apetecía, era casi una ágrafa en lo referente a escritura cuneiforme o jeroglífica. Recordé a Salva —mi ex-novio—; todo un privilegiado con adoctrinamientos familiares. Era obvio, que para el resto de licenciados, los resultados eran deprimentes. Opositar a profesor de secundaria y punto. Ese era mi futuro. O seguir como monitora y stripper hasta que el cuerpo

aguantara. La decisión estaba en mis manos.

Abstraída, paseé por la ciudad. El cielo estaba plomizo con unos nubarrones opacos y tristes que emanaban lágrimas. Mi fiel reflejo. Una llovizna húmeda comenzó a calar mis huesos. Tuve que refugiarme bajo el mirador de un hermoso edificio de la plaza del Ayuntamiento. Me llamaron la atención unos rótulos: “Viajen a la Tierra de los Faraones por un precio asequible”. Convertida en autómata, entré a preguntar. La inercia guiaba mis piernas. Tomé unos catálogos y seguí mi procesión convertida en un penitente nazareno. Apreté las guías contra mi pecho como si fueran el rosario que no podía dejar de rezar.

En casa analicé mi futuro. El medio era distinto, pero el fin era el mismo: Egipto. Viajaría a la Tierra del Nilo como turista. A partir de ese momento, recopilé todos los itinerarios que pude. El invierno dio paso a su hermana la primavera; los almendros volvieron a florecer, los colores de Sorolla inundaron las avenidas, los abrigos se guardaron junto a los gorros, las bufandas, el desánimo y el rocío.

Mi mente estaba diáfana como el cielo que velaba mis pasos hacia una Agencia de Viajes céntrica. Tras hablar un buen rato con el comercial, realicé una reserva para principios de agosto. Opté por un combinado entre Marruecos y Egipto. Tenía un precio muy por encima de lo planeado. Pero valía la pena: era todo lujo. Ya que nunca olería las piedras de una excavación, por lo menos, serenaría mi ambición. El cuatro de agosto partía hacia El Magreb.

Aproveché el inicio de las rebajas de verano para surtirme de un nutrido fondo de armario en marcas punteras; acompañado de caprichos a tutiplén. El circuito por las áridas y milenarias tierras del país de mis sueños, lo merecía.

Un día antes de coger las vacaciones, exclamé mirando el calendario del centro deportivo con una verborrea simpática:

—¡Bien! Mañana comienzan mis vacaciones. En pocas horas, embarco hacia Marruecos. ¡Qué feliz soy!

Cogí por la cintura a Sonia, otra de las monitoras del gimnasio y la zarandé como a una muñeca.

—Calma, deja de moverme que voy a echar la pota. ¡Menuda energía!
—recriminó mi compañera entre carcajada y gorgoteo.

—Sonia, ¡qué tienes dieciocho años y comienzan tus vacaciones!

¿Cómo puedes estar tan tranquila? —insinué.

—Cada cual es como la han parido. Tú tienes veintisiete y pareces una chiquilla de quince —soltó la muchacha en tono despectivo.

—¿Cómo? —fruncí el ceño.

—Pues eso. Las dos sabemos que tu viajecito es sólo una tapadera para ver lo que cazas, ¿o no? Porque, ¿qué vas a hacer rodeada de moracos?

—No sabes lo que dices —la increpé de mal humor. Nadie del polideportivo conocía mis estudios universitarios y mis ansias de visitar Egipto desde la niñez.

—Todavía no he acabado. No querías hablar, ¡pues hale, conversemos!
—espetó moviendo los brazos.

—Déjalo. No vale la pena.

—¡Vaya! No te gusta lo que digo.

—OK, continúa —contesté irritada.

—No hace falta que te lo diga. Le gustas a los negracos y a los moros. A mí me dan miedo...

—No hables de ellos despectivamente. Son como nosotros, nada más; sólo que tienen diferentes costumbres.

—¡Y una mierda! Pregúntaselo a sus mujeres a ver si piensan lo mismo.

—Hay de todo Sonia —manifesté cínica.

—Sí. Uno de cada millón, es más o menos normal. Me da igual que pienses que soy racista.

—Tranquila, cada cual tiene su propia doctrina. Sólo digo que deberías recapacitar al respecto.

—¡Coño eso faltaba! Los consejitos los necesitas tú, no yo.

—Como quieras... —contesté resoplando.

—Doña perfecta ha hablado.

—¿No tienes una clase? Pues largo, ¡ya tardas! —espeté mordiéndome la lengua.

Sabía que Sonia era casi ágrafa. No merecía la pena disgustarse por razones que nunca comprendería y que no iban a llevarnos a ningún sitio. No era mala chica, pero resultaba bastante mediocre. Su única concepción de la vida era formar una familia con su novio. Un *mascachapas*[10] de cabello recortado y músculos repletos de nandrolona que no daba para mucho. Esos pensamientos cambiaron mi cabreo por una sonrisa de gratitud. Todas las

personas no tenían el privilegio o la oportunidad de estudiar en colegios privados y llegar a la universidad.

De nuestra casposa conversación, con pinceladas cargadas de intolerancia, sólo una cosa se acercaba a la realidad: no iba de cacería, como ella había insinuado. Deseaba hacer nuevos amigos. Me daba igual su nacionalidad, su sexo, su color de piel o sus creencias religiosas. En ese candente instante en el que había estado a punto de perder los nervios, desconocía que el avión que me trasportaría a Marruecos me llevaría a un destino sin retorno. Algo que cambiaría mi vida para siempre.

4

Los días previos al viaje quedaron sumergidos en una aglomeración cósmica: papeleos, despedidas, equipaje, insomnio y subidas explosivas de adrenalina. Todo estaba preparado. Por fin llegó el codiciado amanecer.

Aparecí en el aeropuerto de Manises, con mi tía, tres horas antes de embarcar, cargada con dos maletas gigantes, una mochila y unas ojerías que me llegaban hasta los pies. No me importaba. Era un torrente amazónico, impaciente por pisar la ciudad roja de Marruecos: mi primer destino.

Cuando llegamos al punto de encuentro, bajo las oscuras gafas Dolce & Gabbana avisté a una dama de mediana edad y facciones serenas que sujetaba un cartel escrito con letras enormes: Iberojet destino Marruecos y Egipto; rodeada de una multitud de personas con numerosos bultos. Supuse que eran mis compañeros de viaje. Antes de acercarme, fisgonee un poco... en un primero momento, divisé a una pareja *sportwear* de luxe con Samsonite rígidas y a una mujer vestida de Ralph Laurent. Al lado, dos caballeros acicalados de Emporio Armani. Más alejados, cuatro jóvenes estilo Timberland. Buenas marcas, no estaba nada mal —pensé regocijándome por dentro—. Muy al contrario que Marina, lloriqueando constantemente. Mi escrutinio finalizó cuando la señora del cartel habló...

—¡Escúchenme por favor, necesito un momento de atención! —indicó, elevando el tono de voz—. Todos los que viajen a Marruecos y Egipto con Iberojet, levanten la mano, por favor. Necesito hacer un recuento. Soy su guía.

¡El tiempo se nos echa encima! Debo darles los pasajes y etiquetar los equipajes: pasaremos a la zona libre de impuestos en media hora. Después, el tiempo correrá tan deprisa como un corredor velocista. Y cuando menos se lo esperen, subiremos al avión —dijo.

El corazón me dio un vuelco. En breve despegaba hacia el continente olvidado; principio y, quizás, fin de la civilización. Elevé el brazo como una autómatas. A los pocos minutos, me despedí de la tía Marina y me uní al grupeto espiado por mi insaciable curiosidad. Formábamos una piña gigante alrededor de nuestra impasible supervisora. Fue nombrándonos uno a uno con parsimonia, y comprobando nuestras identidades. Tras su minucioso conteo, se dirigió nuevamente al grupo con ese tono marcial y conciliador tan peculiar que animaba a escucharla:

—¡Bien por ustedes! Estamos todos —aplaudí unas cuantas veces moviendo la cabeza en señal de gratitud—. Me llamo Naki-al-Fayuk y soy egipcia, pueden llamarme Nak. Estaré con ustedes durante todo el viaje. Ahora facturaremos los equipajes. Cojan las etiquetas de sus maletas y rellénelas con mayúsculas. Después, péguenlas en sus enseres.

No me cabía la menor duda, Nak era una guía experimentada; certera como una leona cazando. Al traspasar la puerta de la zona libre de impuestos, vi a la buena de Marina con unos lagrimones enormes en los ojos sin parar de batir el pañuelo. Le eché un beso al aire. Desde ese instante, el tiempo literalmente voló. Embarcamos por la puerta nº6 en un Airbus 320 de Iberia con destino a Marrakech. Veinticinco personas directas a la mítica *Tamurt* —nombre bereber de Marrakech.

Al despegar cerré los ojos e imaginé que estaba en una montaña rusa; elevándome por sus vertiginosas cuestas a toda velocidad. De repente, sentí una inmensa paz. Miré por la ventanilla: la tierra comenzaba a parecer una isla lejana en medio del horizonte. Las carreteras —líneas opacas— largas y curvas entre los inmensos tornasoles que las escoltaban; las huertas, diminutas parcelas coloreadas en un lienzo de acuarela. Los vehículos, minúsculos juguetes articulados. Seguí mirando hasta que el pincel del espacio fusionó sus tonalidades. Entonces, tan sólo distinguí una mota de color pardo, como si el artista hubiera abandonado su creación para volverla a concebir más adelante.

En ese instante, giré la vista hacia el firmamento. Una hermosa y resplandeciente bóveda celeste con algodones tenues, me acompañaba.

Sumergida en un letargo perfecto, no tenía miedo a nada. Ni tan siquiera a lo desconocido.

Desde mi asiento observé a Nak. Tenía un físico cuasi perfecto. Una atractiva *mature* que marchaba erguida, en armoniosa sincronía con su atlética complexión. Cuello esbelto y cabello azabache. Brillante. Recogido en un rodete bajo. Ojos ambarinos de mirada profunda. Tenía la distinción de las míticas reinas del Antiguo Egipto.

El viaje fue un relámpago. A las diez de la mañana, pisé la ciudad roja de Marruecos. Cuarenta grados de temperatura, junto al desierto del Sahara en nuestro vecino africano. El idioma no fue problemático; casi todos sus habitantes chapurreaban español. En la aduana la recogida de maletas fue ágil. Nos trasladamos en autobús hasta el hotel, un enorme edificio estilo nazarí como los palacios granadinos de *Al-Ándalus*. En recepción, Nak repartió las llaves de las suites y concluyó sarcástica:

—Pueden descansar hasta la hora del lunch. Hagan lo que les apetezca. Mi consejo es que echen una cabezadita; este viaje es tan fascinante como agotador. Les llevarán las maletas. Y recuerden: en Marruecos son habituales las propinas. Abrió y cerró los brazos expresivamente. Luego, se marchó —liviana como una gacela— con movimientos sinuosos.

Antes de subir a mi habitación, charlé con la pareja de las maletas Samsonite; se presentaron como Mamen y Óscar. Estaban de luna de miel y eran abogados. Parecían muy agradables. Se unieron a nosotros dos jóvenes, Leo y Alex, profesores de literatura en un colegio privado. Empatizamos desde el primer instante. Quedamos para almorzar juntos.

Mi suite era amplia y estaba decorada a la europea. Tras una ducha rápida, salí disparada —con tejanos y una camiseta— a recorrer el hotel de arriba abajo. Llegué al comedor cansada y dispuesta a devorar todos los alimentos que me sirvieran. La cena concluyó temprano. Iban a despertarnos a las 6:00h para recorrer la ciudad. No obstante, antes de retirarnos, salimos a pasear por los alrededores del hotel. Nak nos presentó a Alí: nuestro guía marroquí. Un joven moreno y delgado, de cabellos ondulados, nariz aguileña y mirada saltarina. Durante la caminata, divisamos varias parejas de tuaregs custodiando mansiones. Iban vestidos de añil y llevaban la cimitarra[11] enfundada. Alí nos explicó que eran verdaderos guerreros.

—Vamos, avanti, avanti —nos dijo palmeando para que aligerásemos la

marcha— tendrán mucho tiempo para ver tuaregs, beduinos y otras etnias... Recuerden, no observen a los musulmanes: se pueden ofender. Las señoras, ¡cuidadito! Son machistas. ¡Conmigo no hay problema! —sonrió pícaro.

Tras la cena, tomé una copa en el snack bar de nuestro flamante Marrakech Palace. Sobre las doce, llegué medio sonámbula a mi suite. Me desvestí y me eché sobre la cama. De improviso, un fuerte sonido me despertó. Era el teléfono:

—Buenos días, miss, las seis de la mañana.

—Gracias —contesté adormilada.

Cogí la ropa de la tarde anterior y bajé a desayunar como una flecha. Media hora más tarde, estábamos mirando los edificios terracota de la ciudad. Belenes arcillosos destartalados y hermosos; una visión perdida en la memoria.

Lo primero que visitamos fue la tortuosa Medina de *Al-Ham'rá*, la mezquita de *Kutubia* —con el minarete cuadrado homónimo a la Giralda— y el palacio de *Dar el Bacha*, del cruel Thami el Glaoui; señor de la ciudad y de todo el atlas meridional a principios del siglo XIX.

La temperatura combinada con los fuertes olores, tenían un efecto soporífero. Al mediodía, parecíamos un grupo de espectros sin rumbo fijo. Alí se percató de nuestra torpeza. Minutos después, estábamos en un restaurante italiano.

—¡Ajá. Ya tienen mejores caras! Cuando anuncié la sorpresa nocturna que les hemos preparado, estarán felices. ¡Ah, no, no, no! Ahora no se admiten preguntas. Coman, coman, luego explico de qué se trata... —dijo nuestro chispeante guía en un tono locuaz.

Obedecimos sin rechistar. Repuestas las energías, Alí anunció que iríamos a un festín Tuareg en el Sahara —incluía un espectáculo de música y danza—. Ya en el hotel, puntualizó:

—Se me olvidaba, cómo se dice... la cena es de lujo. Los señores deben vestir con elegancia y las señoras bellísimas —sonrió y se despidió en árabe—. Bes-sláma msa el-jeir.

—Bes-sláma, Alí —respondimos al unísono.

Nak añadió algunas palabras...

—Veo que están muy cómodos con Alí. ¡Me alegro! Vayan a engalanarse. Nos vemos luego, ciao! —agregó sonriendo.

—Ciao! —contestamos algunos.

En la habitación, revisé mi vestuario. Me decidí por un pantalón negro de satén mate y corsé de Custo. Sandalias, bolso y cinturón con tiras transparentes de *strass*. Un conjunto atrevido afín con mi personalidad. Cabello recogido en un topo alto con greñas sueltas. Ante el espejo hablé conmigo misma —era algo a lo que estaba acostumbrada:

—Si lo que deseas es llamar la atención, ¡acertaste! Acapararás un montón de miradas.

De camino observé a mis compañeros. Óscar y yo éramos los más vanguardistas. Mamen vestía de un clasicismo encantador: muy elegante. Tenía buenos modales. Una niña rica. Lo mismo que su esposo. Moreno, ojos grises y cuerpo bien formado. ¡Estaba como un tren! Vestido de napa color tostado, cabello engominado a lo Valentino; sobresalía, en exceso, del resto del grupo. Hacían muy buena pareja.

5

Los cincuenta minutos que precedieron a nuestra llegada al vodevil nómada, transcurrieron ágiles como el tórrido céfiro del Siroco. Cuando descendimos del autobús a los pies del Atlas, una comitiva de corceles árabes montados por tuaregs, nos dio la bienvenida con sus particulares sonidos labiales y un cruce de cimitarras que atravesamos. Nos escoltaron hasta la carpa beduina. Una gigantesca jaima azulina —con diminutas pinceladas doradas— encumbrada por medias lunas.

Mis ojos se abrieron cuando vieron el interior. Perteneecía a una época remota. Alucinada, pensé que un agujero negro había atrapado a nuestro vehículo en la máquina del tiempo. Estábamos en la morada de algún rico mercader de *Las mil y una noches*: lámparas con minúsculos cristales, pendían de la bóveda; mesas de bronce repujado con patas en madera labrada, se repartían por el recinto; pufs de cuero y almohadas en perfecta sintonía con la policromía celeste en una noche de verano sin Luna, como asientos. Tapices, velos, narguiles y objetos de bronce bruñido, vestían el hipnótico lugar. ¡Una

delicia para los sentidos!

Cenamos las especialidades del Magreb con un fondo musical tribal ofrecido por el grupo Mokhtar al Said y la orquesta El Ferka Mesaya, junto a un sin fin de entretenimientos. En un momento indeterminado de la velada, comenzó el espectáculo rítmico. Al son de rabeles, cítaras, violines, flautas, panderetas e instrumentos de percusión surgieron las bailarinas con antiquísimos *saggat*[12]. Llevaban insinuantes tatuajes en las zonas cercanas a las caderas. La seducción de sus movimientos hechizaba. Recordé mis sesiones de stripper: disfrutaba con mi trabajo en Paradis. Me gustaba sentirme hermosa y apetecible como ellas.

De repente, me sentí observada. Un fundido negro obscureció mi entorno. Unos ojos azabache —hipnóticos— me vigilaban en el extremo opuesto. Cerré los párpados con todas mis fuerzas. No era esquizofrénica, pero tendía a dejarme arrastrar por la imaginación. Al abrirlos volvió la normalidad. Cuando estaba serenándome, escuché unas palabras susurrantes y de labios ardientes, paseando por mi nuca...

—Eres salvaje —el vello de mi piel se erizó.

Tardé unos segundos en girarme. La silueta de una chilaba blanca desaparecía por la entrada. De improviso, alguien apoyó las manos sobre mis hombros. Asustada, me incorporé de golpe. Era Nak escudriñando mi cara de asombro. ¡Qué desilusión!

—Calma, soy yo. ¿Te encuentras bien? Al tocarte han salido chispas —preguntó, entornando los párpados y escrutando mi pensamiento.

—Sí, sí... Me has pillado desprevenida y me he asustado un poco.

—¿Seguro?... —dijo Nak, mientras se acomodaba junto a mí.

—Seguro. He bebido demasiado. Nada más.

—Si tú lo dices...

—Me molesta que las personas estén pendientes de mí —dije, inquieta.

—No hace falta que te enfades.

—Disculpa. Tan sólo eres mi guía.

—Por supuesto. Lo que equivale a responsable del grupo y sus miembros.

—Pues ya te he dicho que estoy bien —contesté airosa.

—Tus compañeros te han notado distante...

—Pues no lo entiendo, apenas nos conocemos.

—Os conocéis lo suficiente como para notar los cambios de humor; a no ser que tengas algún problema psiquiátrico grave... —comentó Nak con ojos fisgones.

—¡Ya está bien! ¿Qué quieres que te diga? Que me ha salido un novio —reí.

—Yo no diría tanto. Pero he visto cómo te susurraban algo... —dijo moviendo sus dedos por mi cuello.

—No ha sido un sueño...

—Casi. Porque no volverás a verlo.

—¡Caray. Esto es peor que un interrogatorio! —aseveré, molesta.

—Bueno, a lo mejor han sido imaginaciones mías.

—Eso está mucho mejor...

—Por si te interesa: conozco a tu apuesto galán.

—¿De verdad? —pregunté de inmediato.

—¡Te pillé! —concluyó Nak, socarrona.

—¡Qué tonta he sido! —me sonrojé como una alumna de primaria a la que pillan mintiendo.

—No. Eres inocente.

—En realidad, no sé ni cómo era.

—Pues te aseguro que él sí sabe cómo eres.

—¿Por qué dices eso?

—Eres una damisela de cabellos rubios y ojos gatunos. Provocativa e ingenua: una mezcla muy apetitosa para la mayoría de hombres. Máxime cuando hablamos de un macho seductor e influyente.

—No me digas... ¿Y quién es? ¡Dímelo, por favor!

—Princesa, juegas con fuego.

—¡Qué más da unas miradas aquí o allá!

—Por desgracia esto no es Occidente. Eres muy sensual; ya te lo habrán dicho. Así que, si te sientes observada, desvía la mirada. Evitarás problemas. ¿Ok? —Nak hablaba en un tono maternal.

—De acuerdo. Ahora, dime quién es, por favor —manifesté con la insolencia de una adolescente.

—¿Has escuchado lo que he dicho?

—Nunca lo conoceré... Entonces, ¿qué más da?

—Tienes razón. Bueno, puedo decirte que es un hombre acaudalado...

—¿Y...?

—Es muy atractivo. ¡Ah! Eso ya te lo he dicho, ¿verdad? —prosiguió juguetona.

—Más o menos. Mejor pregunto yo. ¿Vale?

—Como quieras.

—Es árabe. ¿Verdad?

—No. Es egipcio.

—Egipcio. ¡Mmm!!! —solté mordéndome el labio inferior.

—Pareces entusiasmada.

—Demasiado...

—¡Qué peligro tienes! Angelical como un cervatillo y astuta como un zorro. A ver, ¿qué quieres saber?

—Supongo que será moreno, de piel tostada y ojos tentadores.

—Algo así.

—Te prometo que no miraré a otro hombre. Pero dime todo lo que sepas de ése tío —supliqué con mirada inocente.

—Tú ganas. Tiene los ojos más oscuros que el ámbar negro y unos labios igual de sensuales que los tuyos. Es alto y de cuerpo atlético. Además, dicen las malas lenguas que Casanova a su lado, parecería un principiante —Nak dejó de hablar... (rió a carcajada limpia).

—Te estás burlando de mí. ¡Eres malvada!

—Puede que sí o puede que no. De todas formas no importa. Como te he dicho: no volverás a verlo. Así que exhala aire y recobra tu níveo aspecto. ¡Pareces una fresa madura a punto de estallar!

—¡Encima con ironía!

—Te has comportado como una colegiala. No te molestes por lo que voy a decir. Pero tu reacción sugiere que eres tan casta como Santa Teresa.

—Las apariencias engañan —me apresuré a decir con cara de póquer.

—No te avergüences de tus virtudes.

—A lo mejor no soy tan recatada como imaginas...

—Puede ser. Todos tenemos secretos. Sin embargo, sé distinguir entre mujeres expertas y románticas.

—Y yo entre imaginación y realidad.

—¡Eres un cielo, niña! Ten cuidado con los lobos.

—A veces, los corderos son bichos perniciosos; machos o hembras alfa.

Cuando Nak se marchó. Recordé la conversación con Sonia —mi compañera de gimnasio—. Quizás la calle le había otorgado una sabiduría inigualable. El sofoco dio paso a un gélido frío. Pasados unos segundos, recuperé la alegría. ¡Era una estupidez preocuparse por algo inexistente!

6

Me despertaron unos golpes en la puerta. El reloj marcaba la hora de levantarme.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un regalo para usted, miss —contestaron con dicción forzada.

—Debe tratarse de un error.

—¿Es usted Eva Lagos de Ulloa?

—Sí —repuse arqueando una ceja.

—Entonces no existe equívoco. Se lo dejaré aquí mismo.

Abrí la puerta para comprobar quién demonios era. Un hombre —trajeado— de rasgos similares a los de Alí, sujetaba un paquete alargado color púrpura. Me lo dio con reverencia y desapareció ladino. Dentro del envoltorio había una delicada rosa de pétalos negros aterciopelados y brillantes, junto a un sobre lacrado. Me emocioné muchísimo: la rosa era mi flor preferida. Seguramente, porque mi madre se llamaba Rosalía. Tras oler la sensual fragancia de aquella maravillosa filigrana, partí el lacre de la nota y la leí en alto:

“No he dejado de pensar en usted. Tan feliz, divertida y sublime como esta flor. Nos conoceremos esta noche. Khalid”.

—¡Mmm! Khalid... ¡Qué nombre tan sugerente! —susurré echada sobre la cama.

Aunque sospechaba quién la había escrito, todo eran conjeturas. Repetí su nombre mientras mi imaginación navegaba por las pirámides. Coloqué la rosa dentro de la mochila y salté como un guepardo hacia el self-service. Partíamos hacia Fez.

Unos kilómetros antes de llegar a la capital del Islam marroquí, el

vehículo comenzó a hacer un ruido extraño. Los guías y el conductor, conversaron. Acto seguido, Alí se dirigió a nosotros:

—El autobús se ha averiado. ¡Pero, Alí no abandona a sus ovejas en parajes inhóspitos! Estamos cerca de Meknes. En la central contactaron con un comerciante que nos hospedaré en su casa hasta que arreglen este “trasto”. ¡Más emoción imposible!

Asentimos despreocupados. Alí, era un encantador de serpientes: un *showman*. Antes que la situación empeorara, aparecieron varios Land Rover Cherokee —novísimos—. Pensé en las palabras que dijo Nak refiriéndose a Khalid: “es un hombre acaudalado...”. Me había dicho que era egipcio. Empero, si era muy rico podía tener residencia en Marruecos.

Albergaba estos pensamientos, cuando llegamos a un pequeño palacete de estilo omeya. Un sirviente anunció que el anfitrión tardaría en llegar. Mi corazón latía con fuerza; algo me decía que iba a conocer a ese egipcio provocativo muy pronto. Al final de la velada, apareció el señor de la casa: un elegante y corpulento caballero de tez oscura y ojos verdosos llamado Abdul Isb Delassa: mi palpito se dio de bruces.

En el Sheraton de Fez vi la rosa y recordé la nota: “Nos conoceremos esta noche”. Volví a conversar conmigo misma frente al espejo: ¡Qué irónico! Khalid... ¡Bonito nombre! Sin duda alguien ha querido gastarme una broma. Mamen o Nak, seguro. ¡Qué ocurrentes, las voy a matar! Divagué en solitario antes de caer en los brazos de Morfeo.

La noche fue extraña. Desperté de madrugada empapada en sudor. Jadeando, como si alguien hubiera besado mi cuerpo desnudo. Una fragancia envolvente incitaba mis sentidos y aquellos ojos oscuros como el azabache, seguían observando mis movimientos. Cuando sonó el teléfono acababa de tener un orgasmo. No me había masturbado. Las sábanas rozando mi piel y las escenas vividas entre sueños, habían enardecido mi sexo. Descolgué el auricular, extasiada.

—Buenos días Eva, ¿cómo ha pasado la noche? ¿Ha descansado lo suficiente, tras su agotador viaje? —dijo un peculiar y arrebatador timbre de voz con acento francés.

Estaba segura que era Khalid. Ese hombre capaz de subyugar mis sentidos a distancia. En ese momento recordé una frase anónima que había leído en la universidad: “cuídate de los que saben escribir y tienen el don de la

elocuencia, pues tienen el poder de enamorarte sin tan siquiera tocarte”. Me estremecí.

—Buenos días, ¿con quién hablo, por favor? —logré decir.

—Me gusta su voz. Es tan seductora como su piel...

—¿Cómo dice?

—¿No me diga que no recuerda mis caricias?

—Se trata de una broma, ¿verdad? —sugerí acalorada.

—Si Ud. lo dice —afirmó provocador.

—¡Dígame quién es o cuelgo!

—Soy Khalid, por supuesto. ¿Quién sí no ha dejado mi perfume sobre su cuerpo?

—¿No sé de qué me habla?

—Estaba dormida... Yo velé sus sueños. Rocé su espalda y sus pechos.

No hizo falta más.

No había sido una pesadilla. Ese hombre —a quien todavía no conocía— había descansado en mi lecho. La rosa y el sobre lacrado que vi junto a la almohada, lo confirmaban.

—¡No puedo creerlo!

—Créalo. Espero le gusten mis obsequios: son flores que sólo crecen en mi tierra. Un prodigio divino.

Era el momento de abandonar la conversación. Pero seguí escuchado sus tentadoras frases.

—Gracias —fue lo único que pude decir.

—De nada. Disfrute de su visita por la ciudad. Será interesante. Ahora, debo colgar.

Un pitido, ratificó sus palabras. Era el momento oportuno para leer la nota...

“Querida Eva, nos veremos dentro de poco. Su fiel admirador, Khalid”.

—Khalid... Khalid... Khalid... —repetí hasta la saciedad comprimiendo la rosa. Las espinas se clavaron en mi piel. Unos hilillos de sangre resbalaron por mi abdomen.

Me di una ducha ligera y bajé al buffet. En el autobús, cambié impresiones con mis amigos de todo cuanto veíamos a través de las ventanillas. Paramos en una calle estrecha y tortuosa para seguir a pie. Nuestra

primera visita fue a la Mezquita de *Kairouan*: superposición arquitectónica de distintos estilos de origen pre-islámico. Posteriormente, recorrimos diversos bazares. Comimos en un restaurante europeo.

Por la tarde, fuimos al Palacio del sultán *Abdalá Ibn Nesar*, de época Abasida[13]. La mayoría de las habitaciones estaban revestidas con un magnífico attrezzo. El gineceo poseía una fuente con bustos ciclópeos e incrustaciones de pedrería. Una cárcel repleta de belleza y suntuosidad: un vergel. Fui a mirar los arbustos y descubrí a un apuesto varón observándome: era Khalid. Acorralada entre sus brazos, devoré sus labios. Sentí que sus músculos asfixiaban mi cuerpo. Entorné los ojos. De improviso me soltó: Nak estaba cerca.

—Eva, ¿qué te sucede? Tienes las mejillas encendidas —dijo sondeando las inmediaciones.

—Nada. Estaba mirando el jardín y me he mareado un poco... —acerté a decir de forma entrecortada.

—¡Pobrecilla! Has tenido un golpe de calor. Toma un poco de agua —me ofreció su botellín.

Bebí oteando los alrededores: ni rastro de Khalid. Pensé que había tenido una alucinación. El suceso era tan sugerente como misterioso. No dejé de pensar en él durante el resto del día. Llegamos temprano al hotel: teníamos una cena de gala en el salón *Omeya*[14]. Bajé con un vestido drapeado hasta las rodillas; a juego con un cinturón metálico sobre las caderas. Sandalias y bolso, de Celine. Cabello recogido.

La sala era un enorme hexágono con paredes de cristal y cúpula tallada: una réplica de la *Mezquita de Córdoba*. Estábamos anclados en un tiempo olvidado. Al poco de llegar, se abrió el portón y vi —atónita—, la entrada majestuosa de Khalid. Habló con Alí. Minutos después, estaba cenando a su lado. Percibí su poder de seducción, ¡qué atractivo era! Antes de conversar me observó con deseo. Su descaro fue arrogante. ¡Enrojecí como una *teenager*[15]! Un flashback momentáneo, me llevó a los hechos del harén y recordé los consejos de Nak. Deseé huir. Pero el fuerte magnetismo que irradiaba el egipcio era superior a mis fuerzas. Al advertir la sutil inquietud de mis movimientos, preguntó:

—Intuyo nerviosismo, ¿temor a lo desconocido?

—Puede ser —contesté, ruborizada.

—No deseo asustarla, Eva.
—Imagino —dije, entornando los ojos.
—Sólo quiero conocerla mejor.
—Le aseguro que ha tomado el camino correcto —ratifiqué con una firmeza que ocultaba el verdadero leitmotiv: flirtear con un hombre poderoso y preñado de sexapil.
—Ejem, ejem... —carraspeó sonriendo.
—¿Le parece divertido?
—¿Ud. que cree?
—Pregunté primero.
—Es obvio que me hace gracia. Sus emociones son tan variables como las facetas lunares.

Mi candor era evidente. Khalid mantuvo una mirada luciferina y seductora que desmanteló mi compostura. ¡Qué decir! Treinta y tantos. Atlético, piel tostada y ojos negros de inescrutable mirada. Nariz recta, labios dibujados, pómulos marcados, mandíbula fuerte y mentón con un disimulado hoyuelo. Imaginé que bajo el *gutra*[16] que llevaba, existía una cabellera de brillante azabache. Vestía traje de lino color miel sobre pulóver crudo; estilo italiano. Era el perfecto gentleman. Inteligente y con un sensualidad arrolladora. Me apetecía devorarlo. Era la primera vez desde mi noviazgo universitario, que un hombre levantaba mis instintos primarios. En Paradis, yo llevaba la batuta; algo muy diferente.

Poco a poco, la conversación se tornó cálida y el usted pasó a un tú. Descubrí, entre otras peculiaridades que, su característico acento, se debía a una educación francófona en la Sorbona. Hacia la media noche, el salón comenzó a vaciarse. Una hora más tarde —muy a mi pesar— subí a la habitación pensando que, quizás, alguien velaría mis sueños...

Dormí de un tirón. Coloqué las maletas en el pasillo y recogí el acostumbrado envoltorio con nota incluida:

“*Gracias por tu mágica compañía. Pronto, uniremos nuestras vidas para siempre. Khalid*”.

Salíamos hacia Casablanca en apenas quince minutos. Sin embargo, sabía que volveríamos a vernos. Lo de para siempre, me hizo gracia. Khalid era un adulator nato.

Abstraída con mis pensamientos, tomé asiento en la última fila del autobús; sin mediar palabra, apartada de todo y de todos. Una *hikikomori*[17] solitaria. Mi mente evocaba la misma imagen una y otra vez: Khalid. Sus ojos, sus labios, su voz, su piel... Nak interrumpió mis ensoñaciones. Jamás, olvidaré nuestra conversación.

—Eva, sabes que eres una mujer provocativa cuyos atributos atraen a nuestros varones. Creo que eres una *it girl*.

—¿Qué, qué...? —pregunté sin saber de qué me hablaba.

—Es una expresión inglesa aplicable a las mujeres que poseen la “atracción absoluta”. Y tú la tienes.

—¿De verdad? —pregunté, candorosa.

—Estoy completamente segura.

—¿Y por qué lo dices?

—Por tu amistad con Khalid.

—¡Ah, es por eso! ¿Qué tiene de malo una simple amistad? —contesté sin remilgos, harta de tanta palabrería.

—Que puede querer más...

Quise decirle: “ya lo he catado y deseo devorarlo por completo”. Pero preferí hacerme la tonta.

—No te comprendo...

—Pues está muy claro: Khalid es un hombre poderoso.

—¿Y eso qué importa...?

—Más de lo que piensas.

—¿Qué puede hacerme? Dame un poco de sexo: mejor —lancé con grosería. Harta de sermones.

—Si le gustas no se conformará con un pequeño affaire.

—Me haces reír. Ja, ja, jaaa... —solté unas sonoras risotadas.

—¡Pues no te lo tomes a broma! —espetó Nak subida de tono.

—Vale. Me portaré bien —terminé por decir para que me dejara en paz.

—Eso está mejor.

—Tampoco es Apolo reencarnado.
—Casi.
—¡Va! —objeté (arrogante) sabiendo que tenía más razón que un santo.
—Nunca digas nunca jamás.
—¡Qué ingeniosa! Ahora eres James Bond versus *femme fatale*
—objeté como si llevara una pistola en la mano.
—¡Eres imposible! —dijo con sarcasmo.
—Sólo intento divertirme.
—Ya sabes lo que dice el refrán: “Las apariencias engañan” —insinuó, maliciosa.

Bla, bla, bla... Pero, ¡qué pesada resulta la dichosa señora con andares de reinona! —pensé, antes de largarme con mis amigos y dejarla con un palmo de narices—. La escuché refunfuñar de mala gaita. Pero me la pelaba.

El viaje fue agotador. Llegamos a la capital financiera de Marruecos, a la hora del lunch. Teníamos libre el resto del día. Subí a la habitación medio dormida. Sobre la cama, soñé durante un buen rato. Mi nutrida imaginación voló hasta el Egipto Faraónico: Khalid era hijo de un monarca. Yo, su gran esposa real. Suspiré contemplando las imágenes que aparecían en mi mente. Acaricé mis muslos con las rosas que me había regalado. Mi sexo enloqueció. Los pétalos eran sus dedos agasajando mis entrañas. No bajé a cenar.

Por la mañana, visitamos parte de la metrópolis. Casablanca era una ciudad moderna. Su kasba[18] poseía calles asfaltadas. Todo era maravilloso: un hermoso lienzo de muselina. En el Hilton, Óscar y Mamen propusieron visitar el Rick´s Cafe Americain. Acepté encantada. Cuando llegamos al insigne garito, vimos que estaba a rebosar; decorado tal y como aparecía en el legendario film *Casablanca*. Nos atendió un caballero a lo Bogart. Acomodados entre el humo de los cigarrillos y el piano de fondo. Escuchamos que alguien se dirigía a nosotros.

—Buenas noches. ¿Les importaría qué nos sentáramos con ustedes? La sala está completa.

Era Khalid con un amigo.

—Para nada. ¡Qué coincidencia! —contestó Óscar con ironía.

—Tiene razón. C'est la vie! amigo —añadió Khalid con soberbia.

Tras las presentaciones —el compañero se llamaba Omar—. Khalid examinó cada milímetro de mi cuerpo con la mirada.

Segundos más tarde, Óscar ejerció de anfitrión. Las conversaciones denotaron el buen humor de los caballeros. Daban la sensación de conocerse toda la vida. Mamen y yo, a lo nuestro. No obstante, la presencia de Khalid hacía que refinara mis movimientos. Era la stripper de Paradis y mi galán, el único espectador. De repente, nos hicieron partícipes de su coloquio.

—Amigo, ¿qué me dice de nuestra encantadora Eva? Le veo bastante interesado por ella —sugirió Óscar inspeccionando la mirada de Khalid. Desconocía que el esposo de Mamen fuera tan osado.

—Eva es una mujer excepcional a quien estoy dispuesto a entregarle mi vida —contestó Khalid dejándonos atónitos.

Sonrojada como una amapola, tosí repetidas veces. A Khalid le centelleaban los ojos.

—¡Caray! Vaya piropo. Eva, no te quejarás —dijo Óscar mirando a su esposa.

Mamen tomó la palabra:

—A nuestra amiga se la ha tragado la lengua el gato. No es para menos.

—Es todo un halago. Aunque sabemos que es en sentido figurado —logré decir nerviosa como una flor recién cortada.

Me convertí en el centro de atención de los contertulios. Algo en lo que estaba adiestrada sin necesidad de hablar. El lenguaje oral no era mi fuerte; tenía que esforzarme muchísimo para hablar en público. Khalid me echó un capote.

—Por supuesto. Es obvio —contestó elevando una ceja.

—Hombres. ¡Todos sois iguales! Tan directos —secundó Mamen.

Sonreímos. Cada cual con sus pensamientos. Omar me observaba como a un trofeo. Estaba tan inquieta que hubiera deseado echarme a correr y no parar. ¡Trágame tierra! —repetían mis dendritas—. El calor encendía mi rostro y comenzaba a avivar mi escote. Las hormonas femeninas tienen un comportamiento especial cuando estamos delante del macho que nos atrae. Y Khalid —literalmente— me volvía loca. Esa noche, si cabe, estaba más sabroso que nunca. Se había quitado el pañuelo del cabello. Tenía una mata abundante, brillante y con unas sutiles ondas que decían: “acaríciame...”. ¡Era el hombre más apuesto que había visto! Decidí ir a las toilettes: necesitaba un poco de tiempo.

Cuando iba a salir de los servicios, Khalid entró y cerró el pestillo. Por

unos minutos interminables, saboreé su interior como una posesa. Una yegua desbocada. Nuestras lenguas se envolvieron, jugosas. Mi sexo se humedeció. Noté su excitación. Pese a ello, pasados unos minutos de ferviente devoción, se apartó.

—Te lo dije la primera vez que te vi: eres salvaje.

Veloz y refinado como un guepardo, sacó un pañuelo de la americana. Limpió sus labios clavando las negras pupilas sobre mis felinos iris, y susurró con aliento vibrante: “Lo quiero todo”. Ipso facto, se marchó.

Mi respiración estaba agitada. Salí al tocador y retoqué mi maquillaje. El espejo me habló con descaro: “ahuyenta tus miedos. ¡No seas cobarde!”. Intuía que Khalid podía llevarme a una insólita experiencia.

Cuando regresé a la mesa, ni tan siquiera me miró. Pedimos una nueva ronda. La conversación tomó un cariz masculino —fútbol y motos— que excluía a las damas. Khalid era tan insultantemente viril, que su presencia ejercía una fortísima influencia sobre las féminas. Aunque seguía con su plática, me había guiñado un ojo. Como diciendo: “tenemos toda una vida por delante”. ¡Qué estupidez! En unas semanas regresaba a Valencia. Obvié sus mohines mientras siguió la tertulia.

Una hora más tarde, nos retiramos. La discreta limousine de Omar y Khalid, fue nuestro transporte. Entré en mi suite tan sofocada, que necesité un baño caliente con esencias de azahar y pasiflora para relajarme. ¡Estuve más de un cuarto de hora a remojo! Después, me dejé caer sobre la cama pensando en mi egipcio de ojos azabache. Deseé que entrara y me hiciera suya. Las sábanas pegadas a mi cuerpo, los nervios a flor de piel, mi salacidad vivificada. Tuve que tomar un barbitúrico para conciliar el sueño.

El teléfono sonó más tarde de lo habitual. El vuelo hacia Egipto despegaba a última hora del día.

En el avión, ocupé un asiento junto a Nak. Durante parte del vuelo, me relató una historia sorprendente acerca de Khalid cuyo tema principal era un

enigma antiquísimo que se remontaba hasta el Antiguo Egipto. En un flashback acelerado, miles de clichés de mis años universitarios se sucedieron constantemente. La leyenda me sorprendió. No era para menos. Recuerdo, al detalle, todos los pormenores de aquella charla...

—Cuenta la leyenda que en el Egipto faraónico, a finales del Imperio Nuevo[19], existió una rama de la nobleza dignificada por encontrar el secreto de la vida. Dicha casta subsistió paralela a los faraones —comenzó a relatar en tono enigmático mi guía.

—Me fascinan los cuentos. Sigue, por favor —interpelé con sorna.

—Sin interrupciones y con seriedad —protestó Nak alzando el cuello.

—De acuerdo, pensaré que escucho una narración histórica.

—Lo es —contestó mi cicerone.

Su rostro mostró satisfacción al ver que permanecía callada y seria, momentáneamente. Un minuto más tarde, retomó su diálogo...

—Khalid es uno de sus príncipes: posible heredero. A su casta, se les conoce con el nombre de *Los guardianes de La Rosa Negra* —pensé en las flores que me había regalado.

—Interesante... —musité.

—La sucesión es compleja. Tienen harenes. Sin embargo, sólo una de sus mujeres les da hijos. Éstos, nacen con una mácula —junto al corazón— que florecerá en el pecho del heredero.

—¿Cómo, florecer?..

—Se convierte en una hermosa rosa negra. Como si fuera un tatuaje en el pectoral.

—¡Es increíble! —dije asombrada.

—Pero cierto. Es una especie de prueba divina. Será sucesor del rey vivo, el hijo varón que encuentre la verdad de la vida —prosiguió Nak.

—Muy peculiar —declaré mordisqueando mis labios.

—En la actualidad existen dos delfines. Uno es Khalid.

—¿Y el otro quién es?

—Su hermano mayor: el primogénito. No por ello el heredero.

—¡Ahhh!!! ¿Y se parecen? —pregunté, asombrada, pensando en la existencia de dos hombres tan exuberantes.

—Un poco...

—¡Qué pena!

—¿Comprendes a qué te enfrentas? —concluyó Nak mirándome a los ojos.

—Pues no.

—En breve lo descubrirás. Es un linaje muy discreto. No obstante, tienen más poder de lo que podamos imaginar... Además, su número mágico es el cinco.

—Rosas negras y números cincos... Muy peculiar —recalqué con pedantería.

—Único; puedo asegurártelo. Para entrar al palacio de su estirpe, existen cinco portones. Amén de otras singularidades en las que este número, milagroso para ellos, sobresale...

—Tienen buen gusto. Siempre ha sido mi número de la suerte.

—Pues ya tienes otra cosa en común con tu príncipe. Ve con cuidado...

—Siempre he deseado visitar Egipto y nadie va a estropearlo.

—Por mi parte, está casi todo dicho.

—No deberías inmiscuirte en la vida de las personas —protesté.

—Si son de mi incumbencia, ¡faltaría! Para Khalid eres una distracción.

—No pienso enamorarme de él.

—Es demasiado influyente.

—Da lo mismo, estoy de vacaciones y dentro de unas semanas regresaré a España. No importa lo que sea o lo que tenga.

—Recuerda que esto no es Europa.

—Lo sé. Es África. ¿Y qué?

—No sigas con ese aire de superioridad, no te va.

—¡Hasta aquí hemos llegado. Déjame en paz! —protesté, cabreada.

—Una cosa más, por favor. Después, te dejaré.

—Ok. Habla —rumié.

—No lo has elegido tú: te ha elegido él.

—Soy una mujer afortunada. Ahora, ¡vete! hay asientos libres

—concluí girando la cabeza hacia el lado opuesto.

—Adiós, ingenua.

—Ya veremos...

Por fin, mi *Rottenmeier* particular se había largado. La fábula había sido un magnífico cuento de brujas y hadas. Nada más.

Aterrizamos en El Cairo al amanecer. Mi sueño hecho realidad.

La primera experiencia con el país de las pirámides fue conmovedora: una agradable y árida temperatura, inundaba nuestros sentidos mientras Ra emergía por el horizonte. Parecía un film de *Indiana Jones*: el color, el aroma, el sonido, las miradas chispeantes de los nativos que examinaban nuestros rostros.

En el aeropuerto, nos esperaba el guía egipcio. Se llamaba: El Said Salama. Tras las presentaciones, fuimos directo al hotel Mena House Oberoi. Cinco estrellas resort. Toda una fastuosidad a nuestros pies. Estaba tan cansada, que caí sobre la cama como una masa de pan blanda y pegajosa. Sin embargo, no dejaba de pensar en Khalid: se había convertido en mi obsesión.

Nos despertaron de madrugada para visitar el casco antiguo de la megalópolis; *El Gran Al-kahlili*[20] con un sin fin de angostas y tortuosas callejuelas repletas de transeúntes. Sus efluvios —fuertes y malolientes— eran repulsivos. No existían cloacas en esa parte del mundo aislado de la civilización occidental. La temperatura ascendía por minutos. Sucedió como en Marrakech. A las pocas horas, éramos un rebaño perdido que se entremezclaba con las variedades autóctonas. Zombis sin rumbo fijo. Última parada de la agotadora jornada, el extraordinario Museo Arqueológico. Fue emocionante: bajo las gafas de sol, unas lágrimas resbalaron por mis pómulos. Tras escuchar las palabras de Salama: “dos horas libres para todos”. Decidí evitar al grupo y deambular en solitario.

Fui directa hacia los tesoros de Tutankamón. La enigmática vida del Faraón niño, era tan atrayente como el oro de su ajuar funerario. Después, visité las joyas de la reina Nefertari: Gran esposa real de Ramsés II. ¡Eran magníficas! Anonadada por un collar de lapislázuli, perdí la noción del tiempo. De súbito, alguien tomó mi mano y la besó con dulzura. Pegué un brinco. Y allí estaba él: mi hombre. Un exultante Khalid. Vestía chilaba ocre y *gutra* blanco. Hermoso como Aquiles y viril como Zeus.

—Hola Eva. Estás radiante.

—Gracias —contesté entornando los ojos.

—No hay de qué. Afirmó lo evidente.

—Por favor no sigas... —un ligero rubor iluminó mis mejillas.

—Me gustaría creer que tu belleza está relacionada con mi presencia
—manifestó acariciándome la mano.

—Algo tendrá que ver. Pero en verdad, estoy rodeada de maravillas. No

podría decirte...

—¿Te gusta esa reliquia, verdad? —dijo señalando el collar de lapislázuli de la reina Nefertari.

—¡Es precioso!

—Como tú.

Al instante, miró mi cuerpo con apetencia. Seguido, habló con los guardias. Y éstos, tras sendas reverencias, desaparecieron como por arte de magia cerrando las puertas a cal y canto.

—¡Es cierto. Eres príncipe! —dije entusiasmada.

—Sí. Príncipe de *La Rosa Negra* —ratificó—. Es una larga historia... Ahora, no pienses en nada y contesta a mi pregunta. ¿Quieres probarte esa gargantilla?

Mis ojos centellearon: hablaron mudos de palabras y ávidos de capricho. Khalid abrió la vitrina. Segundos más tarde, la divina antigualla estaba en mi cuello.

—Es perfecta. Realza la blancura de tu hermosa piel.

Volví a llorar. Khalid enjugó mis lágrimas —delicado— con las yemas de sus dedos, cálidos y dúctiles. Mi cuerpo se estremeció. ¿A cuántas mujeres habría conocido y cuáles eran mis armas? —pensé fugazmente—. El miedo nubló mi raciocinio; contraataqué a la defensiva.

—¿Qué quieres? —dije apartando sus manos de mi cuerpo.

—A ti —contestó.

—Tu poder no me deslumbra.

—Ni lo pretendo —besó mi nuca.

—Por favor... —Susurré, trémula.

—Mi poder no te deslumbrará. Lo hará mi sexo.

Apretó mi hechura contra el mueble. Llevaba una minifalda tejana y una camiseta de tirantes. Sin sujetador —podía permitírmelo—. El calor era asfixiante. Khalid acarició mis pechos con pezones remolones convertidos en estiletes. Siguió con mis piernas...

—Tu cuerpo es turgente. Me vuelve loco —comprimió mis muslos con fuerza.

Fue muy estimulante. Siempre había pensado que los humanos —en alguna faceta de nuestras vidas— llegamos al sadomasoquismo. Quizás iba a descubrir hasta dónde podía llegar mi deseo en manos de un hombre tan

experimentado como Khalid. Miraba mi rostro mientras agasajaba mis piernas. Estimuló mi clítoris. Deseaba que me penetrara. Él, seguía fijándose en la mímica de mi rostro inundado de placer. Le gustaba observar ¿Sería voyeur? —cavilé, efímera como un relámpago—. Sus ojos eran maquiavélicos. Tomé la iniciativa. Succioné su boca, bebiendo los secretos de aquel egipcio tan apetecible. Cuando acabé, un hilillo de sangre brotaba de sus labios. La retiró con el dorso de su mano. Sonreía: le había gustado.

—No será cuando tú quieras, princesa. Me gusta lo difícil. Haremos que tu ardor desaparezca. Vamos a convertirlo en hielo. Entonces inundaré tus entrañas. ¡No lo dudes!

—¡Qué seguro estás de ti mismo!

—Mas que tú de tus posibilidades. Y son muchas, demasiadas...

—sugirió arrastrado la voz.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Arréglate. Te llevaré con tu grupo —concluyó, sereno.

El volcán se había extinguido. En su lugar, un iceberg clavaba su vértice en mis pupilas. Un dolor punzante ahogó mi corazón. Minutos después, estaba con mis compañeros. Khalid había desaparecido como si fuera el faraón que conoce todos los pasadizos secretos.

9

El resto del día transcurrió aglutinado entre distintos barrios de la gigantesca metrópolis y diversos bazares en los que malgastamos nuestras libras egipcias. La cena anduvo opaca; no tenía ganas de hablar. Acabé el postre y subí a mi suite.

Sobre la cama, no pude evitar acariciar el encaje de mi braguita. Hubiera deseado penetrar mi oquedad con su glande. Mis dedos y su perfume hicieron que rozara el Nirvana. Al despertar, tenía claro que Khalid había estado junto a mí: estaba rodeada de pétalos brunos. Quizás había contemplado mi show desde la oscuridad. Recordé mis noches en Paradis.

Amanecía, cuando salimos hacia Gizeh. Mi vida pasó como los clichés

cinematográficos. ¡Cuántas veces había deseado caminar por las extraordinarias pirámides! Visitamos el interior de la Pirámide de Kefrén, la mediana en tamaño. Sus profundidades estaban construidas por enormes bloques de alabastro que absorbían el calor. Por extraño que fuera, el hechizo cabalístico ralentizó el ritmo cardíaco y el sofocante calor que inundaba nuestros cuerpos, dio paso a una agradable temperatura. Reinaba la paz más absoluta. Sin duda, era el lugar idóneo para descansar eternamente.

La peregrinación fue tan agotadora como excitante; a las siete de la tarde estábamos KO. Cenamos en la pizzería del hotel y nos acostamos pronto. Desperté junto a otra rosa negra. Nak tenía razón, Khalid era un hombre muy poderos. Leí la nota despacio, rastreando su fragancia:

“Eres tan hermosa que no puedo separarme de ti. Es un placer acariciar tu cabello mientras duermes. Khalid”.

Cada nota era una nueva clave de un pentagrama íntimo; sin saberlo estaba construyendo mi propia ópera.

Llegué tarde a desayunar. Salama me dio un picnic para el viaje. Visitamos *Dendera*[21], *Abidos*[22] y el celestial *Valle de los Reyes*. Por la noche, regresamos a la explanada frontal de *Gizeh*; repleta de sillas para la ocasión: un espectáculo de luz y sonido en el que cobraron vida todos los monumentos. Nak tradujo las explicaciones, pues sólo se ofrecían en inglés. Estaba sentada en la última fila. Tuve mucha suerte.

—Ha llegado tú traductor particular —dijo Khalid con una sonrisa arrolladora.

—¡Genial! Gracias —objeté irónica.

Khalid tomó la silla contigua y susurró:

—Será una noche mágica —dijo—. Y lo fue.

Al instante, habló la Esfinge con una profunda voz que comenzó la historia. Le siguieron las Pirámides. Fue una experiencia idílica que Khalid acrecentó con explicaciones detalladas. El espectáculo estaba a punto de finalizar cuando mi egipcio preferido, me declaró su amor.

—Eva, eres tan perfecta que te llamaré Nefertari Nefertiti. Que viene a significar, *Mi belleza divina*. Te amo como nunca he amado a nadie —musitó sensual en mi oído. Espiritual como el último suspiro de un condenado a muerte. Recordé la gargantilla de la reina Nefertari que había colocado en mi cuello y también mi tesis doctoral sobre Nefertiti. El nombre era halagor;

perfecto por los acontecimientos vividos y mi predisposición hacia la egiptología.

—No hacen falta requiebros ni confesiones amorosas. Quiero tenerte cerca —contesté reclinando mi cabeza sobre su hombro. Pensativa.

—Me fascina escucharlo.

Khalid rozó mis labios, delicado. Sin lugar a dudas, deseaba enamorarme. Y lo estaba consiguiendo.

—Ahora, he de irme —besó mi mano y desapareció entre el público. Salama lo vio alejarse y habló conmigo.

—Debes sentirte muy afortunada —dijo.

—Así es. La velada ha sido gloriosa. Gracias —contesté.

—Recuerda que en Egipto la concepción de “ligue” es muy distinta a la occidental.

—No me importan los pormenores. En todos los países se puede flirtear. ¿O no?

Cuando iba a contestarme, aparecieron Mamen y Óscar; nunca supe la respuesta.

Ya en la habitación —tras horas de insomnio— volví a tomar un hipnótico para conciliar el sueño. Estaba cansada de masturbarme pensando en Khalid. Tenía claro que, el capricho del deseo, desaparecería tan rápido como había llegado: una copiosa tormenta de verano en el desierto.

Los días posteriores fueron agotadores. Vimos un sinfín de monumentos: *Abu-Simbel*, *Karnac*, *Luxor*... Por fin, emprendimos nuestro crucero por el Nilo. La cuenta atrás, había comenzado. En nueve días, regresaba a España.

Embarcamos en el navío *Queen Elizabeth*; tuve la suerte de conseguir un camarote individual. Fue sorprendente entrar y ver todo mi equipaje ordenado. Sobre la cama, una toga blanca elástica. Escote palabra de honor y aberturas laterales. Encima, una réplica exacta a la gargantilla expuesta en el museo. Cerca, un capullo azabache y una frase:

“Tu intuición descubrirá cuándo lucirlo. Nos veremos pronto. Khalid”.

Estaba desconcertada y feliz. Khalid iba tras mis pasos: se había convertido en mi sombra. Me pudo la vanidad, como de costumbre. Cinco minutos después, me miraba en el espejo con el modelito faraónico. Era

Kama; la sacerdotisa del film que tanto me había fascinado en la pubertad: *Faraón*. Creí ver el reflejo de otra mujer. Una alucinación guardada en el arcón de la memoria. Me desvestí y salí a pasear por cubierta con los vaqueros más roídos que tenía. Debía eliminar mis fantasías pueriles. El exceso de imaginación podía ser muy peligroso.

A posteriori, visitamos el Templo de *Com Ombo* —dedicado a los dioses Sobek y Haroeris— de época Ptolemaica. Donde contemplamos un calendario cuasi idéntico al actual con los doce signos zodiacales. Observándolo, sentías que la vida apenas había cambiado desde su creación. Las horas se sucedían como en un reloj de arena que espolvorea tierra costosamente porque no desea regalar los últimos granos.

No veía a Khalid desde que habíamos embarcado. Y sólo el primer día había recibido mi acostumbrada rosa de pétalos lóbregos, aterciopelados. Cuando estaba en el camarote, sucumbía a los placeres pensando en sus hercúleos músculos y sus facciones perfectas. Pero mientras visitaba los vestigios del Egipto faraónico, su recuerdo se convertía en un espejismo ilusorio.

Cerca de la Isla Elefantina, contigua a la primera catarata del copioso Nilo, avisté unos jinetes con indumentaria oscura similar a los Tuaregs. Salama explicó que eran *Los guardianes de La Rosa Negra*. Habíamos estrado en su territorio. Todavía estaba hablando, cuando Khalid ascendió por la pasarela. Saludó al grupo, que estaba preparado para la visita, y se dirigió a mí en *petit comité*:

—Hola Nefertari Nefertiti. Estás preciosa. Eres una mujer hermosa y fuerte: me gusta —insinuó ladeando la cabeza.

—Gracias —logré decir.

—¿Te ha gustado mi obsequio? —preguntó.

—¡Me ha impresionado!

—¿Y el equipaje?

—Perfecto. Pero, ¿no crees que te has excedido?

—Te mereces lo mejor.

Su magnetismo era omnipotente. A su lado, mi ambigüedad sexual desaparecía por completo, y mi erotismo, aumentaba. Hubiera rasgado su ropa allí mismo. Algo advirtió en mi glotona mirada.

—Siempre dispuesta. ¿Cuándo dejarás de sorprenderme?

—Jamás —contesté observando su apetecible boca.
—Lo sé. Por eso te adoro —sonrió.
—Te aseguro que soy miles de mujeres en una sola —repliqué sensual.
—No esperaba menos —sujetó mi mentón. Explorando la profundidad de mis pupilas.

Deseaba que comprimiera sus labios en la carnosidad de mi boca. Pero se contuvo. Todo llegaría —pensé—. Volvía a tenerlo para mi sola.

Minutos más tarde, bajábamos a pasear por la Isla Elefantina.

10

La Isla Elefantina eran un maravilloso vergel que recogía especies arbóreas de todo el mundo: un reducto prodigioso. Estaba aturdida por la frondosidad que me rodeaba y el cóctel de fragancias. Khalid, volvió a sorprenderme con su dialéctica y su conocimiento del mundo: conocía todas las variedades de aquel minúsculo paraíso. La tarde iba cayendo. Estábamos envueltos de una tupida vegetación que nos aislaba de la humanidad. Volvió a sujetar mi barbilla. Besó mi cuello y mis labios con una pasión desbordante. Su boca ardió sobre mi piel; sus brazos se deslizaron armoniosos por mi melena, mi cintura y mis palpitantes nalgas.

—Nefertari Nefertiti tienes que ser mía. Me asusta perder el control —dijo, febril.

Nuestros cuerpos flaquearon, sudorosos. Sentía que no era dueña de mis actos; iba a llegar al orgasmo con la maestría de sus caricias y el roce de su virilidad.

—Khalid... Khalid... Te deseo tanto —dije, enferma de pasión.

—Disfrutemos el presente.

—Sí... Por favor hazme tuya. Ahora, aquí mismo.

—Deseo más. Te quiero para mí sólo. Para siempre.

—Lo que tú digas —contesté, seducida por sus atributos.

—Te quedarás a mi lado —lo dijo aprisionando mis posaderas entre sus manos. Estaba en el séptimo cielo. Khalid sonreía malicioso.

—Tú mandas —contesté al borde del éxtasis.

—Deseaba oírtelo decir —arrancó los botones de mi camisa y agasajó mis vehementes senos, con los pezones afilados como dagas.

Pasé la lengua por el borde de mi boca. Lo miré con avidez. Acaricié su cabello, brillante y sedoso. Su piel, aterciopelada. Sus labios, carnosos. Mi sexo estaba húmedo. Quería sentirlo entre mis piernas. Noté su glande erecto y me deslicé por su cuerpo hasta bordearlo con la lengua por encima de sus calzones. Pero él se apartó.

—Te vas a quemar fierecilla. ¿O debería decir, tigresa? Aún no es el momento. Guarda tus fuerzas para más tarde: las necesitarás. No me conformo con poco. Es la segunda vez que te lo digo.

Sus palabras hirieron mi psique. Estalagmitas clavándose en mis entrañas. Anudé mi camisa y me atusé el cabello. “Estaba claro que era un sádico” —pensé, en aquel momento azaroso—. Su repudio acrecentó mi lascivia. Una abstracción tomó forma en mi mente: somos la pareja perfecta. A Khalid le gusta dominar. A mí sufrir. Minutos más tarde, estaba a bordo de la nave sola; como si no hubiera pasado nada. Me tope de bruces con Mamen y entablamos un tête à tête entre mujeres.

—Eva, ¡Estás helada! Parece que vengas de Groenlandia. ¡Con ese hombre tan exultante!

—Khalid es hielo y fuego.

—¡Pues como tú. Mejor! Más desconcierto y más diversión.

—Y conflictos.

—¡Tonterías! Todo tiene arreglo. A los hombres les gustan las leonas.

—No lo tengo del todo claro...

—Te lo aseguro. He tenido bastantes affaires y los conozco muy bien —dijo mi confidente con seguridad.

—Aconséjame, por favor.

—No pierdas la oportunidad. Te queda poco tiempo, ¡lánzate al ataque! —insistió Mamen aferrándose a mi cuerpo como una lapa.

—¡Vale. Te haré caso! —respondí sonriendo. Pensando que tras su confesión adúltera, quizás le diera igual yegua que potro.

—Ya tenías que habértelo “calzao” como dicen las comadres.

Con Mamen, el dicho: “las apariencias engañaban”. Daba en el clavo. Parecía una niña bien. Lo era. Además de otras cosas que camuflaba a la

perfección. Era una comedianta de los pies a la cabeza. Quizás mejor que yo lo sería nunca.

—Me dijo que no lo manipularía. También insinuó que no le agradaban las cosas fáciles —seguí contándole.

—Los machos, sean de la especie que sean, tienen dos cabezas. Una la que llevan sobre los hombros; que por cierto, utilizan en contadas ocasiones —sonrió pícara—. Otra, la polla. Hazle una felación y veremos si puede resistirse —soltó de sopetón.

—¡Joder. Qué directa eres!

—Vaya, la primera vulgaridad que escucho de tu boca... ¡Ya era hora, guapita! Jejejee...

—Le gusta que sea femenina y sumisa.

—¡Bobadas! A todos les encantan las dominatrix. Toma la iniciativa. Sé guarra, ¡les chifla por mucho que digan lo contrario! —recordé a mis amigas de Paradis.

—¿De verdad? —pregunté con cara de buena.

—Aparentas lo que no eres. Pero él te ha calado... Demuéstrale lo contrario.

—Es difícil.

—Seguro que no. Me gustaría seguir cotilleando, pero se ha hecho tarde, querida. En media hora tenemos otra fiestecita.

Miré el reloj de pulsera...

—¡Ufff! Tienes razón. Gracias Mamen —le di un beso al aire sacando los morritos.

—De nada cariño. La fiesta de disfraces se me antoja divertidísima. ¡Vamos a pasarlo fenomenal! —comentó mi amiga.

Y estaba en lo cierto. Mis amigos y yo, nos vestimos como la corte del faraón y bailamos hasta el amanecer. Al llegar al camerino, tenía una flor y una nota sobre la cama:

“He observado cómo te mueves: eres demasiado provocativa: todo un espectáculo. Los hombres te deseaban. ¡Que sea la última vez! Khalid”.

A altas horas de la noche y con demasiado alcohol en el cuerpo, todo era posible. Entablé un monólogo con el reflejo del espejo:

—¡Será brabucón. Con exigencias, cuando me olvidará en unas semanas! Tenía que haberme visto bailar en Paradis, siendo el epicentro del

universo. Soliviantando a todos los machos que me rodeaban: ¡me encantaba! ¿Qué pasa? ¡A la mierda Khalid! Mamen tiene razón: todos los hombres son iguales. El muy idiota está celoso. ¡Que se joda!

Acabé riendo a carcajada limpia y caí redonda sobre la cama: dormí como un lirón. El teléfono sonó mientras me desperezaba.

—Hola amiga. ¿Sabes quién soy, verdad?

—¿Tú qué crees? Pues claro. Eres Mamen. *Tell me?*...

—Acabo de ver a Salama y me ha dicho que esta noche el padre de Khalid nos ha invitado a cenar en su palacio. Es aristócrata o algo así. ¿Lo sabías?

—Algo sabía...

—¡Qué calladito lo tenías! Vas a resultar más espabilada de lo que pareces.

—Todos tenemos nuestros secretillos... ¿O no...?

—Touché!

—¿Has dicho una cena? No sabía nada.

—Será oficial cuando llegemos a la *Isla de File*[23]. Soy bastante zalamera y he engatusado al complaciente Salama para que hablara como un papagayo. ¡Guárdame el secreto! No sea que nuestro guía egipcio se enfade!
—confesó Mamen con sarcasmo.

—Tranquila. Soy una tumba —contesté, siguiéndole el juego.

—Hasta luego duquesa, marquesa, jequesa o lo que sea. Je, je, jeee...

—¡Qué mamona eres!

—¡Ya te digo!

—Nos vemos en un ratito, Mesalina.

—Bye!

—Hasta luego.

Cuando Salama anunció el festejo en casa de un noble egipcio —la mayoría de compañeros (ajenos a mi relación con Khalid)— comenzaron a saltar. Mamen y Óscar, hicieron un gesto de complicidad. Todos estábamos alegres menos Nak. Ella me miró con cara de sargento. Parecía decir: “¡no sabes dónde te metes!” Por el contrario, yo estaba tan pancha, como diciendo: “A mí plín, yo duermo en Pikolín”.

Horas más tarde, estaba en el camerino preparada para el evento. Melena suelta. Conjunto chocolate de Carolina Herrera. Pantalón de piel de

ángel y talle bajo; a juego, una camiseta elástica. Sandalias —Blahnik— con diez centímetros de alza y bolso extra mini sujeto a la muñeca, turquesa. Era muy chic. Sin venir a cuento, recordé la TV movie *No sin mi hija*; guión basado en la autobiografía de Betty Mahmoody por Brian Gilbert & David Rintels: un profundo escalofrío sacudió mi cuerpo. Me sobrecogí de tal manera que a pesar del bochornoso calor, sentí un frío aterrador. Decidí no ir a la cena. Nadie podía obligarme. Dije que la comida me había sentado mal y me quedé descansando en el camarote.

Una hora después, deambulaba por cubierta. Khalid llegó con cara de pocos amigos y me obligó a acompañarlo. De un salto me aupó a la grupa de su corcel negro. Un pura sangre árabe, bellísimo. Aquel forcejeo; su supremacía masculina, me agradó en demasía. Cuando cabalgué por el desierto supe que no me había equivocado: estaba hipnotizada por el país de los triángulos y encaprichada de un noble distinguido.

Fue maravilloso trotar bajo un cielo mayestático. Sentir el aire áspero de las dunas en el rostro junto a un hombre tan apuesto. Estaba radiante. Mis flirteos habían creado una escena digna de la mismísima Victoria Holt. Seguía siendo el atizador que instigaba las brasas, sólo que en esta ocasión podía caer en la hoguera de mi propia vehemencia.

11

El inolvidable paseo a través de las nacaradas arenas finalizó. Avisté luces a lo largo de un perímetro amurallado. A una señal de Khalid la enorme cancela de madera labrada, se abrió. Había un patio rodeado por una columnata e iluminado por lámparas de bronce. Puertas con grabados jeroglíficos. El tiempo no existía en aquel enclave pretérito. Mi galán desmontó y me ayudó a bajar. Volvía a estar asida de su brazo. Antes de entrar, apartó con elegancia el pañuelo que cubría mi escote. Se deleitó mirando la piel nívea y tersa del cuello. ¡Estaba más nerviosa que una adolescente en su primera cita! Sin embargo, me seducía la fascinación recíproca que sentíamos.

Antes de entrar al interior residencial, Khalid me explicó que recorreríamos un largo pasillo con cinco portones. Por último, entraríamos en la sala donde estaban mis compañeros y su familia: su padre deseaba conocerme. Su persuasión, en aquel extraordinario lugar, tomaba fuerza. Advertí que podía convertirme en su esclava. Con estos pensamientos taciturnos, nos deslizamos por el pasillo central del palacete de las cinco puertas; algunos tramos estaban decorados con frescos antiquísimos. Mi curiosidad de arqueóloga, floreció —recordé la historia que me había contado Nak en el avión; el linaje de Khalid era ancestral y veneraba tanto a las rosas negras como al número cinco.

La estancia del banquete era fascinante: un gran rectángulo con cuatro pilastras papiriformes de capitel abierto. Paredes policromas; era como estar visitando un palacio del Imperio Nuevo. La atravesamos entre miradas curiosas y el halo celeste que la impregnaba de poderes sobrenaturales.

Los anfitriones vestían con chilabas. Ellas enjoyadas. Ellos de blanco. Escudriñaron cada milímetro de mi cuerpo. Me sentí como un objeto. Una mercancía de compra y venta. Quise desaparecer. Pero estaba hipnotizada por el ambiente. De pronto, el venerable anciano sentado en el centro, habló en español:

—Buenas noches Eva. Soy Asim padre de Khalid, soberano de *La Rosa Negra*.

—Buenas noches noble rey —acerté a decir con una genuflexión de rodillas.

—Modales exquisitos —sugirió el monarca.

—Gracias. Agradezco su invitación —contesté ruborizada.

—De nada hija.

Llegaron las presentaciones. A su lado estaba Masud; el primogénito. Creí desfallecer. Era idéntico a Khalid: su gemelo. Nak me había mentado. Había dicho que era su hermano mayor y que se parecían un poco... seguramente, pensaba que nunca lo conocería. Se levantó para saludarme con una pequeña reverencia. Vislumbré unas sutiles diferencias. Era más alto y corpulento. Amén de tener una mirada dañina e inescrutable. Después, llegaron las concubinas (de todas las etnias). Muy hermosas: exquisitas. Las mujeres más felices de la Tierra. Acabados los preámbulos, Asim habló de nuevo:

—Eva, me alegra tu presencia: deseaba conocerte. Mi hijo me había contado muchas cosas de ti. Había omitido que fueras tan hermosa. Podéis sentaros junto mí —dijo señalando unas mullidas almohadas.

El festín comenzó tomando carnes especiadas y frutas exóticas. Después, fumamos en narguile, mientras disfrutábamos de un espectáculo circense. El colofón de aquella extraordinaria gala corrió a cargo de las bailarinas tatuadas —estaba perpleja—. Mis instintos primarios unidos al ambiente, me animaban a saltar a la pista; ser la bailarina principal como en Paradis. Tuve que dominar mi sensualidad para no levantarme. Khalid percibió mi deseo...

—Sé que te gustaría moverte con ellas. Y lo harás; bailarás sólo para mis ojos. Desde que te vi danzar en la fiesta del barco, sé que serás la mejor. Con una salvedad... ellas son mujeres públicas. Tú me perteneces —musitó rozando mi nuca.

Ignoraba el sentido de sus palabras, del mismo modo que él desconocía mi pasado de stripper. Tampoco me importaba demasiado. Me fijé en los tatuajes: eran magníficos.

—¿Qué significan los grabados de sus caderas? —pregunté.

—Explican sus orígenes y su condición. Son meretrices expertas: las mejores del mundo. Conocen todos los misterios del sexo; el kamasutra egipcio y el pagano —contestó sensual.

—Khalid no me agasajes en público. Me da vergüenza.

—Tranquila. En breve estaremos solos...

—Mejor —contesté.

—¿No te gusta mi casa?

—¡Me encanta! Es un espejismo hecho realidad.

—Me alegra saberlo.

—Podría vivir aquí durante una larga temporada —afirmé con la mirada perdida en las maravillas que divisaba.

—A veces los deseos se cumplen —dijo Khalid. Sus ojos brillaban.

—¡No digas tonterías!

—Vamos a dar una vuelta. Te enseñaré los jardines —insinuó mirándome con apetencia.

—Soy tu prisionera —comenté sutil. Por fin nuestro deseo se consumiría (pensé).

Al dejar la sala por una salida lateral, Masud clavó sus oscuras pupilas en las mías. Leyó mis pensamientos. Deseé perderme entre sus brazos sin saber el motivo. Algo me decía que era el hombre de mi vida; que nos conocíamos desde hacía muchísimo tiempo. De nuevo, mi extraordinaria fantasía divagaba...

Transcurrió un buen rato, hasta que entramos en una enorme roaleda de sublimes pétalos negros. Khalid me ofrendó con un hermoso capullo. Acto seguido, su boca recorría mi escote. Mirada lujuriosa y labios ardientes. Comencé a sentirme acuosa: lo deseaba como no había deseado a ningún hombre.

—Nefertari Nefertiti la más hermosa de las mujeres —musitó.

—Khalid, por favor: hazme el amor. Lo necesito.

—Sea como dices.

Me tomó en brazos hasta un idílico aposento decorado como los palacios andalusís. Sobre un lecho con palio de seda, me hizo suya. Sabía que no estaba a la altura: hacía mucho tiempo que no practicaba el sexo. Era una muñeca lasciva que desconocía las verdaderas apetencias masculinas. Podía ser el juguete más deseable. No obstante, mi experiencia era mínima. Y nunca había intimidado con un macho alfa; tan solícito como bien dotado. Disfruté entre sus agitados músculos hasta que descubrí sus propósitos.

—Tu inocencia me complace. Eres un diamante sin pulir. Tallaré tu esencia, día a día, hasta que seas perfecta. Ahora quiero bucear en tus entrañas —dijo mientras se deslizaba entre mis libertinos muslos.

—Podemos pasarlo bien durante cinco días. Pero no me confundas. Después, regreso a mi país. No lo olvides —contesté.

—He dicho, ahora y siempre. Lo decidí la noche que te conocí —aseveró mientras acariciaba mis partes íntimas con ardiente voracidad.

Una lucecita roja se encendió en mi cabeza. Me separé como pude de su tórrido cuerpo, pese a estar muy excitada.

—¡No digas estupideces!

Su mirada cambió. Su voz sonó violenta.

—¡Cállate y satisfáceme! —ordenó.

—¡¿Qué dices?! —peleé entre sus garras.

—Está todo dicho. Serás mía hasta que yo lo decida. No volverás con tu grupo. Olvida España. Vivirás aquí. Dijiste que te gustaba; esa será tu ventaja.

—¡Estás loco!

Salté de la cama directa a vestirme. Khalid sujetó mis brazos, enredándose en mi cuerpo.

—Soy muy exigente. Además, en la isla Elefantina juraste tu destino.

—No sabía lo que decía. Embrujas mis sentidos. ¡Suéltame. Me haces daño!

—¡Está bien. Te soltaré! —rugió—. Dejaré que recapacites. No volveré a tocarte por mucho que lo desee. No forzaré a ninguna mujer. Nunca lo he hecho; todas me desean. Me suplican que las tome. Tú, no serás menos.

Salió como alma que lleva el diablo. Escuché que daba dos vueltas a la llave. Intenté abrir. Pero fue inútil. Estaba encerrada en una alcoba mágica y desconocida. Alejada de toda civilización.

12

Mis lágrimas cesaron y mis gritos ahogaron la noche. Me había convertido en la nueva Sherezade en una cárcel dorada. Por la mañana, encontré una bandeja con fruta y agua. Saciada, un extraño sopor me abrazó. Al despertar, con los ojos entornados y las pestañas pegadas por la resina de las lágrimas ajadas, todo me daba vueltas; pasé la lengua por mis escarchados labios y me dejé caer sobre el suelo. La princesa de *Las mil y una noches* había trasmutado en cautiva.

Estaba drogada, en una mazmorra. Cuatro paredes malolientes rodeaban el cuchitril. Desde el ventanuco escuché voces... miré curiosa. A través de un tragaluz, vi a los dos hermanos —perfectos— sobre sus monturas azabache; corceles árabes de finas patas y cuerpo esbelto. ¿Qué compartirían esos adonis tan arrogantes como el mismísimo Júpiter? —me pregunté, mientras la somnolencia invadía mi hechura.

Estuve incomunicada cinco días. Veía la Luna burlándose; augusta y tirana desde su posición omnipotente. Anotaba sus visitas rasgando la pared con las uñas. Anochecía de nuevo cuando una dama entró sigilosa. Fue una aparición. Una reina nibelunga que recordaba de la cena.

—Me llamo Jaira y vivo en este palacio desde hace muchos años. Intentaré ponerte las cosas fáciles. ¡Estarás desamparada! A muchas de nosotras nos sucedió lo mismo durante algún tiempo. Dentro de unas semanas te sentirás mejor —explicó con una sonrisa persuasiva.

—No quiero estar aquí —contesté sollozando.

—Tranquila. Te sacaré de este horrible lugar.

—¿Volveré con mis compañeros de viaje, con mi guía...? —dije con un cúmulo de sentimientos que recordaban todas y cada una de las charlas con Nak.

—Yo no he dicho eso. Pero vamos a cuidar de ti.

—¡Quiero marcharme de este lugar! —supliqué desconsolada.

—Calma. Digamos que estás a prueba. Asim, al que todas llamamos *El Protector*, no tolera que se retenga a nadie en contra de su voluntad. Si pasado un tiempo, sigues triste, te dejará volver a tu anterior vida —sus palabras reconfortaron mi alma y tonificaron mi corazón.

Los tres primeros meses fueron durísimos. Me obligaron a escribir una carta a la tía Marina, diciéndole que me había quedado en una excavación por tiempo indefinido. Después, asimilé mi nuevo rol: instrumento sexual de Khalid. Satisfaría a Masud o a cualquier otro hombre que requiriera mis servicios, bajo su consentimiento. Era aterrador. No deseaba convertirme en concubina. Pero lo fui. Sin embargo, todas las damas vivían felices. Infantas en una prisión con barrotes de alhajas y techos nobles.

Desde mi llegada a palacio, no había visto a Khalid y nadie me había tocado. Descubrí que los hombres de la casa viajaban a menudo. Lo que era todo un aliciente.

Vistas las circunstancias, decidí aprovechar el contexto. Podía visitar toda la fortaleza a excepción de *La Biblioteca Sagrada*. Lugar vetado a las mujeres. Entre sus paredes —decían— se albergaban los conocimientos del Antiguo Egipto. Esta casualidad cambió mi pensamiento: Khalid se había cruzado en mi camino por un motivo especial; estaba segura. No desperdiciaría una ocasión tan extraordinaria.

A las pocas semanas, congenié con dos chicas de mi edad: Fátima y Soraya. La primera de Senegal. La segunda irlandesa. Ellas me ayudaron con el árabe y yo les enseñé español. Posteriormente, fui presentada a las meretrices expertas: las bailarinas tatuadas. Estaban asombradas por mis

movimientos —nadie conocía mi pasado en Paradis—. Asimilaba sus enseñanzas como una esponja. La guinda del pastel fue que atendieran mi súplica: deseaba estudiar en la capital egipcia. A los pocos días, estaba matriculada en la Universidad de *El Cairo*. Acudí a clase durante parte del curso académico; siempre, acompañada por Soraya. Puesto que mis deseos se hacían realidad, pedí más: quería estar en un yacimiento. Sin embargo, esta petición se demoraba semana tras semana...

Aunque no veía a Khalid, sabía que algunas noches yacía conmigo; amanecía cubierta de pétalos ambarinos o junto a preciosos vestidos. Mis compañeras decían que musitaba mi nombre cuando las penetraba. El mero hecho de mencionarlo me originaba un auténtico malestar; una mártir que odiaba y amaba a su opresor. Con todo, por dentro me regocijaba.

Jaira se comportaba como la dueña y señora del gineceo: la favorita de ambos príncipes. Pero comenzó a tenerme celos. Creía que los dos hermanos me amaban. Algo absurdo. Apenas había cruzado unas palabras con Masud. Un día, cuando regresaba de cabalgar —vigilada por la guardia— escuché jolgorio en una sala. Los príncipes habían regresado con muchos regalos. Era el momento idóneo para engatusar a Khalid. Empezaba a apetecerme su compañía. Muy a mi pesar, sólo vi a mujeres histéricas abriendo envoltorios: gallinas en un corral. Fátima me entregó un paquete de Harrods.

—Eva, esto es para ti. Me lo ha dado Khalid antes de partir hacia Alejandría. No ha podido quedarse. Vendrá dentro de unos días. También me ha entregado esta nota —insinuó triste.

La leí entusiasmada. No por las lisonjas que pudiera esconder. Si no porque podía llevar implícita algo verdaderamente satisfactorio. Y así fue...

“Espero te agrade y puedas utilizarlo sin perder tiempo. Khalid”.

Era un traje de arqueóloga. Mis deseos eran atendidos con bastante celeridad. Me fascinaba el poder que ejercía sobre los hombres pese a ser una cautiva. Estaba pletórica. Al escuchar mi euforia, las cortesanas quisieron descubrir el motivo de mi alegría. Jaira se acercó.

—Nunca pertenecerás a este paraíso ¡eres más rara que un camello con tres jorobas! Te agradan los atuendos propios de hombres. Me da qué pensar —soltó venenosa.

—¿Se puede saber por qué no me dejas en paz! ¿Estás celosa? —dije sin vacilar.

Mis palabras la hirieron. Se abalanzó sobre mí e intentó arañarme. La esquivé y tropecé con Masud que acababa de entrar.

—¡Vaya! Una pelea entre mujeres. O debería decir ¡leonas! —soltó, irónico.

La escena debió parecerle muy divertida porque Se acercó sonriendo.

—¡Buah! —dijo Jaira moviendo las manos; como diciendo: “a ésta me la meriendo cuando quiera”.

Me mantuve callada; a la espera.

—¡Qué ganas tenía de tropezar contigo a plena luz del día! —prosiguió Masud, mirándome de arriba abajo.

Estaba demasiado cerca. No podía moverme. Detrás había una columna. Puso un brazo a cada lado de mi cuerpo. Su fragancia hechizaba y su prodigioso cuerpo —cercano a los dos metros—, era irresistible.

Permanecimos inmóviles durante unos minutos sempiternos. Cerciorándonos de nuestras facciones, oteando los defectos y virtudes mutuas. No soportaba su hombría. Alcé los brazos para huir. Pero su cuerpo cayó sobre el mío. Su boca rozó la mía. ¡Dios! Se parecía tanto a Khalid que temblé. Entonces, me liberó.

—¿Se puede saber qué quieres? No voy a cambiar de salvoconducto. Pertenezco a tu hermano —insinué sin pestañear.

—Además de hermosa eres inteligente y osada —dijo Masud.

—No divagues ¿Qué quieres? —dije, altanera.

—A ti —añadió sin previo aviso.

—No estoy en venta —aseveré inflexible.

—Además eres divertida. Cualidad inusual en las féminas, ¡me encanta!
—prosiguió aspirando fuerte. Sus fosas nasales se abrieron.

—Es la tercera vez que te veo. Jamás nos conoceremos mejor
—contesté, impávida.

—¡Nunca digas nunca jamás! —siguió jugueteando, divertido.

—No lo digo. Lo asevero —contesté descarada.

—Nos entenderíamos a la perfección... —prosiguió, persuasivo.

—Algo que nunca descubrirás —corté tajante.

—¡Pequeña, dentro de poco haré contigo lo que me plazca! —dijo alzando una ceja.

—¡Eres un mentiroso. Me das asco! —comenté dañina antes de comenzar a pegarle puñetazos.

Masud me sujetó por la cintura y dejó que siguiera golpeándole. Hasta que paré. Entonces —mirando la profundidad de sus ojos— tirité. Mordió sus carnosos labios y marchó al sitial. Di media vuelta para abandonar la sala.

—¿Dónde crees que vas, Eva? —dijo con su seductor timbre de voz.

—A mi habitación —contesté airosa.

—¡De eso nada! Acércate. No he acabado contigo —su voz había cambiado; era severa.

Mis amigas me pidieron que le hiciera caso. Di dos pasos.

—No. Así no. Quiero que gatees para mí... —terminó por decir, mirándome con apetito.

Todas rieron.

—¡Vosotras callad. Malditas zorras! —ordenó, brusco.

—Masud, por favor... —dije, obediente. Suplicante como *La Dolorosa*.

—¡Mmm...!!! Es la primera vez que pronuncias mi nombre. Repítelo mientras vienes —añadió, señalando el suelo.

—Masud no me tortures más, por favor —indiqué con humildad.

—¡Ven y luego veremos! —voceó.

Por unos minutos conmuté en felino. Se estaba pasando conmigo. Iba a pagarlo caro. Me convertiría en su obsesión. Lo miraba mientras serpenteaba musitando su nombre. Vi que su rostro cambiaba. Que deseaba despedazarme y a la vez protegerme de todos. A sus pies. Cambié mi sensual rostro.

—¡Eres cruel! —bramé.

—¡Y tú una embustera! —ladró sonriendo.

—Quizás debemos cortar tus alas; separarte de tus sueños arqueológicos... —insinuó, riguroso.

—No, ¡te lo suplico! Perdón, perdón, perdón... —rogué como una gatita desprotegida.

—Me gusta que seas una domina sumisa. Miles de mujeres en un solo cuerpo —comentó, deslizando sus dedos por mi rostro. Acariciándolo con las yemas.

—Como tú digas —aseguré sin levantar la mirada.

Masud se agacho y susurró:

—No me gusta humillarte. Pero me has ofendido públicamente; tengo

que recuperar mi trono. Y deja de hacer preguntas incómodas sobre *La Biblioteca Sagrada*, nunca la verás.

—Perdón... —musité con lágrimas en los ojos.

—No. Perdóname tú. Te amo. Siempre te he amado — susurró, dulce como las bolas de algodón azucarado.

—Masud... —sus palabras me confundieron.

Un segundo más tarde, estaba de nuevo sentado. Mirándome con obscenidad y poderío. Dios omnipotente.

—¿Decías algo, puta? —gruñó con asco.

—No... —lloré como nunca lo había hecho.

Masud era un maestro de la farsa. Como yo. Deseé no haberle gritado. No conocerlo. Anhelé estar en otro lugar. Pero era demasiado tarde.

13

Masud era el absolutismo de la seducción. La tentación era demasiado fuerte y las dudas aparecieron. ¿Me atraía por su parecido con Khalid o por su irresistible personalidad? Lo desconocía. Sin embargo, el desagradable incidente pasó al olvido más rápido que un calabobos en las puertas del otoño. Y, aunque Masud permanecía en palacio, apenas cruzamos dos palabras. De vez en cuando lo veía observándome con una mórbida fascinación que lograba ruborizarme. Pese a ello, no volvió a molestarme; mis pensamientos se perdieron en su recuerdo. Sobre todo, porque intercedió por mí en más de una ocasión. Nunca evalué su caballerosidad. No deseaba implicarme en un triángulo amoroso.

Jaira —mi gran enemiga— pasó a ser mi confidente. Planeaba una fiesta para el regreso de Khalid e hicimos las paces. Llegó dócil a mis aposentos privados; un corzo dando pequeños y gráciles saltitos.

—Eva. Quiero disculparme —dijo con la mirada perdida en el océano que la bañaba.

—¿No me digas? —contesté, turbada.

—Sí. Quiero olvidar los rencores. Te hablo con el corazón en la mano
—respondió temblorosa.

—¡Me dejas perpleja! —repuse con una mueca.

—Lo comprendo. Escúchame, por favor.

—Ok. Habla.

—Me he portado fatal contigo. Pero estoy arrepentida. He venido a pedirte perdón.

Seguía hablando a trompicones; cabizbaja, sollozando. Retirando las legañas de sus exultantes pestañas. Me conmoví y la abracé con ternura.

—Jaira, no llores. Sécate los ojos. Anda, ven —insté, ofreciéndole un pañuelo.

—Gracias.

Seguido, se arrojó a mi cuerpo y prosiguió más calmada.

—Eres muy buena. La mejor persona que he conocido.

—¡Qué va! Soy una de tantas —repliqué desbordada.

—Sugeriste que estaba celosa —prosiguió ruborizada.

—La rumorología es perniciosa. Lo siento —dije.

—Nada de eso... La que lo siente soy yo: tenías razón.

¡Sniff!!! —volvió a sonarse. ¡Creí que iba a darle un síncope!

—Tranquila, Jaira. Lo sucedido está olvidado. Mis sentimientos no pueden cambiar de la noche a la mañana; intentaré llevarme bien contigo.

¿Contenta?

—Gracias por tu generosidad.

—No no me gusta tener enemigos. Y sé perdonar.

—Quiero pedirte una cosa.

—¿Tú dirás?

—Como sabrás, estoy organizando una fiesta para Khalid —manifestó comedida.

—Mujer, ¡es vox populi!

—Sí. Pero sólo Asim está al corriente de las menudencias...

—Ya. ¿Y?...

—Quiero que me ayudes a prepararla.

—*What?*... —no salía de mi asombro.

—Quiero que seas la bailarina principal del espectáculo final.

—¡Es genial! Gracias por pensar en mí —contesté burbujeante.

La oferta era verdaderamente tentadora. Me apetecía un banquete seminal con un buen macho. Khalid, ¿por qué no? Lo amaba desde hacía tiempo. O por lo menos, eso creía. Necesitaba descubrir la verdad y poner en práctica las enseñanzas de las meretrices expertas. Era el momento oportuno para desenmascarar mi erotismo y ordenar mis sentimientos.

—Se te da mejor que ninguna de nosotras —insistió Jaira al verme dubitativa.

Sonreí. Tenía un as en la manga que nadie conocía.

—No es para tanto —contesté, haciéndome la humilde cuando por dentro me regocijaba como un pavo real.

—Sabes que sí.

—Digamos que cuando algo te gusta, sale mejor —dije recatada, aprovechando la hipocresía que había fagocitado durante mis meses de cautiverio.

—He pensado que, acabado el ágape, Khalid estará algo mareado. Comida y bebida siempre van de la mano.

—Por desgracia, así es.

—Entonces, lo llevaremos hasta la sala de las celosías... Y bailarás sólo para él.

—Excelente. Pero, ¿cuándo me preparo?

—No irás al festín. Nos excusaremos por ti. Algo inventaremos...

—¿Y qué bailo?

—Lo que quieras. Eso es cosa tuya.

—Good idea, my friend!

—¿Quiere decir que aceptas?

—¡Me encanta bailar! No podría negarme.

—¡Qué feliz me haces! —Jaira estaba entusiasmada; no dejaba de darme apretujones.

—Pero ¿qué finalidad tiene mi danza? —pregunté con cara de póker.

—Que tú y Khalid... —su rostro adquirió la tonalidad de una cereza adulta.

—¿Quieres que lo seduzca?

Mi amiga movió la cabeza afirmativamente.

—Jajajaaa... —reí a mandíbula suelta.

—Creía que lo deseabas.

—No sé qué decir. Chica, ¿me has pillado desprevenida! Lo siento; necesito ir al servicio —las toilettes siempre eran mi refugio. Las visitaba cuando tenía que descargar alegrías o penas.

En el baño, pronuncié un: “¡Biennn!”. Seguido de varios saltitos. Regresé interpretando el papel de candorosa dama: pasos cortos, cabeza gacha, mirada reservada y rostro ligeramente encendido. Al verme indecisa. Jaira se precipitó a hablar:

—Si no te apetece, se lo digo a Fátima. De todas formas no me enfadaré; te lo prometo.

—Tranquila: bailaré. Tu iniciativa es muy buena.

—¿Te agrada?

—Claro. Además espero que surta efecto —contesté con mesura.

—Seguro que sí. Entonces, deseas al príncipe. ¿No?...

—¿Tú qué crees? Llevo esperándolo casi un año. No me arrepiento: en breve me graduaré en la universidad.

—Llegaste engañada y has aprovechado al máximo tu clausura. Te has reinventado a ti misma. Hace tiempo que conozco tu sabiduría.

—No es para tanto —dije despreocupada.

—Sí. Sí que lo es. ¡Es verdaderamente fantástico!

—Gracias.

—¿Me concedes otra oportunidad?

—De acuerdo.

Nos abrazamos como hermanas. Inmediato, compartimos nuestro secreto con Fátima y Soraya. El resto de damas —al margen de la realidad— sabían lo necesario. ¡Iba a ser una sorpresa maravillosa!

Durante los preparativos, reduje mis actividades académicas. La danza ocupó la mayor parte del tiempo. A mi captor le fascinaban los movimientos sinuosos de las danzarinas tanto como a mí. Quería sorprenderle. El palacio temblaría al compás de mis movimientos y Khalid, también. Sería la stripper de Paradis. La mejor. Interpretaría dos piezas coloquiales y un número especial —mucho más sensual—. Se rendiría a mis pies.

El tiempo pasaba como un relámpago que atraviesa el firmamento en una noche de verano; fugaz y hermoso. Cuando tienes la mente ocupada en algo que te gratifica y con una finalidad concreta, la vida se torna rosa chicle. Y la tarde esperada, llegó.

Todo estaba a punto. Aguardaba mi turno vestida con la túnica elástica y el collar de lapislázuli que me había regalado meses atrás. Suplantando la identidad de *Kama*, la persuasiva sacerdotisa del film *Faraón* que tan buenos recuerdos me traía. Incluida una peluca azabache de corte egipcio y los *saggar* para que sonaran mientras volteaba mi esculpido cuerpo. Jaira llegó para indicarme que el príncipe esperaba tras los enrejados. Estaba nerviosa —me miró de arriba abajo— y exclamó:

—¡Qué bella eres! Tienes el cuerpo más hermoso que jamás he visto. Rápido no quiero arrepentirme...

—¿Arrepentirte de qué? —pregunté.

—No puedo evitarlo: te envidio —contestó bajando la mirada—.

Cuando te vea, jamás volverá a fijarse en otras mujeres.

—No exageres: seguiremos siendo una gran familia.

De camino hacia mi debut artístico. Medité: jamás toleraría la poligamia. Aunque dijese lo contrario.

Aparecí en el salón de las celosías rodeada de sedas nacaradas; sujetas en distintos puntos por mis amigas: nos movíamos al unísono. Descubrían y tapaban mi cuerpo; lo mismo con mi rostro. Mis movimientos pélvicos se agudizaban al ritmo musical. Ensimismada con la música, no veía a nadie.

Hacia la rejilla de madera fina, dedicaba las partes más insinuantes. Por fin, llegó la última pieza. Al poco de comenzar, un estrepitoso ruido sonó a mis espaldas: las mujeres callaron. El plan había funcionado: Khalid se había rendido a mis pies. Mi corazón latió con fuerza. Me gire y caí en brazos de Masud. Me devoraba con los ojos. Palpó mi cuerpo con desmesurada incontinencia —chillé—. Empecé a pegarle puñetazos, a morderle. No sirvió de nada. Escuché la cínica voz de Jaira:

—No querías a tú príncipe: ahí lo tienes. No dije cuál esperaba. Tú corriste a exhibirte. ¡Atente a las consecuencias, ja, ja, jaaa!... (retumbaba su macabra risa).

Sola entre sus libidinosos tentáculos, Masud recibió un mordisco en los labios: sangraba. Me soltó un instante para limpiarse. Vi que Soraya y Fátima huían de la sala. Quise seguir las; pero Masud descuajó mi ropa y me aferró a su cuerpo. Había palpado mis pechos y se disponía a acariciar mi sexo. Percibía su brutal virilidad. Estaba enajenada. De improviso, Asim irrumpió en el salón con un grupo de guardias —fue como ver a San Pedro abriéndome

las puertas del cielo—. Habló con autoridad.

—Masud, ¡suéltala! Te lo ordeno. ¡Me debes obediencia absoluta!
—exclamó severo.

Tras unos instantes de continencia —el indomable— me arrastró hacía una habitación. Los guardias lo rodearon. Pasaron varios minutos hasta que lograron reducirle. De inmediato, Fátima y Soraya, me socorrieron. Asim retomó la palabra:

—Pobrecilla... Nos han tendido una trampa y la más perjudicada has sido tú. Te has asustado mucho ¿verdad pequeña? —expresó compasivo.

—Muchísimo. Creí lo peor —contesté sollozando.

—Ahora tranquilízate. Ve a tu cuarto y relájate: yo me ocupo de Masud. Khalid no tardará en llegar. Debes olvidar este mal trago —me abrazó como a una hija.

—¡No quiero que se vaya! Si me retienes, me escaparé y no pararé hasta encontrarla. Quiero hacerla mía, ahora. ¡Lo entiendes! —bramó Masud.

Estaba luchando con los guardias. Me estremecí de la cabeza a los pies: tirité. Masud tenía mucha fuerza; podía escapar en cualquier momento. Lo deseaba, quizás más que a su hermano. Pero no podía entregarme a su voracidad sin haber cohabitado con Khalid.

—¡Cállate! —gritó Asim.

—¡Nooo!!! —contestó un iracundo Masud.

—¡Estás ebrio y no sabes lo que dices. Coge cuántas mujeres desees y móntate una bacanal! Deja en paz a Eva. Tu hermano quiere convertirla en su esposa.

Sus palabras fueron curativas. No obstante, Masud —que no dejaba de bramar— me aterrorizó:

—¡Ya veremos. He descubierto que la conozco demasiado!

—¡No digas sandeces! Tu embriaguez no te deja pensar con claridad
—protestó Asim.

—Tienes razón: estoy muy borracho. Pero sé lo que digo.

—Seguiremos bebiendo querido hijo. Te acompañaré —sentenció Asim mientras lo agasajaba con bebidas y mujeres.

—¡Bebamos, pues! —dijo Masud algo más calmado.

Los guardias lo soltaron.

—Toma hijo, saborea un poco de este licor: es afrodisíaco. Derrama tú

pasión sobre estas bellezas —Asim señaló a las concubinas más jóvenes. Hermosísimas—. Será inolvidable. Eres el futuro monarca; estoy seguro. ¡Bebe hasta saciarte! ¡Bebe! —animaba mientras salíamos.

Acababa de descubrir el por qué de su sobrenombre: Asim, el soberano de *La Rosa Negra*, era todo un protector.

En la alcoba, mi nutrida imaginación hilvanó una idea: regresar a Valencia. No viviría en un lugar lleno de peligros. Acabaría mis estudios y le rogaría al padre de Khalid que me dejara regresar a España. No deseaba verme inmersa en un triángulo amoroso con demasiados ángulos fluctuantes y violentos. Idea que recorría mi raciocinio con demasiada frecuencia.

14

Tras un buen baño, descansé. Llevaba una túnica de muselina clara. El calor era inaguantable. Un paipái de avestruz lo hacía más llevadero. Pasó un buen rato hasta que logré conciliar un sueño ligero; una vigilia en la que aparecían los dos hermanos disputándose mis favores. Estaba intranquila. Un golpe brusco, me sacó de mis ensoñaciones: Khalid irrumpió como un energúmeno.

—Hola Nefertari Nefertiti... —dijo con los ojos brillantes. Sujetaba un vaso de whisky maltés.

Lo miré asustada. Me desagradaba su forma de hablar: arrastraba la voz.

—¿No dices nada, mi amor? —prosiguió con acidez—. Hace mucho que no nos vemos. Mi pequeño ángel; delicado y esquivo como una pulcra doncella. ¿Cómo estás? Me contaron lo sucedido...

—No sé qué decirte. Te encuentro extraño —respondí un poco alterada mientras Khalid se acercaba, despacio, observando cómo las gotas de sudor humedecían mi cuerpo.

—¡Claro que estoy raro! ¿Cómo estarías tú si hubieras descubierto que tu dulce y cándida enamorada es una impostora?

—¿Qué quieres decir?

—No te conocía lo suficiente. Ahora, sé demasiado de ti. ¡Maldita zorra!

Lanzó el vaso contra el suelo; miles de cristales estallaron. Después, me sujetó con fuerza. Zarandeándome de uno a otro lado. Apareció un Mr. Hyde desconocido hasta ese momento. Un demente que se precipitaba sobre su víctima.

—Khalid no seas brusco. Me haces daño —dije moviendo los brazos para respirar.

—Te jodes. ¡Eres una ramera!

—No me insultes. ¿Qué te han dicho...?

Comenzó a reír desencajado.

—¿Te atreves a preguntar qué me han contado?

—Sí.

—¡Masud ha dicho qué eres una embustera! No volverás a engañarme como si fueras una niña inmaculada.

—Tengo poca experiencia. Ya lo sabes.

—Eres una actriz excelente. ¡Me engañaste!

—No. Te equivocas.

—¡Silencio, puta! —voceó.

—No me humilles, por favor —dije sollozando.

—Ése es tu verdadero nombre.

—¡No es cierto! —grité, despavorida.

—Has bailado para miles de hombres en un club nocturno de tu ciudad.

Y para mi hermano.

Estaba petrificada. Masud... ¿Cómo lo había descubierto?

—¡Deja qué te lo explique!

—¡Dios es verdad! —rugió acongojado.

—No es lo que parece.

—¡Me das asco! Tienen razón: eres una prostituta —manifestó con amargura.

—¡Mentira!

—¡Calla! Lo eres. Y no de las corrientes... de lujo. De lo contrario ¿cómo ibas a engañarme? ¡A mí, que he conocido a tantas mujeres!

Khalid estaba angustiado. Intenté consolarlo. Pero me lo impidió.

—¡No necesito tu compasión!

—No confundas los hechos. Por favor.

—¡Cierra esa preciosa boca o te la arranco!

Quise acariciarlo. Me abofeteó.

—Me tocarás, cuando te lo ordene. Que ibas a contarme... que eras una stripper y nada más. Ahórrate tus engaños. Tanto mi hermano como Omar, han pasado férvidas noches con las señoritas en la red *escort* de Paradis.

—Yo estaba al margen —dije llorando.

—¡Farsante! Masud te conocía mucho antes que yo: le perteneces a él y no a mí. Lleva años obsesionado contigo; por eso le gustas tanto. Al verte bailar con una peluca oscura, ha caído en la cuenta de quién eras. Desde que te vio entrar en el salón de banquetes estaba haciendo sus cábalas. Te parecías demasiado a ésa stripper que amaba.

—Te doy mi palabra...

Intenté disuadir a Khalid. No me dejó acabar la frase. Estrujó mi mano con fuerza. Chillé de dolor.

—¡Hablarás cuando te dé permiso! Ya te he avisado. ¿Entendido?...

—Ok —susurré.

—Masud habló con tu jefe; un tal Arturo, en repetidas ocasiones. ¡Qué casualidad! Eras la más solicitada: nunca estabas disponible. ¡He cortejado a una vulgar mujerzuela!

En ese instante, descubrí que el hombre que me había seducido desde la oscuridad de Paradis era Masud. Me había encaprichado de Khalid por su asombroso parecido, hasta enamorarme. Pero el peligro estaba demasiado cerca para seguir pensando.

—¡Es falso. Lo juro! —dije chillado.

Los ojos de Khalid estaban desorbitados. Apretó mi cuello y me soltó de golpe. Tosí repetidas veces.

—¡Jamás olvidarás esta noche! Te lo aseguro.

—No, por favor —sollocé, arrodillada sobre una almohada.

—¡Cállate! A partir de mañana, vivirás con las putas más guarras de todo Egipto.

—Como quieras —contesté, mansa.

—Tienes cinco minutos para convertirte en la meretriz más hermosa de palacio. ¡Corre. Ve a maquillarte y baila para mí!

—La túnica está rota.

—¡Arréglala, estúpida!

Khalid era más cruel que Masud. Y la envidia los corría por dentro.

Cosí el vestido y arreglé mi rostro: estaba virginal. Al salir a escena, comprendí que mis cavilaciones eran ciertas...

—Eres la mujer más apetecible que he conocido —dijo al verme exultante como una diosa.

—Gracias —musité, creyendo que podía recuperarlo.

—¡Bailaaa!!! —chilló como una bestia.

La música sonaba desde el exterior. Comencé mis sensuales ondulaciones.

—Tus movimientos son tan perfectos y carnales, que es imposible resistirse. Ahora, comprendo a mi hermano —dijo, áspero.

Saltó de la cama y pidió licor. Llevaron una botella: cristal de Murano con múltiples colores —siempre la recordaré—. Bebió varias copas seguidas. Su mirada me desagradaba; corrí hacia el baño. Entonces, agarró mi cabello y me arrastró por el suelo. Los vidrios se clavaron en mis piernas. Chillé, descarnada. Khalid, inflexible, sacudió mi cuerpo y lo tiró sobre el lecho. Rompió el vestido en mil tiras. Lamió mis pezones y chupeteó cada centímetro de mi piel con desmesurada pasión. Grité con todas mis fuerzas. Comenzaba a tener arcadas.

—Por favor. No me trates así. ¡Pareces Masud! —dije, intentando calmarlo.

—¿Y cómo lo sabes...? ¿A lo mejor, es lo que deseas? Quieres estar con mi hermano, ¿verdad? Contesta.

—¡No! Siempre te he deseado a ti —mentí.

—Sí, claro. Por eso te acuerdas de él.

Me penetró una bestia. Sentí que mis entrañas se desgarraban con su punzante falo. El semen resbalando por mis muslos... Me miró y rió macabro, antes de huir como un lobo que ha perdido su manada. Permanecí inmóvil sobre la cama. Hueca de pensamientos, sólo apreciaba un fundido negro en el horizonte: la muerte estaba cerca.

El tiempo transcurría y la noche tocaba a su fin. Ya no sufría. Adormilada; las pesadillas inundaron mi descanso: Khalid regresaba. Sueños premonitorios. Poco después, entró ligero de ropa. Sujetaba una botella de Royal Salute. El cabello deshecho y el paso zigzagueante. Su mirada ensangrentada —cargada de voracidad—. Al verme, dijo entrecortado:

—¡Serás zorra! Sigues esperándome.

—Estás ebrio. Por favor, vuelve cuando hayas descansado.

—Tienes razón: estoy completamente borracho. Pese a ello, sé lo que digo y a lo que he venido.

—Me has violado. ¿No tienes bastante?

—No opusiste demasiada resistencia.

—¡Cabrón!!! —intenté darle un zarpazo. Pero él fue más rápido.

—¿Cómo te atreves?! —me golpeó varias veces.

—Perdón. Perdón. Perdón... —repetí hasta la saciedad.

—Así está mejor. ¿Por dónde iba?... ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo.

Querida, aquello ha sido el aperitivo. En el salón había una orgía. Sin embargo, los rostros femeninos se me antojaban como el tuyo. Copulabas con todos menos conmigo. Te burlabas de mí. ¡Maldita bruja! —me zarandeó con vehemencia.

—¡Eran alucinaciones! ¿No lo comprendes?

—Puede ser. No estoy seguro.

—Recapacita. Por favor.

Un golpe fuerte reventó mi nariz —sangraba a borbotones.

—¡Calla y límpiate la cara!

Khalid tenía los ojos desquiciados. Las manos temblorosas. Volvió a apretar mi cuello: deseaba estrangularme. Apenas podía respirar. Pegaba puñetazos al aire. Pataleaba. Pero la respiración comenzaba a fallarme. Temí por mi vida hasta que me soltó de golpe. Inmediato, cogió la botella y bebió de nuevo. Limpió su boca con el dorso de la palma.

—Ahora llega el plato fuerte, amorrr... —señaló, cínico. Arrastrando la erre final.

Comprendí que estaba perdida; quise huir: arañé su torso. Tocó la herida y lamió la sangre. Seguido, estrujó mis muñecas y las ató al cabezal con una cuerda áspera. Volví a chillar. Apretó al máximo. La piel lacerada, se amorató; los cardenales surgieron. Sorbió las heridas como Drácula vaciando a su presa. Miró mi pubis y mordió el abdomen, sobándolo con voracidad. Su dermis abrasaba. Luchaba contra dos fieras: el Khalid que había conocido y el maltratador que descarga su dominio sobre mi cuerpo indefenso. Cuando manoseó las caderas, dijo:

—Aquí colocaremos un tatuaje, que indique tu origen (su voz languidecía como un disco a 78 revoluciones). Añadiremos que mentiste al

hombre que te amaba. Ahora, dejémonos de tonterías. Te atraen los actos violentos. ¡A ver si esto te agrada!

—¡No, no, nooo!!! —berreé como una posesa; una desquiciada a la que acababan de poner una camisa de fuerzas.

Abrió mis piernas con brutalidad. Me penetró como una bestia. El dolor era insoportable: bramé con todas mis fuerzas. Tapó mi boca con un brazo mientras seguía meciéndose sobre el tronco, diabólicamente. Mordí su mano; sus convulsiones fueron más agresivas. Me puso boca abajo y se lanzó sobre mí. Su glande rompió las fibras de mis órganos. Intenté rechazarlo. Golpeó mi cabeza. Mordió mi nuca, mientras aullaba. Clavó las uñas en mi espalda. Rasgó mis brazos con los vidrios que tenía cerca y eyaculó.

Soporté su profanación en repetidas ocasiones. Cuando sus fuerzas mermaron y sus armas quedaron desnutridas, durmió sobre mi cuerpo maltrecho e inmóvil. Los músculos fragmentados, el corazón triturado y el alma degollada. No lloraba, no gritaba, no sentía dolor. Me había convertido en un cadáver con la mirada perdida: estaba en estado de *shock*. Brutalmente maltratada, sodomizada y violada, por el hombre que creía amar. Mi verdugo.

15

El Palacio dormía oculto tras una nebulosa siniestra. Extintas palabras, susurros de aves, flores y muros... Todos silentes. La mañana estaba tan extraña como los escasos sentimientos que me mantenían activa. Había superado una pesadilla apocalíptica. Mi mente opaca sólo vislumbraba una crisálida envuelta entre sedas que eclosionaba convertida en mariposa. La imagen se repetía hasta la saciedad, cicatrizando mis heridas. No había luz blanca ni pasillos traslúcidos. Desconocía si estaba viva o muerta.

Abrí los párpados alquitranados en los grumos de mi somnolencia. Despegué los brazos del cuerpo, moví las piernas. Tenía sed. Estaba en una habitación aséptica. Siluetas fantasmagóricas espiaban mis movimientos. Poco a poco vislumbré las facciones de rostros conocidos y voces apagadas: estaba

rodeada por los galenos de Asim *el protector*. Suspiré.

—Quiero beber —dije, sin emoción alguna.

—Toma agua —contestó uno de ellos.

No era consciente de nada, hasta que me incorporé. Estaba vendada como una momia sobre una camilla impoluta. Recordé los rituales de embalsamamiento del Antiguo Egipto. La sensación fue gratificante. Al levantarme, las vendas cedieron. El interior era aterciopelado y oscuro. Pétalos de rosas negras se rompían en mi piel: la crisálida era yo.

—Espera te ayudaremos. Tienes un baño preparado —dijo Aret *el sabio*. Padre de Omar y jefe de los doctores.

—No. Quiero hacerlo sola. Por favor salgan —dije insensible.

Fue entonces cuando vi a Khalid. Su aspecto era deleznable. No me importaba.

—¡Fueraaa!!! —grité—. No quiero ver a ese delincuente cerca de mí —fue una orden.

No tuve que repetirla. Marchó con la espalda encorvada y la cabeza gacha, delante de los facultativos. Una vez sola, fui destapando mi dermis de las escamas sedosas; algunas pegadas como babosas. Limpié los restos del caparazón con un placentero baño. Mi imagen era sorprendente: estaba radiante. Un diminuto pétalo azabache, que según pasaban los minutos se convertía en flor, había amanecido junto al corazón y formaba parte de mi organismo. Idéntico a los estigmas principescos de la estirpe rosada. Recordé a Natasha Henstridge en *Species*. Desconocía qué había sucedido. No obstante, aunque estaba viva, algo había cambiado en mi interior. En un flashback centellante, evoqué todos los detalles de mi vida desde el mismísimo instante en que fui concebida. Minutos después, hablé con Asim.

—Eva. Sé por lo que has pasado —dijo, paternalista.

—No lo sabe mi buen rey —contesté segura.

—Es cierto. Pero puedo intuirlo.

—Quizás... ¿Cuántos días he estado en coma? —pregunté, inquisitiva.

—Cinco —respondió Asim.

—Siempre el mismo número: el cinco. Conocí a Khalid un cinco de agosto. Cuando llegué a palacio, faltaban cinco días para regresar a España. Los portones de entrada, también son cinco. Y el tiempo que pasé en la mazmorra. O los meses de aprendizaje. O el período universitario... —hice un mohín.

—El cinco es el número sagrado de nuestra casta —confesó el afligido soberano.

Evoqué los consejos de Nak; mi sabia guía. Quizás debí hacerle caso —pensé momentáneamente—, antes de preguntar...

—¿Por qué el cinco? —interrogué mirando la profundidad de sus ojos negros; llenos de pesadumbre y surcados por arrugas tempranas.

—Todavía lo desconocemos... Investigamos los papiros de nuestra biblioteca para ver si nos dan la respuesta.

—*La Biblioteca Sagrada*. El recinto vetado a las féminas. Sin embargo, ahora siento que algo me une a ella.

—No tengas la menor duda. Te has convertido en hija de *La Rosa Negra*. Carne de mi carne y sangre de mi sangre. Hermana adoptiva de mis hijos. Nuestro plasma nutrió tu cuerpo cuando estabas en los brazos de Osiris[24].

Un pensamiento momentáneo, esculpió mis elucubraciones; quizás por eso me engendró una mujer que se llamaba Rosalía. Por eso mi flor preferida era la rosa. Por eso mis sentimientos eran diferentes...

—¿No entiendo? —comenté.

—Necesitabas varias transfusiones. Y tanto mis hijos como yo, nos prestamos a ello. Nuestro grupo sanguíneo es 0 negativo: el grupo universal.

—¿Llevo la sangre de mi violador?! —chille.

—No te alteres, sólo quería suavizar las cosas... A decir verdad, la de Khalid no llegó a tu organismo. El primero en donar fue Masud, como primogénito, estaba en su derecho. Luego te di la mía. Cuando llegó el turno de Khalid, la rechazaste. Algo extraño... Masud volvió a ser tu nutriente.

—Es todo un alivio.

—Pero seguías demasiado débil y no tuvimos otro remedio...

—¿Quiere decir que las rosas...? —Asim no dejó que acabara la frase.

—Sí. Las rosas negras: nuestro emblema, son un tesoro. Hemos utilizado muchas de sus virtudes. Y has sido la primera en probar su acción curativa.

—¿Quiere decir que las flores me han salvado la vida?

—No. Las flores no, las rosas negras; nunca lo olvides. Pero desde luego, nuestra sangre ayudó. Cuando Khalid te ultrajó, por decirlo suavemente, quedaste inconsciente. Perdón, a lo mejor no quieres recordar el trágico suceso...

—Al contrario. Es lo que más deseo. Voy a denunciar a su hijo.

—En tus manos está el hacerlo.

—Gracias. Prosiga, por favor —corté sin ápice de ternura. Hermética y con un halo luciferino en mis ojos.

—Khalid durmió sobre tu maltrecho cuerpo. Al despertar comprendió su crimen. Corrió a pedir ayuda. Tu vida pendía de un hilo. Aret *el sabio*, dijo que podíamos probar con las rosas. Al principio, fui reticente e intenté curarte con los métodos tradicionales de la medicina convencional. Pero no era suficiente. Entonces, te trasladamos a este habitáculo y cubrimos tu cuerpo

con los pétalos negros recién cortados. Te vendamos a la antigua usanza faraónica. Sobre tu pecho, pusimos un coleóptero envuelto en su pupa y un escarabajo sagrado antiquísimo. Tus constantes vitales mejoraron. Hoy el capullo eclosionó. Minutos después se obró el milagro: despertaste.

Escarabajo, Kafka, metamorfosis... ¿En qué me había convertido?
—reflexioné, volátil.

—Realmente mágico. El mundo debe saberlo —sugerí.

—Se hará público cuando hayamos descubierto sus pormenores
—contestó el rey.

—¿Quiere decir que desconocen cuál va a ser mi evolución? —Así me miró desconcertado.

—Exacto —logró contestar.

De inmediato, comprendí que debía ocultar la sabiduría —tanto espiritual como alquimista— que había nacido en mi organismo tras la crisálida de rosas negras que me había devuelto la vida.

—No entiendo nada... Buen rey —comenté con la mirada perdida. Encubriendo mi erudición.

—Cálmate, hija. Nuestras rosas son un prodigio que de igual forma dan o quitan la vida. Dependiendo de cómo se utilicen. Podías haber muerto. Sin embargo, era la única posibilidad de salvarte.

—¿Soy una especie de cobaya? —pregunté lánguida.

—Sí. Desconocemos qué efecto habrá surtido en tu interior, todavía...

—Me siento bien —contesté sin demasiado entusiasmo; disimulando que mi mente se había tornado mirífica y que una pequeña rosa había quedado grabada en mi pecho.

—Me alegro, hija. Ahora, quiero que sepas que todos fuimos víctimas.

—¡Sí! ¿Todos fueron agredidos por una bestia?

—¡No! Tuvimos más suerte que tú.

—Entonces, ¿a qué se refiere. Desea que deje impune a Khalid? Esa es la historia, ¿verdad?

—No, Eva. Ésa será tu decisión. Me refiero a que el día de autos, fuimos drogados.

—¿Drogados?

—Correcto. Parte de mis investigadores trabajan en ello. Lo cierto es que reinó el desenfreno. Analizadas la comida y la bebida del banquete, se ha

comprobado que llevaban una mezcla explosiva y muy tóxica de sustancias psicotrópicas. La de Khalid, en cantidades desproporcionadas. Alguien quería que murieses... Y a punto estuvo de lograrlo.

—Pero no lo ha conseguido, ¿verdad?

—Por suerte, no.

—Descubriremos su identidad. Te lo aseguro —afirmó con rotundidad.

—Eso espero. El malhechor, parece apreciar, en demasía, a Khalid

—comenté perspicaz.

—No más que yo. Sin embargo, acataremos tu decisión.

El Pentium Intel Core i7 que vibraba por mis dendritas contraatacó.

—¿Mejor hacemos un trato?

—Eva, tus deseos serán órdenes.

—Quiero volver a España lo antes posible. La barbarie de Khalid por mi libertad.

Asim, entrelazó sus manos, meditando mi propuesta. Los ojos húmedos, el semblante angustiado. Los granos de arena del reloj de la vida seguían escapándose del cristal opresor. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—De acuerdo. No tengo otro remedio. Volverás a tu país con una asignación mensual y una acompañante; una de tus amigas: la que tú elijas.

—¿Acompañante. Asignación? —tenía claro a qué se refería. Pero no deseaba levantar suspicacias.

—Hija mía, Soraya o Fátima vivirán contigo. Además, todos los meses ingresaremos 6.000€ en tu cuenta bancaria. Amén de cubrir cualquier necesidad extra que surja.

—Tentadora oferta —dije dubitativa. Aunque por dentro estuviera satisfecha de mi triunfo.

—Piensa. Recapacita. Si decides quedarte. Vivirás como una reina y nadie te molestará. Te doy mi palabra —acercó su mano, paternalista. Protector. La rechacé.

—Gracias. No hay nada que pensar. Regreso a España —dije estéril.

Había conseguido lo que pretendía. Sabía que Masud era mi verdadero príncipe. Sólo él me había salvado. No podía quedarme a su lado y, a la vez, estar cerca de Khalid.

—Sea como tú digas —contestó un desolado Asim.

—Hasta que parta, Khalid deberá estar confinado en mi antigua celda de

castigo. Si lo veo o escucho su voz tan sólo una vez. ¡Juro que lo asesino con mis propias manos! —mi rostro se iluminó maquiavélicamente cuando pronuncié la última frase. Y mis manos estrujaron un pañuelo con fuerza.

—Tranquila. Ahora mismo cumpliré tu voluntad.

Salió al pasillo. Khalid aguardaba —escuché su voz un instante—. Seguido, pasos. Desde la estancia vi cómo lo trasladaban a la mazmorra. Gocé viendo la escena.

En ese instante, supe que Khalid y Masud, eran pasado. Podía amarlos u odiarlos; sin embargo, permanecería lejos de ambos. En realidad, ya no me importaba el Egipto faraónico ni sus yacimientos arqueológicos. Sólo me interesaba mi libertad.

16

Mi compañera fue Fátima; estaba más predispuesta que Soraya a dejar aquellos ancestrales muros.

Justo al año y cinco días de embarcar hacia Marruecos, regresé a Valencia. La tía Marina nos esperaba en el aeropuerto de Manises. Habíamos hecho trasbordo en Barajas y estábamos muy cansadas. No hicieron falta palabras: las lágrimas y las muestras de cariño fueron suficientes. En casa, todo estaba como lo recordaba.

Días después, comprendí que Fátima, tenía un don especial para acoplarse a las situaciones novedosas. Lo que para otra persona hubiera significado algo adverso, para ella fue un batido licuado de fresas. Se habituó al modelo de vida occidental tan veloz como un guepardo que alcanza su presa: en un plis-plas.

A las tres semanas de mi regreso, supe que estaba embarazada. La ginecóloga lo corroboró. Fátima quería enviar la buena nueva a Asim. Pero se lo impedí. Sabía que tenía un enamorado; protegería su secreto si ella salvaguardaba el mío. No necesitaba consejos de loqueros ni de amigos. Tenía

claro, transparente, qué debía hacer con ese engendro fruto de una brutal violación: abortar.

Consulté con la especialista. Bajo manga, me dio la tarjeta de un colega que practicaba abortos quirúrgicos. Era de fiar. En casa no dije nada. Fui sola a la cita. Todo estaba preparado. La consulta era un plagio al cuarto de mi sanación con rosas negras; con todo tipo de aparatología obstetra. Subí al potro y abrí las piernas; segundos más tarde, el doctor observaba el interior de mi aparato reproductor.

—Eva, ¿la Dra. Escamilla no te lo ha dicho? —indicó con el semblante rígido.

—¿Decirme qué?

—Llevas gemelos.

—Pues sácalos. No los quiero dentro —repuse hosca.

Apenas estaba sedada; quería vivir la experiencia. Introdujo el espéculo por mi vagina seguido de la jeringa manual. El dolor era insufrible: chillé como una bestia. Algo —desde mi interior— expulsó los instrumentos. El facultativo cayó al suelo.

—Estoy bien, Eva, tranquila —se apresuró a decir.

—Me alegro —contesté alucinada.

—Tú, ¿cómo te encuentras? —preguntó mientras se incorporaba.

—Bastante, bien. ¿Qué ha pasado?

—No sé cómo explicarlo. ¡Algo inverosímil!

—¿Eso qué quiere decir?

—Tu cuerpo ha rechazado los instrumentos quirúrgicos.

—¿Mi cuerpo?

—Sí. Los fetos no han hecho nada; de eso estoy seguro. ¿Te has sometido a alguna operación recientemente, algún experimento científico o similar?

—Por supuesto que no —dije, tajante.

No podía mencionarle que me habían vendado como a la momia de Tutankamón con pétalos de rosa negra porque directo llamaba a una ambulancia para que me ingresaran en el pabellón psiquiátrico de algún hospital.

—Pues, ¡es incomprensible!

—¿Puede practicarme el aborto o no? —apunté, alterada.

—¿Estás en tratamiento farmacológico?

—No doctor. Se lo aseguro.

—Será mejor que hable con tu ginecóloga...

El rollito del colega de la bata blanca, me estaba sacando de quicio.

—No hace falta.

Comprendí que no iba a repetir la operación. Me incorporé y salí como una flecha.

Conduje hacia la A-7. Abrí la ventana y berreé como una loca. Después, me empotré contra la medianera. Resulté ilesa. Y mis queridos fetos, también. Estaba claro: los niños nacerían. Empero, los odiaría con toda mi alma; igual que a su padre, a su abuelo o a su tío... sentía animadversión por todos los miembros de la casta rosada. En situaciones trágicas, el amor y el odio son compañeros de viaje. Los bebés, pasarían al olvido tan pronto nacieran: los donaría en adopción.

Sin embargo, el embarazo resultó bastante satisfactorio. No fueron las primeras patadas o el sentimiento de llevar dos nuevas vidas dentro. Fue como si la prolongación citoplasmática de mis neuronas dijeran que esos bebés eran necesarios. En cierto modo, Masud también era el padre; estaba claro que su sangre recorría tanto mi organismo como el de ellos. Y, por mucho que me empeñara en lo contrario, a Masud nunca podría odiarlo. Lo amaba con todo mi corazón.

Fue difícil ocultar mi embarazo a Egipto; no por la correspondencia habitual que manteníamos con la estirpe de *La Rosa Negra* —revisábamos todas las frases para no cometer ninguna indiscreción— sino porque Masud visitaba Valencia regularmente. Por suerte, era Fátima la que lidiaba con él. En esa etapa de mi vida, no hubiera resistido verlo desde la distancia. La crisálida de las rosas me había convertido en una mujer fuerte, pero estaba falta de cariño. Y Masud hubiera vapuleado mis defensas; era consciente de ello. Además hubiera puesto en peligro mi secreto.

Me sentí aliviada cuando llegaron las nuevas de la preñez de Jaira —como yo, encinta desde la fatídica noche del crimen—. Dijo que sólo había copulado con los príncipes; su matrimonio, con uno de ellos, era inevitable si el bebé nacía con la mácula real que corroborase sus palabras. Sea como fuere, resultaría complejo saber cuál de los dos era el padre. Desconocía qué se haría al respecto. Pero deseara que se desposara con Khalid. Aunque fuera una

farsa, se unirían dos delincuentes; y no de los comunes. Cuando supimos que la femme fatale del harén había cambiado su declaración: "...Sólo había copulado con Masud...". Me enfadé muchísimo: se convertiría en su esposa. Y Khalid seguiría libre. De nuevo, Jaira había fastidiado mis planes. No les deseaba una vida desgraciada. Aunque, en realidad, me la pelaba lo que pudiera sucederles. O eso prefería pensar.

Mis mellizos se adelantaron cinco semanas; y nacieron con algo inusual: ambos tenían el estigma principesco florido. Una pequeña rosa negra abierta junto al corazón. Idéntica a la mía. Inaudito por lo que yo sabía; no se conocía en mujeres, y menos, desde su nacimiento. Los inscribí como Yaiza y Jacobo Lagos de Ulloa. Él con el cabello negro y los iris azabaches. Ella nívea, rubia y con mis ojos: dos esmeraldas brillantes. Ese mismo día, Jaira alumbró a un varón con la mácula habitual. Un bebé interfecto: no lo sentí. De todas formas, las nupcias con Masud eran inminentes. Reflexioné sobre los extraños eventos; podían presagiar que la estirpe rosada tocaba su fin. Un bebé muerto y una niña con rosa abierta; estaba dubitativa. Fátima comprendió mis elucubraciones y me ayudó a decidir: debía permanecer callada. Presa del rebufo de los acontecimiento.

Olvidado el mal trago, el tiempo acontecía como la brisa del viento. El otoño devoraba al verano con las hojas de los árboles dibujando encajes sobre las aceras, y el firmamento encapotado derramaba su furia. Un año extraño donde las estaciones cambiaron su rol. Los mellizos crecían a pasos agigantados. Estábamos celebrando la Navidad cuando, de improviso, Jaira me envió una carta personal. Recordé sus engaños; era rencorosa y, ella, me había hecho muchísimo daño. No me fiaba. No obstante, sus palabras parecían sinceras. La leí junto a Fátima:

"Querida Eva:

Los dioses me han castigado. Ya sabes que mi hijo nació muerto. Y, por desgracia, no he vuelto quedar encinta.

No tengo nada que ver con el misterioso envenenamiento, todavía sin resolver. Si bien, me sentí tan desdichada cuando Masud —a quien siempre he amado— se obsesionó contigo que ideé el enredo de la danza para destruirte.

Creía que cuando Khalid lo descubriera, Masud te habría poseído y, por tanto, se olvidaría de ti. Si todo salía como estaba previsto, regresarías a España. Entonces, la vida en Palacio, volvería a ser maravillosa. Por

desgracia para todos, no fue así.

Por otro lado, Asim nos ha dejado; reposa en un discreto speos[25] del Valle de los Reyes. El estigma de Khalid se ha abierto: es el nuevo Rey. Con todo, vive encerrado en La Biblioteca Sagrada estudiando los antiguos pergaminos de su estirpe. Practicando el celibato. De no existir cambios, su ancestral casta quedará sin descendencia.

Si lo has perdonado, por favor, vuelve a su lado. A lo mejor, puedes darle la progenie que espera. Su corazón te pertenece. Ha dejado los negocios en manos de Masud. Quien de buen grado viaja, permanentemente, cansado de mí. Debo expiar mis culpas para estar en paz. Quizás, entonces, regrese a mi lado.

Me arrepiento del dolor que te he causado. Un abrazo para ti y otro para Fátima.

Vuestra amiga, Jaira”.

Cuando finalizamos la lectura, Fátima estaba muy contenta: canturreaba una canción senegalesa. Sin embargo, yo permanecí callada; revolviendo las palabras de Jaira. Viéndola en la cama con Masud, las imágenes me devoraban. Pasados unos minutos, doblé la carta maquinalmente. Mi fiel compañera, tenía ganas de conversar...

—Jaira nunca será nuestra amiga. Pero más vale un arrepentimiento tardío, que una enemiga perpetua. Por lo demás, ya puedes estar contenta —insinuó Fátima con brillo en los ojos.

—¿Por qué debería estar contenta? —contesté airosa.

—¿Qué más quieres? Khalid es el soberano de *La Rosa Negra*. Sigue enamorado de ti y ya le has dado descendencia: te convertirás en su esposa: en reina —aseveró Fátima.

—¡Cómo puedes decir eso! —bramé.

—Pese a decir que no le amas, lo llamas en sueños... —indicó, mordaz.

—Será cuando tengo pesadillas —aclaré sin inmutarme.

—Con los malos sueños te despiertas empapada de un sudor gélido.

Cuando pronuncias su nombre, amaneces sonriente —recordé a Scarlett O'Hara tras pasar la noche con Rhett Butler en el mítico film *Lo que el viento se llevó*.

—Puede ser...

Era tan consciente de mis sueños eróticos con Masud, que lo llamaba

Khalid para no levantar sospechas sobre mis verdaderos sentimientos. Podía autocontrolar la mayoría de emociones.

—¿Sigues teniéndole miedo? —la pregunta de Fátima impidió que siguiera cavilando.

—¿Tú qué crees? Me agredió brutalmente. Me da igual que estuviera supuestamente drogado. Fue sanguinario. ¿Qué esperabas? Que corriera a sus brazos como Julieta —contesté bastante exaltada.

—Mujer, la enajenación que sufría, atenúa su culpa.

—¡No me lo creo! A decir verdad, no creo nada de esa absurda historia. ¡Sufrí mucho!, ¡muchísimo!

—Lo sé, lo sé...

Fátima me abrazó.

—No. Nadie lo sabe. Lo amaba. Destrozó mi cuerpo y mi alma. Masud tuvo oportunidad de mancillarme y nunca lo hizo... Siempre me respetó —corté la frase, consciente de mi indiscreción.

—No. Él nunca te haría daño, ni a ti ni a nadie. Aunque su apariencia sea arrogante, tiene un corazón puro. Y te ama. Lo supe desde el mismo día que llegaste a palacio. Vuestras miradas lo dijeron todo. Comprendí que amabas a Khalid por el mero hecho de parecerse a Masud. Faltaba saber cuándo os habíais conocido. Los días posteriores a tu violación, tuve tiempo más que suficiente para ser su confidente.

—¿Fátima...? —dije con los ojos llorosos.

—Vuestra historia es una verdadera historia de amor. Masud hacía todo lo posible por acercarse a Valencia para verte bailar en Paradis. Tú sólo veías a un galán que te endiosaba desde la penumbra: era tu príncipe azul. El resto ya lo conocemos.

—Me siento tan desdichada —contesté llorando a moco tendido.

—Sosiegate tesoro. Eres muy fuerte, ambas los sabemos. Te acoplarás como un guante de fino satén, a tu destino, para bien o para mal —dijo mi fiel amiga con una ternura infinita.

—Mientras Khalid se mantenga a distancia, permaneceré tranquila.

—Soy una tumba. Ya lo sabes.

Mis lágrimas se secaron de golpe. Miré a Fátima directa a los ojos:

—Más te vale. De lo contrario se me puede escapar que tienes novio —dije, austera.

—¿Cómo puedes decirme eso...? —Fátima se retiró, abatida. Sabía que nunca hablaría; el chantaje era mi baza.

Desde mi crisálida de rosas negras, podía cambiar los sentimientos en cuestión de segundos. Las palabras de Fátima eran ciertas. Pero no me importaban demasiado, ya no.

17

Pasado el chaparrón, Fátima volvió a confiar en mí. Y le mostré mi mejor rostro. La vida nos sonreía. Ningún obstáculo era lo suficientemente grande como para escalarlo. Éramos dos mujeres hermosas y dinámicas. Dos figuras perfectas: una de nácar y otra de ébano. Nada en mi cuerpo denotaba que había pasado por un parto doble y una cesárea. La cicatriz del pubis quedó oculta bajo un tatuaje jeroglífico que rezaba: “Nefertari Nefertiti, la siempre libre”. Nos faltaba una ocupación que satisficiera las necesidades básicas de todo ser humano: utilidad. Con la asignación egipcia teníamos superávit económico. Pero necesitábamos más.

Tras meditarlo largo y tendido, decidimos abrir una academia de idiomas y lenguas muertas cerca de las universidades de letras. Fue todo un éxito. Masud estaba al corriente. No obstante, era Fátima quien hablaba con él: yo prefería no verlo. El mero hecho de nombrarlo, hacía mella en mi estructura cuasi divina. Y aunque nadie lo notara, mis noches se convertían en una sucesión de clichés eróticos.

En aquellos tiempos de madura juventud, me sentía pletórica; llena de energía. Sentimentalmente no existía el hombre que abstrajera mi juicio. Guardaba los amargos recuerdos de Khalid en un baúl del cerebro: nunca lo abría. Y los sentimientos hacia Masud, al lado. En otro: intocable; interconectados por sangre y parecido, no volverían a franquearse. Mis necesidades sexuales las paliaba con algún que otro affaire, o por qué no, con algún artilugio de sex shop.

Hacia la primavera, una de las profesoras de la academia nos invitó a su boda; mi cuerpo bullía. Me apetecía una noche loca. La despedida de soltera,

sin lugar a dudas, era la reunión perfecta para desmadrarse. Por supuesto, antes fuimos de compras: queríamos deslumbrar. Fátima, con su dermis de un oscuro azulado, su melena azabache y sus ojos miel; eligió un vestido de piel de ángel —rosa palo—, de Calvin Klein. Junto a un cuerpo de gasa transparente. Destalonados con tacón alto y bolso baguette, de Fendi. Yo me decanté por un traje pantalón blanco de Dolce & Gabbana. Tejido elástico, escote vertiginoso —exhibiendo parte del sujetador de encaje hueso—. Sandalias de tacón fino y bolso trapecio de metacrilato, de Louis Vuitton. La tía Marina, que no estaba acostumbrada a vernos tan acicaladas, no paraba de darnos consejitos y de implorar a todos los santos:

—¡Vais muy provocativas! —nos dijo.

—Estamos solteras y sin compromiso así que podemos ligar —contestó Fátima.

—Tienes novio —soltó señalándola con el dedo índice como si fuera una rea— y tú dos churumbeles de ¡Dios sabe quién! —insinuó con los ojos en blanco, mirándome.

—Tía, ser madre soltera ya no es pecado. Por los trapitos no te asustes. Tenías que ver cómo van las jovencitas —sugerí.

—Eva, tú lo has dicho. Las jovencitas... Vosotras sois dos mujeres hechas y derechas. Y muy guapas: demasiado.

—Pues como dice el refrán: “Para que se lo coman los gusanos, que lo vean los humanos” —exclamé de sopetón. Las tres reímos a carcajadas.

—Pues también tienes razón. ¡Hala! ¡A comeros el mundo!

—Así me gusta, tiita —la besé.

¡Cuánto me hubiera gustado que la tía nunca hubiera envejecido! Era la persona más encantadora que había conocido.

—Volveremos muy, muy tarde. Más tarde que nunca —aseguró Fátima zarandeándola.

—Pues estaré con un ojo abierto y el otro cerrado hasta que regreséis —acabó por decir con una sonrisa agrisada mientras nos despedía desde la puerta de casa.

Media hora más tarde, estábamos cenando en un francés muy chic. Después, fuimos a un pub de moda. Más tarde —pese a mis esfuerzos por cambiar de local— acabamos en Paradis. Hacía mucho que no probaba el alcohol; pero esa noche, necesitaba una copa. Mi antiguo jefe, nos colocó en

un lateral del recinto. Sus palabras fueron muy halagadoras:

—Eva, estás más bella que nunca —indicó, educado—. En este local siempre tendrás un lugar privilegiado si decides volver...

—Gracias Arturo. Es todo un cumplido. Actualmente, soy una persona muy diferente —contesté.

—A ti por la compañía. Si necesitáis algo, ya sabes dónde encontrarme.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Arturo se alejó cuando Fátima regresaba del baño: tenía mala cara.

—¿Qué te sucede? —pregunté extrañada.

—He tropezado con Omar.

Un sudor frío recorrió mi organismo.

—¿Ha venido solo?

—No. Con Masud.

—¡A qué mala hora hemos venido a este maldito club! ¡Siempre me trae algún disgusto! —repuse incómoda.

—Eso parece. No te gires: se acercan por detrás —tragué saliva.

—¡Hola queridas! ¡Qué sorpresa tan agradable! —dijo un Masud con mirada diamantina.

—¡Hola amigos. Qué coincidencia tan grata! —contesté haciendo acopio de esa hipocresía que se había adosado a mi organismo.

—Seguro que sí —sugirió Masud con ironía.

Llevaba un traje diplomático —antracita— con raya hielo como la camisa; bastantes botones despasados. Estaba más apuesto que nunca: sin perilla y cabello largo —ligeramente ondulado—. Aparté la mirada de sus ojos, oscuros como el ámbar. Masud se percató y sonrió con malicia. Mi cuerpo reaccionó. Los saludé con aplomo —un beso en cada mejilla— e invitación para que nos acompañaran: no podía hacer otra cosa. Pese al influjo de su presencia, los efectos de mi crisálida, aumentaban con el paso del tiempo. En esa etapa, podía esconder mis sentimientos y mostrar serenidad —o todo lo opuesto—, siempre que lo deseara.

—Vaya, vaya, vaya... si no lo veo no lo creo. ¿Cuánto hace que no nos vemos? —prosiguió Masud con esa pedantería que utilizaba en público.

—Unos cuantos años... —contesté con su misma suficiencia.

—Parece imposible. El tiempo es tu aliado... ¡Estás más hermosa que nunca!

- Tus halagos son innecesarios —objeté fría como un tempano.
- Has aprendido a autocontrolarte. ¡Qué sexi!
- Será el alcohol.
- No lo creo.

La conversación tocó todos los palillos. Su galantería hacía que el juego se tornara peligroso. Intenté que se fijara en una de mis amigas —bastante ligera de cascos—. Pero fue inútil: seguía interesándole. Dejamos Paradis cuando Arturo insinuó que iban a cerrar. Íbamos a despedirnos; Masud se lanzó sobre mí y me besó con pasión, entreabriendo mis apetitosos labios. Mis brazos se relajaron y abracé su cuerpo con desmesurada pasión.

- Masud, Masud... —repetía una y otra vez, obsesiva.
- Pídeme lo que quieras —susurró con ternura.
- No. ¿Tú eliges?
- Vayamos de nuevo al club.
- ¿Para qué?
- Ya lo verás...
- Están cerrando.
- Soy amigo de Arturo.

En unos minutos estábamos solos en Paradis. Masud me llevó al camerino —recordé las veces que había cambiado de personalidad entre aquellas paredes—. Todo seguía igual: luces de colores alrededor de los espejos; pelucas, sujetadores, medias colgando de los parabanes... Plataformas de *drag queen* desparramados por el suelo. Masud acercó un arcón. Al abrirlo: miré fascinada. Dentro —impoluto— los aperos que utilizaba cuando era stripper.

- ¿Quieres hacerme feliz?
- Sí. Por favor... —dije resbalando mis uñas por sus brazos.

—Entonces, cámbiate de ropa y baila para mí como la primera vez que te vi. Sonaba *Habibi Ya Einy* de Haifa Wehbe. Llevabas este modelito —señaló unos de mis trajes, jocoso.

—Masud...

—Olvidaremos todo lo que ha sucedido. Te tomaré como deseé hacerlo aquella noche.

—Así sea —entorné los párpados. Recorriendo su cuerpo con la mirada.

—Eva... —comprendí que mis ojos hablaban. Aparté la vista. No deseaba cambiar sus planes; aunque, ciertamente, estaba impaciente.

—¿Y la música?...

—Tranquila. Arturo la ha dejado preparada antes de marcharse. Yo la pondré.

—¡Qué seguro estabas! —contesté edulcorada.

—Tu exjefe guardó el CD cuando dejaste el club. Digamos que nunca perdí la esperanza...

Salió del tocador, elegante y sexi como el mismísimo Gary Cooper en sus mejores tiempos.

—Te aviso cuando esté preparada —dije elevando la voz.

—Lo sabré.

Imaginé que estaba en un pase *privé*. Me deslicé por el tubular; boca abajo. Gateé hacia donde estaba Masud. Fumaba un More. Entonces lo recordé todo... Cinco años atrás; sentado en idéntico lugar. Me observaba desde la lejanía. Le dirigí unos movimientos felinos y volví a la pasarela subyugada por sus ojos. Todas las noches que bailaba esperaba verlo. Hasta convertirlo en mi amor platónico. Ese que me amaba sin consumir el deseo. Las fantasías eróticas, por lo general, son mucho más picantes que la realidad. Esa noche, descubriría si con él sucedía lo mismo. No me escaparía: descubriría mis verdaderos sentimientos.

Esperé delante de su silla mirándolo fijamente. Vino a mí; acarició mi rostro mientras besaba su mano. Sabía lo que deseaba, igual que él conocía mis caprichos. Fue tierno, complaciente. Estaba sentada sobre la pasarela;

piernas cruzadas en su torso. Mimó mi cuerpo hasta cuando me hizo el amor. ¡Dios, cuánto lo amaba! A las pocas horas de regresar a casa, lo telefoneé. Estaba en una transacción comercial.

—Masud... Te necesito.

—¿Ahora?

—Sí...

—Un momento.

Escuché que se excusaba. Salió fuera de la sala.

—Repítelo.

—Masud, te necesito.

—Ve al hotel Las Arenas. En recepción, simplemente da tu nombre.

Llegaré cuando pueda. Aguarda.

Le esperé con un negligé frambuesa leyendo *Les Cent Vingt Journées de Sodome, ou l'École du libertinage* del Marqués de Sade. Cuando llegó, sonrió. Antes de hacerme suya, preguntó por qué llevaba un crucifijo en el cuello...

—Porque soy cristiana —contesté.

—¿Rezas? —lo retiró con delicadeza (fue un gesto muy hermoso).

—Sí. Por ti —dije pensativa.

—¿Por mí?

La sugerencia le había agradado.

—Para que te encuentres a ti mismo.

—Ya no hace falta. He encontrado lo que buscaba: soy tuyo.

Pasamos una semana inolvidable. Estuve aislada del mundo, recluida en el hotel; a la espera de su llegada. Fátima y la tía Marina se encargaron de los niños y los negocios...

Daba igual que fuera de noche o de día. Mantuvimos largas conversaciones: desnudos. Recuerdo que me reclinada sobre su pecho. Acariciando la rosa que había florecido al instante de poseerme en Paradis.

No le pareció extraño que yo tuviera una desde mi crisálida: era la primera persona que sabía la verdad; para el resto de humanos era otro tatuaje. Ambos guardamos nuestros secretos. Fue muy romántico. Descubrimos que el amor era la verdad de la vida.

Una mañana volví a interrumpir sus negocios. Al entrar en la suite supo que todo había terminado. Estaba en la terraza —contemplando el serenísimo

Mediterráneo—. Me abrazó y preguntó qué hacía. Contesté que miraba los barcos...

—Masud. ¿Por qué no huimos? —insinué mientras olía la fragancia de su cabello.

—¿Por qué no podemos, amor?

—Entonces, salgamos del hotel y prosigamos nuestras vidas.

—Es difícil dejar lo único que te satisface —dijo.

—Estoy avergonzada —contesté.

—Nunca te avergüences por amor, aunque sea un amor prohibido u imposible. O se trate de tu propio enemigo —me besó, delicado.

Nos vestimos y dejamos la habitación.

Masud regresó a Egipto. Yo a casa, con Fátima, la tía y los niños. El triángulo amoroso estaba cerrado.

18

Una semana más tarde, llegó Khalid. Masud me envió una nota escueta anunciándolo: conocía su paternidad. En otra época, el mero hecho de su presencia hubiera sido preocupante; pasión u horror. En esa etapa de mi vida, sentía apatía hacia ese atractivo hombre con idéntica fragancia que Masud. Sus mismos ojos, labios, pómulos, orejas... Réplica cuasi exacta. Tenía claro qué hacer. Eliminados los obstáculos infranqueables, que nos habían separado: volvería a Egipto.

Estaba leyendo en el jardín cercano al apartamento. Me senté aspirando el perfume de las flores. Los pájaros revoloteaban alegres y el sol calentaba. Llevaba el cabello trenzado a lo Jimena del Cid. Escuché una voz:

—Señora tengo un regalo que entregarle.

Era un chavalillo de la calle. No me sorprendió la caja púrpura que portaba: adivinaba su contenido.

—¿Quién te la ha dado? —pregunté.

—Un señor moderno y simpático —pensé en Masud. Empero, estaba

segura que era su hermano.

—Gracias, hijo. Espera un momento —dije sacando diez euros de la billetera. El pobre flipó con la propina.

Como era de esperar, el estuche resguardaba una rosa negra y un papiro lacrado...

“Mi amada Eva:

Si te deshaces la trenza, significará que deseas hablar conmigo. Si por el contrario, sigues leyendo, me iré por dónde he venido y no volverás a saber nada de mí. Tuyo siempre. Khalid”.

Estuve a punto de seguir con el libro. Sin embargo, pensar en Masud hizo que soltara mi cabello. Sonreí al ver que se acercaba un Khalid distinto; por lo menos exteriormente. Tejanos y camiseta desenfadada. Estaba goloso. Al sentarse, comprobé que su mirada también había permutado; impregnada de una lejana y entumecida sabiduría. Mis sentimientos huyeron como un felino ante un tsunami.

—Es cierto: sigues igual de bella. No sé cómo he podido estar tanto tiempo apartado de ti —pese al encanto de sus palabras hablé con despego.

—Gracias —contesté sin emoción.

Declaró su arrepentimiento y el amor que me profesaba. A los cinco minutos, había olvidado que era Khalid. Su aroma me hablaba de Masud. Y no me molestaba tener que cohabitar con el sucedáneo. Eran dos hombres en uno. Khalid quería conocer a sus hijos; nunca me forzaría a nada. Su frialdad era todo un prodigio. Daba igual el tema que tratara: era un *cyborg* de última generación. Quizás su vida al margen de la sociedad, le habían conferido una gnosis exenta de emociones. Tenía que derrumbar su indiferencia; llevarlo a mi terreno. Cerciorarme de su cambio; no me conformaría con una transformación superficial. Me uniría a él porque me llevaría al lado de Masud. Pero era necesario que su intolerancia hubiera desaparecido por completo. El cambio, debía ser profundo y sincero.

Me invitó a cenar en el Sidi Saler. Agradecí que no fuera en Las Arenas. Me hubiera equivocado de nombre. Estuve el resto del día eligiendo qué ropa ponerme. Ganó un mini vestido cobrizo a lo Stone en *Instinto Básico*, de Óscar de la Renta. Una toga romana que dejaba al descubierto la totalidad de mi espalda. Sandalias con tacón de aguja y bolso de mano. Bajo un echarpe perlado: era perfecto.

Como soberano del antiguo linaje de *La Rosa Negra*, Khalid debía sentirse ofendido —no era lo mismo ser un ligue que la madre de sus hijos—. Llegado el momento, me trataría como una vulgar mujerzuela o algo por el estilo. Por si acaso, llevaba spray antiviolador. Si por el contrario se había modernizado, suscitará antiguas pasiones... Y quizás hasta podría soñar que estaba en los brazos de Masud.

Omar —su fiel guardián—, vino a buscarme con un Mercedes-Benz señorial. Al verme, se inquietó. Seguro imaginaba que era promiscua. ¿Cómo si no, intentaba provocar a un hombre cuando días antes había estado en brazos de su gemelo?

—Omar. Tú eres un hombre actual —insinué durante el recorrido.

—Bastante. Viajo mucho —contestó.

—Entonces no deben confundirte las apariencias externas... —dije enfatizando las palabras.

—Tienes razón. Pero...

—No hay peros que valgan —corte, tajante.

—Como tú digas, Eva.

—Vuestras mujeres pasan de mano en mano. Pues, lo mismo a la inversa. Yo tengo dos hombres. Algo que debe permanecer en completo secreto. Entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó, solemne.

—Gracias.

—De nada, Eva. Por otro lado, debes saber que los harenes del palacio han desaparecido y tú siempre fuiste de Khalid. Hasta hace poco, claro...

—La desaparición de la poligamia, me parece consecuente con la actualidad. Pero lo creeré cuando lo vea. Por otro lado, mi relación con Masud fue pasajera —sugerí sin darle importancia.

—No tienes que darme explicaciones.

—Lo sé. Deseo hacerlo.

—Como quieras... —comentó Omar algo incómodo.

—Sabes, tienes razón: siempre he sido de Khalid. Pero Masud me lo recuerda tanto, que no pude evitar la tentación. Nada más —¡qué mentirosa me había vuelto! (Pensé con los ojos incandescentes).

—Puede ser. Soy amigo de los dos y... —no le dejé acabar.

—Un poquito más de Masud. ¿Verdad? —sugerí con descaro.

—Pues, sí.

—No quiero ponerte en un compromiso —atajé.

—Si me lo permites, prefiero no saber nada más sobre el suceso.

Además, no debes preocuparte... Masud se ha encargado de aleccionarme en el asunto: soy una tumba.

—Es un alivio oírtelo decir —dije, tranquila.

—Masud lo entiende: desea que te conviertas en su cuñada. Su reina —terminó por decir en tono condescendiente; más tranquilo.

Ni tan siquiera esa verdad a medias —sabía por lo que habría pasado Masud antes de motivar a su hermano para que viniera— hizo que mi talante cambiara. Quizás ellos tenían esa cualidad, que poco a poco adquiría mi persona: domino absoluto de las emociones. Y, por tanto, de las situaciones. A mí, todavía me quedaba mucho que aprender...

Omar me acompañó hasta la suite de Khalid, en el último piso. Tras dar unos golpes en la puerta, ladeó la cabeza reverente, y desapareció. Entré despacio, tanteando la penumbra. Al fondo, unas cortinas se mecían. Olía a salitre. Me encaminaba hacia ellas cuando escuché su voz:

—Podías ir más recatada... ¡No esperaba esto! —subrayó Khalid desde un lugar impreciso entre las sombras.

Una lámpara de mesa iluminó la estancia; estaba sentado en un sillón art déco. Al levantarse peinó su cabello hacia la nuca, mientras exclamaba:

—¡Guau! Bueno, acomódate. ¡Estás en tú casa! ¿Te parece bien que tomemos una copa antes de cenar? —prosiguió, agitado.

Anoté mi primer triunfo; no había blasfemado contra mi atuendo. Muy al contrario: le gustaba. La incomodidad no era porque fuera despampanante, sino porque se había excitado.

—De acuerdo bebamos algo. Sírvenme un Martini Blanco con mucho hielo, por favor.

Se dirigió a la barra. Seguí sus pasos, sinuosa como una ondulante cobra.

—¿Dónde puedo dejar el chal? —pregunté balanceando las palabras con sensualidad, como si se tratara de un lenguaje erótico que ambos conocíamos.

—Excuse me. Déjalo en cualquier sillón; donde quieras. Da lo mismo. Voy a quitarme la chaqueta: tengo calor —apuntó—. Después prepararé las

bebidas.

Hizo las veces de barman; camisa arremangada y malabares a lo Tom Cruise en *Cocktail*.

—¿Te importa si salgo a la terraza? —insinué.

—Por supuesto que no. Ahora te llevo el vermut —contestó animado, sin dejar de mirar las botellas y los vasos; como si la propuesta le brindara el respiro que necesitaba.

Atravesé la habitación con mi delicado y tentador serpenteo. Pasos de bailarina sobre el escenario. Al traspasar las cortinas, contemplé el Mediterráneo: excelso y calmado. Una alfombra mágica de pausadas olas. El horizonte estaba repleto de barcos. Y el cielo lleno de estrellas; una luna grandiosa retiraba el capote y me clavaba una estocada. Suspiré ante el fascinante paisaje; recordando al hombre que había dejado en la habitación. En ésta y, días atrás, en la otra... Mismo océano; diferente galán. Escena similar. No obstante, no deseaba huir. Esa noche no.

Khalid llevaba un príncipe de gales marino que dejaba entrever una camisa blanca de cuello largo. Destacaba su piel bronceada. Un solo deseo invadía mi yo telúrico: la acción. Deseaba hacerlo mío. Sí o sí; no necesitaría demasiado esfuerzo. ¡Qué morbosa me había vuelto! Incitar a mi violador. Aunque oí sus pasos, seguí impasible como si no lo hubiera escuchado. Pasó el gélido vaso por mi espalda. Mi piel se erizó, ¡ufff! —dije mientras agitaba el cuerpo con sutileza; antes de girarme y mirarlo atrevida:

—Aquí tienes tú copa —indicó clavando sus ojos en mis pupilas.

—Gracias —contesté sin apartar la mirada.

—Dime, ¿por qué lo has hecho?

—¿Hacer qué? —contesté jugueteando con el contorno de la estilizada copa.

—Vestirte tan, ¡mmm...! —continuó tras una fuerte inhalación que delataba nerviosismo—. Sugerente... Quieres volver a jugar, ¿verdad?

—Nooo... —contesté arrastrando la voz—. Al que le gustan los juegos es a ti. Piensas que la vida se mueve por meros entretenimientos. O por lo menos, eso creías antes.

—Ahora, es diferente —aseveró.

—He venido a cenar contigo, nada más. Me apetecía arreglarme. ¿He cometido algún pecado? —manifesté con un tono bastante dulzón.

—¿Por qué no te creo?
—Quizás porque eres un malpensado.
—¿O quizás porque considero que los has hecho para seducirme?
—Podría opinar lo mismo de ti —indiqué contabilizando los botones por abrochar—. ¿Deseas provocarme?
—¡Nada de eso! Tengo bastante calor. Has hecho que mi temperatura subiera más de la cuenta —contestó apretando sus sensuales labios.
—Somos adultos, ¿verdad?
—Sí —arqueó una ceja.
—Entonces, ¿por qué te metes con mi vestido? ¿Acaso no te gusta? Claro, lo ves demasiado atrevido —apunté casi rozándolo.
—No es atrevido: es un desafío —señaló mientras se apartaba—. Y me gusta muchísimo. Lo habrás deducido por mi nerviosismo.
Estaba descolocado; la primera vez que lo veía inseguro.
—Algo he percibido. Pero no es para tanto —proseguí, irónica.
—Procuraré que tu “modelito” no desvié mi atención. Tenemos que hablar de asuntos muy importantes.
En un último intento, besé sus labios con apetito. No se apartó; pero tampoco colaboró. La escena fue lo suficientemente excitante como para averiguar que Khalid había cambiado muchísimo desde mi marcha de Egipto. Finalicé mis coqueteos, ruborizada. Me había comportado como una verdadera calentabraguetas: una *celebrity*[26] de la tragicomedia con juegos eróticos.

Permanecemos callados durante unos minutos: el sosiego de las aguas, mitigaron nuestros instintos. Miré el horizonte mientras Khalid bebía algún que otro sorbo de su exquisito güisqui Dallas Dhu 32 year. Poco a poco, retomamos el diálogo. Abordamos cinco temas de vital importancia: primero, nuestros hijos y su futuro. Deseaba conocer a Jacobo y Yaiza. La conversación

se tornó regia:

—Sabes, me gustaría que los niños me acompañasen a Egipto —insinuó cauteloso.

—Creo que primero deben conocerte. Lo de Egipto tampoco me parece mal; antes veremos cómo se llevan contigo. ¿Qué te parece? —contesté, austera.

—Me parece justo.

—Puedes imaginar por qué no te informé del nacimiento, ¿verdad?

—pregunté.

—Me hago cargo. Aunque me hubiera gustado que mi padre los hubiera conocido.

—Su muerte fue un duro golpe. Lo supe semanas después.

—Ya. Las noticias importantes siempre llegan tarde —sugirió, agrio.

—Lo siento.

—Tenías motivos para ocultármelo. No obstante, desearía verlos pronto —indicó, bajando la mirada.

—De acuerdo —contesté.

—Si todo sale bien...

—Si todo sale bien conocerán tu país. Te doy mi palabra —corté.

—Asunto zanjado. Hay algo más...

—¿Tú dirás?

—¿Estarías dispuesta a casarte conmigo?

Éste fue el asunto que tratamos en segundo lugar. Me estaba proponiendo matrimonio como si hablara de política o de fútbol —quizás, para él, sólo significaba una mera necesidad.

—Depende —repuse, escueta.

—¿De?...

—Si es por lo civil, sí —objeté con igual apatía.

—Que así sea.

—Fijaremos la fecha.

—Lo antes posible —Khalid guillotínó la frase.

—Lo pensaré —contesté.

—Cuestión solucionada. Ahora, me gustaría que habláramos de la intoxicación... —propuso Khalid con tacto antes de introducir el tercer tema: el envenenamiento de la noche de autos.

—Tú dirás, ¿habéis descubierto algo? —pregunté con repugnancia.

La respuesta fue una catana lacerando mi corazón; un dolor agudo e instantáneo que desapareció fugaz como el ladrón de un alunizaje. La culpable había sido mi amiga Soraya. En ese preciso instante, entendí por qué se había hecho la remolona cuando le dije que podía acompañarme a España: ¡me odiaba! Sollocé apoyada en la baranda. Puro teatro. ¡A esas alturas no me importaba lo más mínimo! Khalid ignoró mi angustia.

El motivo que había movido a delinquir a Soraya, era uno de los peores pecados capitales: la envidia. Tan espeluznante como la avaricia. No soportó —al igual que Jaira— los favores que ambos príncipes me concedían.

En palacio, desconocían que el padre de Soraya había sido un extraordinario farmacéutico, con diversos másteres en medicina natural. Conocimientos que transmitió a su hija desde la más tierna infancia. Mientras yo estaba en la universidad de El Cairo, Soraya deambulaba por *El Gran Al-kahlili* encargando distintas plantas que maceró a su conveniencia. Todo estaba preparado, faltaba el momento idóneo: el festín en honor a Khalid —junto con el baile de las celosías ante Masud—. Fue perfecto para encubrir un crimen dentro de otro crimen. Matrioskas que se esconden unas dentro de las otras.

Soraya simuló su ingesta. Pero no bebió. Una femme fatale al estilo de la mismísima Gene Tierney: cara angelical y corazón de víbora. El palacio se había convertido en el estudio perfecto para rodar un excelente film *noir*. Realismo sucio, puro y duro. En todas las cortes aristocráticas, las intrigas palaciegas caminaban a su libre albedrío bajo cándidos sortilegios de hadas madrinas. Lobos vestidos de caperucitas, y viceversa. Mis pensamientos quedaron en stand by...

—Es horroroso conocer la maldad del ser humano. Máxime cuando es alguien que aprecias —interpreté, compungida.

—Maldad y bondad, van de la mano. Es algo innato en las personas.

—Tienes razón —sequé mis lágrimas de cocodrilo con la mano.

—¿No te importa el castigo que le he impuesto a Soraya? —preguntó Khalid.

—No. El mal ya está hecho y nada puede remediarlo. El rencor nunca es bueno —contesté con despego.

—Cierto. Por eso he sido benévolo. La he desterrado de Egipto con lo

mismo que llegó: sin nada.

—¡Pobrecilla! —grité, espantada.

—Saldrá adelante.

—Supongo que sí —¡qué se fastidie! Agradecí por dentro.

¿Sabía Khalid que fingía o quizás no le importara lo más mínimo? A lo mejor, Masud le había hablado de mis cambios interiores... —pensé—. Una sonrisa brotó de mis labios. El mero hecho de recordarlo, me hacía feliz.

El cuarto asunto que tratamos fue su estigma florido. Khalid me contó que, a medida que aumentaba su sabiduría, comenzó a desechar pautas de conducta arraigadas en sus costumbres. Descubrió que me amaba por encima de todo —hablaba sin inmutarse—. Sin más, la mácula se torno rosa. Recordé la noche en Paradis con el torso florido de Masud —volví a sonreír.

—Lo siento. Pero no te creo —interpelé mirándolo fijamente.

—Aparentemente, parece que la historia te haya alegrado —dijo, ignorando que mi felicidad era fruto del recuerdo de Masud.

—Es hermoso pensar que te aman de verdad. Aunque los recuerdos digan lo contrario... —fruncí el ceño.

—Nunca me perdonarás, ¿verdad?

—El perdón es algo muy diferente al olvido —contesté, agria.

—¿Qué puedo hacer...? —interrogó un Khalid humilde.

—Sincerarte. No te importan mis sentimientos lo más mínimo. ¿Cómo voy a creerte? He llorado. He reído. Te he besado. No has hecho nada... pareces un hombre exento de sentimientos.

—Te convertiste en hija de *La Rosa Negra* por casualidad. Deberías saber que podemos experimentar indolencia o fervor en cualquier situación. ¿O no?

Conocía la simbiosis entre las rosas negras y los humanos. Sin embargo, no se lo iba a decir.

—Sí. Pero...

Seccionó mi frase.

—¿Crees que he pasado por alto tus cambios? Eras la personificación de la inseguridad. Una belleza inocente. Ahora estás más segura de ti misma que cualquier otra mujer. Es algo esotérico que nace con la casta real de *La Rosa Negra* y que tú has tenido la suerte de conocer.

—En realidad no sabía el porqué de mis alteraciones...

—Pues, ya conoces la respuesta —prosiguió huraño.
—Algo no encaja...
—¿El qué...? —preguntó Khalid con cara de pocos amigos.
—Pienso en el pasado ¿cómo eras tan apasionado? —pregunté.
—Podemos controlarnos. Pero, a veces, preferimos no hacerlo...
—¿Quieres decir que los guardines de *La Rosa Negra* tienen el autocontrol absoluto de las emociones? —pregunté, haciéndome la tonta.
—En circunstancias normales, sí —puntualizó.
—Comprendo...

Estuve a punto de decirle: ¿por qué no dejas tu puto autocontrol para otro día? De repente, comprimó el vaso de Dallas Dhu en su mano. Lo destrozó. La sangre recorría sus dedos. Me asusté un poco.

—Tranquila. No me duele lo más mínimo —sacó un pañuelo, quitó los vidrios y la vendó.

Era Yul Bryner en *Atardecer Rojo*. Gélido como un iceberg y bizarro como Aquiles.

20

Cenamos las exquisiteces recomendadas por el chef del hotel. Yo deseaba pasar a un ambiente más cálido... Pero Khalid prefirió que sirvieran su Martell y los cafés en la mesa. Aseguró que era el lugar idóneo para hablar. No deseaba que nada lo apartara del tema central. Cuando terminamos nuestro coloquio sobre los misterios de *La Biblioteca Sagrada* —el último asunto que tratamos—, supe que había sido todo un acierto: la historia merecía la pena.

Khalid había estudiado lenguas muertas. Le quedaba mucho por aprender. No obstante, se defendía con la escritura cuneiforme y jeroglífica. Imprescindibles para trascribir los papiros de su casta.

Sus confesiones fueron enigmáticas. Me habló de innumerables descubrimientos, algunos realmente importantes para el futuro de la humanidad. Me hubiera encantado pedirle que me dejara acompañarlo; mis

dendritas pensaron como esa arqueóloga peregrina que yacía en el interior de mis entrañas. Sin embargo, sabía que el recinto estaba vetado a las mujeres.

La velada tocaba a su fin. Khalid había desdeñado mis deseos sexuales. Me quedaba un último intento. Era arriesgado... Nos encaminábamos hacia la salida. Llevaba el echarpe sujeto al bolso. Khalid me seguía impávido. Se adelantó hacia la puerta; me giré e impedí que la abriera. Rocé su cuerpo. Percibí la fragancia de su piel; el calor de su aliento. Cogí un pañuelo y mimé las heridas de su mano. Continúo, acaricié su boca: lo besé. Durante unos segundos, su lengua devoró mi interior. Hice una mueca triunfal. Me rechazó.

—¿Qué intentas? —dijo exaltado.

—Poseerte —insinué acoplándome a su cuerpo; estaba excitado.

—Puedes comprobar que sí tengo sentimientos.

—No se trata de eso... quiero sexo puro y duro.

—Eres peligrosa...

—Demasiado. Cuando regresé a Valencia, mi dolor trasmutó en pecado. He tenido muchos affaires, demasiados. Tenías razón, ya no soy ingenua.

Khalid miró la profundidad de mis ojos y acopló sus manos en mis nalgas.

—Probemos hasta qué punto —insinuó.

—Seré yo quien domine —dije, relamiendo el contorno de mis carnosos labios.

Acaricié su torso, sus brazos. Khalid se dejó llevar... Descubrí el estigma florido de su pecho: hermoso como el de Masud, como el mío. Repasé el contorno con mi apéndice bucal. Minutos después, me deslicé hasta su pernera. Desabroché su pantalón; masajeeé su miembro: erecto. En ese instante de gloria, Khalid sujetó mi cabeza e hizo que me levantara. Sus ojos ardían. Me encaró hacia la pared. Recordé una escena de *Seducción Letal*. Elisabeth Shue estaba en una ventana y Woody Harrelson empezaba a acariciarla. Notaba sus músculos sobre mi cuerpo. Estaba muy excitada. Pero otra imagen se cruzó en el camino: mi violación. Quise girarme, pero no pude.

—Recuerda que no soy uno de tus ligues. No me dejes manipular: yo impongo las normas, siempre —murmuró.

—No importa —respondí, manteniendo la calma.

—No creas que podrás humillarme sexualmente. Aunque fueras una prolija meretriz de Sodoma, nunca lo harías. Serás mi juguete: domina o

sumisa, según me apetezca ¿estás de acuerdo?

—Lo estoy —contesté, segura. Mi interior estaba en Groenlandia. Pero nunca lo sabría.

—No me importa los amantes que hayas tenido —dijo.

—Lo sé. No te importa nada de lo que haya hecho ¿verdad?

—Exacto. Serás una de mis muñecas aunque te despose.

—Lo que digas, ama o amo. Lo que desees —contesté por inercia.

—No sé que tienes... enloquezco si estás cerca —dijo olfateando mi cabello.

—Es lo que pretendo —respondí friccionando mis nalgas contra su miembro.

—Si sigues incitándome, no respondo de mis actos. No dejaré que te mofes de mí. Aunque sea lo último que haga en esta vida —por un instante, temí por mi vida.

—Conociéndote, nunca lo haría —contesté, segura. Al margen del verdadero temor que sentía.

—Estás a tiempo de marcharte —murmuró.

Deseé hacerlo. Decirle que amaba a su hermano. Pero quise darle una oportunidad. A malas, cogería el espray antivioladores y lo dejaría sin visión antes de huir. Si el encuentro sexual funcionaba, viajaría a Egipto y estaría cerca de Masud.

—Khalid, deseo hacerte feliz —logré decir como una prostituta de lujo.

—Atente a las consecuencias —musitó con ésa inconfundible sensualidad que años atrás me había seducido.

—Soy tuya —recordé a Masud.

Al escuchar mis palabras y mi pose servil, prosiguió delicado. Quitó las horquillas del cabello; acariciando mechón a mechón. Me estremecí. Seguido, apartó los tirantes del vestido y agasajó mi espalda: humedecí la brasileña de *La Perla* que llevaba. Khalid palpaba mis muslos y se adentraba en mi sexo. Brazos apoyados en la pared, cuerpo firme. Mi vestido resbaló. Siguió mimándome; mis pezones surgieron —afilados— bajo el push-up que llevaba.

—Que bella eres.

Me llevó en brazos hasta el dormitorio. Al descubrir la rosa de mi pecho, quedó paralizado.

—Tú lo has dicho: soy hija de *La Rosa Negra*. Nació el mismo día que

volví a la vida tras mi crisálida.

—¿Lo sabe alguien?

—Parece un tatuaje como el de mi pelvis —susurré amarrándole por el cuello de la camisa—. Nadie conoce la verdad —mentí como una cosaca.

—Primero, quiero mirar; descubrir todos tus secretos —musitó.

Repasó las figuras de mi cuerpo; con dedos y labios. Era Casanova haciéndome enloquecer. Mi organismo deliraba. Comprendí, que no sería difícil vivir con él; réplica exacta de Masud. Desnudo, un adonis. Abdomen definido, glúteos turgentes, piernas esculpidas. Su perfección me hechizaba. Dormí sobre su cuerpo como él lo había hecho, años atrás, después de violarme. Ese día, haciendo honor a mi tatuaje ventral: “Nefertari Nefertiti, la siempre libre”. Le hice probar el fruto prohibido del árbol pecaminoso. Fue mi títere, aunque creyera lo contrario. Al despertar, su mirada había recobrado la luminosidad del joven príncipe que conocí en el campamento Tuareg de Marruecos.

—Nunca había estado con una persona que irradiara tanta energía. No creía en los ángeles. Ahora, tengo mis dudas —dijo, obnubilado.

—No te equivoques, el diablo se camufla a su conveniencia —reí con ganas.

—Dudo que un leviatán pueda poseer tus exquisitas curvaturas.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque, toda tú, eres amor.

—Gracias... —¡qué equivocado estaba! (pensé).

—A ti. Además de convertirme en rey. Me has dado dos hijos, a los que amo sin conocer.

—Muy pronto los conocerás.

Me besó muy despacio. Minutos más tarde, volvió a hacerme suya.

Tras el reencuentro amoroso, las semanas fueron un ir y venir de alegrías, sorpresas, regalos, preparativos y amor. Mucho amor. Los mellizos quisieron a su padre desde el momento en que lo conocieron. Les cautivó que tuviera una rosa en el corazón, como ellos. Nos deposamos en los juzgados de la capital del Turia un 5 de junio a las 17h. Yaiza y Jacobo vestidos de querubines; portadores de anillos. Khalid vestía un traje negro de Armani. Mi ajuar virginal era Manuel Mota; parecía una valquiria recién llegada de mismísimo Asgard.

La tía Marina y Fátima, estaban tan emocionadas que no paraban de llorar. Se quedaron a cargo de los mellizos mientras nosotros volábamos a Italia. Nuestra *Luna de Miel* fue maravillosa: estuvimos en una Royal Suite del Hotel Palazzo Bauer con vistas a la plaza de San Marcos. Teníamos amarre propio para desplazarnos por todos los canales de la romántica Venecia. Fue inolvidable. Bajo el famoso puente de *Los Suspiros* me juró amor eterno y me rogó que revisara los descubrimientos de *La Biblioteca Sagrada* de su pueblo. Sería la primera mujer que traspasara sus custodiados portones. Exhalé aire recordando a los reos que, en tiempos pretéritos, habían cruzado dicho monumento antes de sucumbir en manos ejecutoras. Yo era el verdugo de Khalid.

Dicen que los ojos son el reflejo del alma. Estaba feliz: viviría en Egipto. Trabajaría como investigadora junto a un noble monarca, cerca del hombre de mis sueños. Me sentí la mujer más dichosa del universo. Cuando regresamos a Valencia, anuncié que la familia aumentaría: estaba embarazada. Conocía mi organismo a la perfección. Todos y cada uno de sus retículos, por escondidos que estuvieran. No hizo falta una revisión ginecológica. Llevaba gemelos. El padre era Masud; algo que nadie descubriría.

21

De regreso a la colosal tierra de los faraones. Tuvimos el tiempo necesario para aclarar parte de las investigaciones en *La Biblioteca Sagrada*. Mi esposo había descubierto un extraño papiro; una especie de boceto en el que aparecían unas figuras similares a nuestra familia. Yo era totalmente escéptica. Khalid lo había estudiado durante varios meses. Se trataba de un pergamino roto en el que aparecían una triada adulta compuesta de dos hombres morenos y una mujer rubia. Delante, dos niños con rasgos idénticos a los adultos: todos con una rosa florida en el pecho.

—Muy interesante... Aunque puede tratarse de una coincidencia, nada más —dije, pensativa.

—Puede ser. Pero nunca he visto damas con cabellos dorados en papiros de mis antepasados —respondió Khalid.

—No será porque no hay mujeres rubias en vuestros harenes —interpelé con suspicacia.

—Las teníamos. Ya te dije que, todos los serrallos, han sido abolidos.

—Da igual. Es algo reciente. El papiro tiene miles de años...

Por unos segundos, pensé que no iba a creerme que habían pasado de la poligamia a la monogamia, hasta verlo con mis propios ojos.

—Quiero decir que nunca se dibujaron. Por lo menos, que yo recuerde —recriminó Khalid.

—Posiblemente por su condición de esclavas o porque utilizaban pelucas según la moda.

—Tú lo has dicho. ¿Por qué esta excepción?

—Lo averiguaremos. Todo a su tiempo.

—Contigo a mi lado, será mucho más fácil.

—Eso espero —lo besé con tibieza.

—No me provoques...

—Khalid que estamos en un Jumbo —dije cuando vi que sus ojos brillaban.

—Por los niños no hay que preocuparse, duermen bajo la atenta mirada de Omar y de la tía Marina. Me alegra que haya decidido acompañarnos; cuidará de los niños mientras trabajemos.

—A mí también me alegra tener a Marina con nosotros. De Omar qué decir: es un excelente niño.

—No ha tenido otro remedio. Ya sabes que su progenie es abundante —hablaba mientras rozaba mis muslos por debajo del vestido.

—Por favor. Vas hacer que me excite.

—Es lo que pretendo. ¿Qué te parece si vas al servicio y aguardas mi llegada?

—¿Cómo?... —lo miré incrédula.

No era broma. En el WC, se deslizó entre mis piernas; lo aferré con fuerza y desee asfixiarlo. Pero hubiera significado el final con Masud. Tras pensarlo, cambié de chip. Me acoplé a horcajadas en su tronco e hicimos el amor. Los vaivenes del enorme pájaro metálico resultaron muy estimulantes. Cuando regresé a mi asiento, estaba radiante. Había que reconocer que, el

sexo en situaciones extremas, me sentaba de maravilla.

Los mellizos seguían dormidos; amarrados a los brazos de sus cuidadores. Hablé como si nada hubiera sucedido. A Khalid le estimulaba mi faceta alienígena. Sonreía con esa sensualidad innata en su armazón de gentleman. Era extraordinario la capacidad que ambos teníamos para cambiar nuestros sentimientos. Hablamos sobre las rosas de los niños con una templanza absoluta:

—Fátima dijo que sus máculas eran una señal del cielo. Claro, no le hice caso. Ahora que conozco la existencia de ése papiro, no sé qué pensar.

—Imagino que lo mismo que yo. Su significado corre paralelo a nuestras vidas. Quizás, en algún momento, se crucen.

—Yo no diría tanto.

—Yo sí —dijo un Khalid arrogante. Respirando con fuerza; sus fosas nasales se abrieron. Parecía decir: “somos tan especiales como los mismísimos faraones”.

—No adelantemos acontecimientos. Primero debo estudiar ese manuscrito tan peculiar... —dije.

—Por supuesto. Me hago cargo —insinuó un Khalid más humilde.

—Me agrada tu comprensión.

—Eva, hablamos de un papiro antiquísimo. Aunque eres una especialista, no voy a pretender que lo descifres con mando a distancia —reímos.

—Ese punto irónico te sienta muy bien —indiqué sonriente. Sabía que era propio de Masud. Sin lugar a dudas, Khalid imitaba a su hermano.

—Gracias. Volviendo a la investigación...

—No voy a provocarte, tranquilo. Estaré atenta a tus explicaciones. Nada más: *I promise*.

—*Perfect, my love* —contestó Khalid—. En fin, debo aclararte que deseo descifrar todos los pliegos de mis antepasados. Es *El legado de La Rosa Negra*, mi estirpe, mi vida. En él se concentra la sabiduría de muchas generaciones doctas en botánica, medicina, arquitectura, física... Transcribiremos y divulgaremos su contenido.

Por primera vez desde nuestro reencuentro, Khalid estaba realmente emocionado. Cuánto hubiera cambiado su semblante si hubiera conocido que el verdadero motor de mi decisión de volver a Egipto, era estar cerca de su

Masud. Amén de mi codicia investigadora —siempre había sido una arqueóloga latente—. Lejos de mis pensamientos, actué con mi acostumbrada doble moral.

—Tu propuesta me enorgullece. Por fin, confías en mí —contesté con una sonrisa condescendiente.

—No es para menos. El catedrático de la universidad de El Cairo, me dijo que has sido una de sus mejores alumnas. Además, eres mi esposa; la madre de mis hijos —acarició mi abdomen (todavía plano) con magistral delicadeza.

—Gracias, amor —contesté feliz.

El resto del viaje transcurrió entre la cena y algún que otro juego con nuestros vástagos. Los pequeños estaban emocionados al ver nubes de algodón volando por el firmamento. La tía Marina estaba tan abrumada; era su primer viaje en avión: la aventura de su vida. Y, ciertamente, Omar resultó todo un padrazo; teníamos el perfecto comodín a mano. Sabía responder a cualquier eventualidad. Sus virtudes lo acreditaban como mano derecha de Khalid y Masud.

En el aeropuerto de El Cairo, nos recibió un pequeño séquito encargado de transportar el equipaje. Masud nos esperaba en un hangar privado junto a una avioneta: fue nuestro piloto. Estaba sublime; un Apolo con la serenidad del mismísimo Júpiter. Hubiera dado toda mi vida por echarme en sus brazos. Sin embargo, ambos mostramos una cordialidad aséptica. Los niños, alucinaron. ¿Acaso tenían dos papás? Khalid les explicó que era su hermano mayor. Su gemelo; primogénito por haber nacido unos minutos antes. Empero, despojado de la corona para salvaguardar el amor que nos profesábamos; algo que sólo él y yo conocíamos.

La panorámica de las arenas perladas del desierto y los titánicos estatuas de los *Colosos de Memnón*[27], me transportaron a una escena análoga... Ralph Fiennes & Kristin Scott Thomas. Sí, *El paciente inglés* atravesó mis recuerdos. Unas lágrimas imperceptibles acariciaron mi rostro. Las primeras sinceras, desde mi crisálida. Mi pensamiento se nubló ante una trágica pregunta: “¿Sería nuestro final igual de triste?”. Llegué al palacio de *La Rosa Negra* con paroxismo en las entrañas. El patio del alcázar reunía una comitiva de festejos. Las celebraciones se prolongaron durante cinco días. Después, me aguardaba una hermosa dádiva; una segunda *Luna de Miel* en

Jordania. Petra fue un regalo para los sentidos.

Al regresar, estaba impaciente por comenzar nuestra investigación y desmenuzar *La Biblioteca Sagrada*. Pero debía aparcar mis deseos hasta contemplar (con mis propios ojos) los verdaderos cambios de aquella atávica casta. Me llevé una grata sorpresa al descubrir que los harenes habían desaparecido. Las mujeres comenzaban a tener peso en aquel enclave de ancestrales costumbres. En uno de los salones de la antigua casa de los placeres —como solía llamar al serrallo—, me topé con Masud. Acababa de dar la noticia de mi embarazo y quiso preguntar...

—Eva, ¿son míos? —fue directo y conciso.

—No —respondí con esa solvencia desnuda que hacía las veces de mi particular escudo protector en situaciones difíciles.

Masud se había convertido en un perfecto caballero. Tras mi respuesta, bajó la mirada, ladeó la cabeza y marchó sin preguntar nada más. Deseaba aferrarme a su torso; era el único hombre que de verdad amaba. Pero no podía. Sabía que se esforzaba por conservar su integridad matrimonial, y la mía. Recordé la envidia que, en un pasado, atesoraba el organismo de Jaira, mi antigua enemiga; semejante a mis celos en aquellos momentos. No la odiaba. No obstante, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para obviar que, en esa etapa de mi vida, sólo ella alcanzaba los favores de Masud. Era la única forma de mantenerme firme.

Antes de volcarnos en los pliegos sagrados, fuimos a visitar el mausoleo de Asim con nuestros hijos. Emplazado en un lugar discreto de *El Valle de los Reyes*. Estaba custodiado por centinelas de *La Rosa Negra*. En la antecámara, aparecían unos cartuchos que rezaban: Asim el protector, soberano de *La Rosa Negra*. El interior estaba decorado al estilo *ramesida*[28]. La tenue luz de las antorchas iluminaba los hermosos frescos de las paredes. El ambiente era idóneo para narrar un cuento fascinante a los mellizos. Después, retornamos al palacio.

Llegado este punto, tuvimos que meditar dónde fijar nuestra residencia. Los niños tenían que proseguir su escolarización. Lo más inteligente era vivir en El Cairo. Pero me las ingenié para permanecer en la mítica residencia de *La Rosa Negra*. Marina, al corriente de todo, puso su granito de arena: se había acoplado bastante bien a su nueva residencia; pero otro cambio podría resultar nefasto para sus cansados huesos —así se excusó mi querida tía.

Deseaba permanecer cerca de Masud. Y lo logré. Daba igual que no habláramos o que marchara de viaje. Mientras olfateara su fragancia, su recuerdo viviría en mi memoria. Soñar es gratis.

22

Nunca olvidaré la primera vez que entré en la enigmática biblioteca de los antepasados de Khalid y Masud. La precedían cinco portones de madera labrada custodiados por guardianes de *La Rosa Negra* ataviados a la antigua usanza. En la antesala del último pórtico —a varios metros de distancia—, avisté dos puertas a cada lado. Aret, *el Sabio* (padre de Omar y médico particular de Asim. Jefe de los facultativos que llevaron a cabo mi crisálida), nos esperaba. Me explicó que eran las salas de investigación. Todas de nueva planta, edificadas ex profeso para tal función. Mi cara mostró sorpresa y el erudito me acompañó a verlas. Dentro, un puñado de científicos, pulcramente ataviados para la ocasión (guantes de látex, incluidos), con los instrumentos para dataciones cronológicas; amén de libros antiquísimos y diversos artefactos dignos de Da Vinci, me saludaron. Examiné, grosso modo, todo lo que estuvo a mi alcance; acabado el escrutinio, mis mohines sugirieron que necesitaba traspasar el umbral del archivo.

Por fin, la quinta cancela fue abierta por sus custodios. Mis neuronas se fusionaron con el habitáculo. Sí, era una biblioteca; enorme y con un perímetro excepcional: un pentágono. Khalid y Aret sonreían al ver que, pese a no inmutarme exteriormente, parecía una chiquilla fisgoneando. A los pocos minutos, el ciclópeo acceso se bloqueó. Pensé que, en ese instante mágico, éramos tres personas aisladas del mundo. Me sentí muy especial; estaba en un emplazamiento milenario y sacro. Vetado a las mujeres hasta ese momento. Aret me puso al corriente del ensamblaje del archivo:

—Eva, las puertas se han cerrado por sí mismas; es su autodefensa. Quedan selladas herméticamente cada vez que entra alguien —insinuó.

—No me lo digas. Seguro que pasados cinco minutos —manifesté

irónica.

—Exacto —aseveró Khalid.

Los tres sonreímos.

En el centro de la sala, había un soporte circular rodeado por estanterías gigantes —se perdían en las alturas— creando igual figura. Aret hizo de guía. Me indicó que la biblioteca estaba compuesta por la sucesión de estantes con igual forma que su perímetro original y aperturas en cada uno de sus cinco ángulos (a modo de intersección entre los pasillos de las estanterías). Las más antiguas estaban adosadas al muro; en ellas descansaban los papiros de los primeros guardianes de *La Rosa Negra*, junto a tratados científicos.

La segunda formación, pertenecía a sus sucesores y así hasta el quinto anillo pentagonal; procedente de los últimos guardianes hasta llegar a Asim, *el Protector* (padre de Khalid y Masud). Sólo quedaba una estantería vacía. Se creía que la casta de *La Rosa Negra* tocaba a su fin. Si esta suposición era cierta, señalaba el momento de difundir su legado. Aquella explicación era como un *déjà vu*: había pensado algo similar al ver que mis mellizos habían nacido con una rosa abierta en el pecho. De todas formas, eran sólo conjeturas. No se habían encontrado papiros que así lo proclamasen. La falta de espacio podía estar ligada simplemente a la antigüedad del recinto y al número de soberanos desde el nacimiento de la estirpe rosada.

—A veces, mi querida reina, no hay que buscarle tres pies al gato —dijo Aret.

—Ni tampoco cinco, ¿verdad? —contesté guiñándole un ojo.

—La insistencia de dicho número en nuestra casta, lo eleva a la categoría de mágico; aunque todavía se nos escape el porqué de su sistemática aparición. Quizás lo descubramos en breve... —contestó el estudioso.

—Puede que sí o puede que no. Algo tiene que ver con el contorno de esta sala, desde luego; es un polígono de cinco lados. Perdonadme. Estoy entusiasmada. Lo que se traduce en juguetona —dije risueña.

Aquella reliquia colosal, era extraordinaria. No deseaba autocontrol. Quería sentir y compartir la vivencia.

—Estás radiante —comentó Khalid.

—Más bien, feliz —aseveré con una mueca.

—Puedo imaginarlo —contestó Khalid mientras Aret lo corroboraba moviendo la cabeza.

—¡No me lo puedo creer. Arcos de medio punto! —exclamé de improviso.

—Estás realmente alucinada —dijo un sonriente Khalid.

—¿Cómo no? Los pocos arcos que se han encontrados en el Antiguo Egipto, proceden de la arquitectura funeraria; son inconcebibles en la arquitectura civil.

—Siempre existen las excepciones —apuntó Aret.

—Pero... Pero esto es demasiado. Está coronada por una maravillosa cúpula semiesférica. Impensable en el periodo faraónico. ¿Cuál es la datación cronológica? —corté.

—No vayas tan deprisa o te atragantarás. Es desconcertante. Sin embargo, puedes admirarlo con tus propios ojos. La cúpula está construida por el aligeramiento de su propio peso. Con una reducción progresiva...

—intervino El Sabio.

—Aret tiene razón. Primero, admira el conjunto; no te aceleres —protestó Khalid.

—Lo siento. En estos momentos desearía ser una esponja para absorber todo cuanto veo —contesté parpadeando.

—Pues confórmate con ser una privilegiada —recordó Aret.

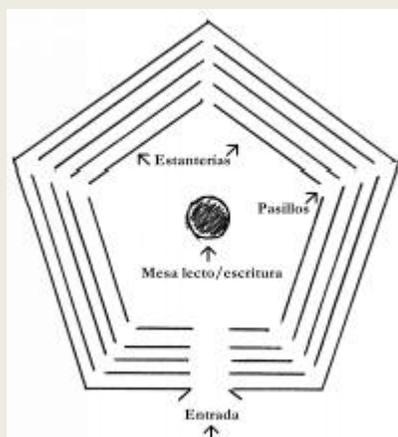
—Estoy más que satisfecha.

—Lo sabemos —dijo Khalid, mirándome abobado.

—Se nota en el brillo de tus ojos, mi reina —Aret se despidió de nosotros con una reverencia.

Miré cómo se abría y cerraba el portón tras su marcha. La entrada estaba situada en el centro encarado con el vértice que apuntaba al norte. Las columnas que soportaban las arcadas eran campaniformes con capiteles papiriformes como las utilizadas en los templos de Ramsés II, *el Grande*; bajorrelieves, polícromos con simbología jeroglífica y detalles exhaustivos de un periodo fascinante; *La Biblioteca Sagrada* era un armazón dentro de su réplica. Igual que las muñecas eslavas guardando una figurita dentro de la otra; estaba segura que recogía algún secreto en su estudiado diseño. Maquinal como *Terminator* hice un croquis del perímetro en mi libreta.

Perímetro y distribución de *La Biblioteca Sagrada*



Medidas sorprendentes: 555 m desde el centro de sus cinco lados hasta la arista opuesta. Con un total de cien apartados. Estanterías colmadas por los papiros de la noble dinastía: su sabiduría y su herencia. A su vez, cada apartado se dividía en cinco secciones. Cada una pertenecía a un monarca. A excepción de los ubicados en los soportes que rodeaban al primigenio. Éstos, cobijaban pliegos sobre las ciencias del saber: arquitectura, medicina, astronomía, geografía, matemáticas, física, teología, derecho y química. Legajos que Aret y su equipo investigaban.

La mesa céntrica, destinada para escribir/trascribir y leer los pliegos, estaba construida con excelsa pureza: madera de caoba labrada con signos antiquísimos que hablaban de un pasado remoto y perdido en el tiempo. Cobijada por varios taburetes con igual acabado. Justo encima —pendiendo de la bóveda— colgaba una enorme lámpara esférica con distintas alturas e innumerables velones; el armazón resplandecía con un halo divino. En una de las columnas se apoyaban dos varas largas; una con trozo de paño en su extremo. El otro, con una caperuza. Ambos báculos empleados —antes de la instalación eléctrica colocada por Asim— para encender y apagar las velas.

Permanecí varios minutos sin hablar; asimilando todo cuanto veía. De repente, un torbellino de inagotables cuestiones, fluyeron de mi boca. Desea descubrir —en unos segundos— las maravillas confinadas durante siglos. La voz de Khalid sonó paternal tras mi batería de preguntas:

—Mi pobre Eva. Te adelanté que tras estas puertas existía un mundo sobrenatural. No te puedo contestar a casi nada; nadie conoce las respuestas. El estudio, es la única forma de comprender parte del misterio.

—Me hago cargo. Nunca pensé que este archivo fuera tan grande.

—Tu preparación será primordial en la investigación.
—Espero estar a la altura —respondí vacilante.
—Ya sé que estás en el cuarto mes de gestación. Pero nos ayudan grandes investigadores.
—El embarazo no tiene importancia. Apenas se me nota —contesté.
—No es por tu apariencia; estás bellísima.
—Gracias. Sé que esa no es tu preocupación, piensas que no podré subir a las estanterías. Sin embargo, ¡te equivocas! —manifesté subiendo el tono de voz. Las hormonas jugaban a mi favor y estaba más cabal que nunca.
—Ya veremos si te dejo.
—¡Me encuentro de maravilla! Me dejarás. La dificultad radica en la cantidad de trabajo que tenemos por delante.
—Soy consciente de ello...
—Tranquilo. Pediré ayuda cuando haga falta... No soy una suicida.
—Ok. Antes, sopesaremos la magnitud de los pliegos.
—Es primordial. Este lugar está construido con una exagerada precisión. La sabiduría de sus ingenieros, es impresionante —aseveré.
—No me cabe la menor duda —secundó Khalid.
—Partiendo de estas premisas, ¿cuál será la trascendencia de su contenido?
—Es impredecible como nuestras vidas.
—¿Por qué dices eso?
—Por los sucesos inverosímiles que nos envuelven.
—Inverosímiles, pero ciertos.
—Tan incuestionables como la profundidad de tus ojos.

No comprendí sus sensuales palabras, hasta que sus dúctiles dedos comenzaron a deslizarse por mi espalda. Sobre el escritorio amanuense, rodeados de legajos ancestrales, hicimos el amor. Aplacado nuestro exceso, comenzamos a trabajar. Estaba recogíendome el cabello, cuando Khalid tomo la palabra antes de mostrarme sus logros:

—Es un alivio tenerte a mi lado. Gracias —Khalid besó mi frente.
—Y para mí, un placer acompañarte —contesté mirando los papiros que iba a enseñarme.

Los científicos de *La Rosa Negra*, habían descubierto que los pergaminos estaban dispuestos cronológicamente, siguiendo el sentido de las

agujas del reloj; fila tras fila a modo de espiral. Kahlid, había comenzado por transcribir y numerar gran parte de los pergaminos más arcaicos donde había encontrado el manuscrito roto con el dibujo de esas figuras tan especiales y similares a nuestra familia.

El Legado de la Rosa Negra y las epopeyas de sus monarcas, esperaban nuestros análisis. Todo un reto al que deseaba enfrentarme.

Había tanto trabajo por hacer que me sentí como una leona cazada. Aquella que desea despedazar a su víctima y caía en manos de un depredador mayor. A lo mejor, Khalid me había desposado por el mero hecho de necesitar mi colaboración. Si mis elucubraciones eran ciertas: las riendas las llevaría yo. No me importaba que me utilizaran si conseguía mis propósitos.

El cazador, actuó en segundo plano; siguiendo mis consejos. En primera instancia, anotamos diversas transcripciones del periodo antiguo. A continuación, estudiamos las ligaduras y los sellos de varios papiros por abrir. Al final de la jornada, supimos que estaban enrollados y asegurados con una cuerda de lino. La mayoría conservaban intacto el lacre con el *cartucho*[29] del monarca que los había timbrado.

23

A la mañana siguiente, retomamos nuestra tarea sin interferencias sentimentales. Siguiendo el orden establecido, podíamos conocer la genealogía completa. Las investigaciones apuntaban a un origen cuasi mítico de la estirpe rosada; se remontaba hasta un hijo de Ramsés II separado de palacio, sin motivo aparente. El último gran Faraón; con el sobrenombre de El Grande (1290-1224 a. C.). Famoso por sus colosales construcciones, deseaba hablarnos. La posibilidad de error cronológico era mínima, los pergaminos se cotejaron con muestras de los laboratorios del Museo de El Cairo.

Partiendo de este insólito descubrimiento, nos centramos en la búsqueda de todo lo referente a ese enigmático príncipe. Estábamos convencidos que sus papiros nos revelarían el nacimiento de *Los guardianes de la Rosa Negra*

como un linaje ancestral. Khalid se consagró al bloque más arcaico. Yo revisé lo investigado; puliendo y equiparando la información acumulada. A simple vista, la única rareza residía en el pliego roto que mi esposo me había mencionado durante el vuelo. La semejanza con nuestra familia era más que razonable. Deseaba aislarme entre sus líneas. Desaparecer con ellas. Luego, como buena arqueóloga, lo dejé hasta que —ordenadamente— le llegara el turno.

Los días pasaban con la rapidez de una tormenta de verano; convertidos en ratones de laboratorio. Un día me sentí indispuesta y llegaron mis bebés. Idénticos a sus hermanos; con igual estigma floral. Al contrario que con Jacobo y Yaiza, a ellos los amé desde el primer segundo de existencia. No podía demostrarlo —era indigno—. Los sentimientos, a veces, están por encima de la lógica. Los inscribimos con los nombres de Tristán y Úrsula Lagos de Ulloa —ese había sido otra de mis peticiones—. Y Khalid, por aquel entonces, no me negaba nada en absoluto.

Muy a mi pesar, tuve que relegar las investigaciones a un segundo plano. Khalid mantuvo su ritmo hasta que lo acompañé de nuevo. Por otro lado, ese descanso en la investigación, me proporcionó la forma idónea de ver más a menudo a Masud. Alguien tenía que preocuparse de una parturienta; el primogénito no servía para nada en lo referente a legajos con telarañas. Jaira estaba muy cariñosa conmigo, lo que me acercaba a su esposo. Pese a ello, nunca hablamos en privado. No obstante, el mero hecho de tenerlo cerca me aliviaba. Su fragancia F by Ferragamo pour Homme Black; masculina, sofisticada y sensual, me hacía soñar despierta.

Me reincorporé a mis tareas de arqueóloga, a las dos semanas del alumbramiento. La tía Marina, auxiliada por Omar y su esposa, cuidaron de los pequeños. Bajo la atenta mirada de Masud; sabía que estaban en buenas manos.

Llevábamos un año enfrascados en nuestros sondeos. La vida social desterrada a casos excepcionales; la familiar, a fines de semana. El frenesí sexual, en chispazos puntuales. Las cargas regias, en manos de Masud. Todo funcionaba correctamente; los súbditos de palacio no preguntaban.

Khalid se despertaba al amanecer y comenzaba a trabajar muy temprano; horas después, me unía a las investigaciones. Un mediodía, cuando entré en el recinto amanuense, lo vi deambulando. Iba de un lado a otro,

cabizbajo y con las manos cruzadas en la espalda; estaba perplejo ante un hallazgo paradójico que no sabía cómo interpretar.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—He descubierto los papiros de un antepasado llamado Menka-Ra (guardián supremo de *La Rosa Negra*, en época del Emperador Augusto); es muy peculiar. Necesito tu opinión —contestó con la mirada llena de un fuego advenedizo en sus horas de ilustración.

—¿De qué se trata? —dije, esperando los detalles.

—Según Menka-Ra, la génesis de mi linaje, como suponíamos, está unida al hijo desconocido de Ramsés II, *el Grande*. ¿Eva te das cuenta? No sabemos casi nada de él... ni tan siquiera su nombre.

—Todo llegará. Has dado con la clave, ¡es extraordinario!

—Lo sé. Todo eran hipótesis. Durante muchas generaciones, estos papiros han sido reliquias prosaicas. Nadie se interesaba por ellos.

—¿Y dónde reside el problema?

—En la lengua utilizada. Mejor dicho: jerigonzas. Aparece escritura jeroglífica mezclada con cuneiforme, entre otros signos que desconozco.

—¿Enséñame los pliegos?

—Acompáñame.

Íbamos hacia las estanterías más antiguas, cuando escuchamos la contraseña de Aret en el portón —cinco golpes seguidos—. Al entrar, comprendimos que el asunto era grave. Jaira, la esposa de Masud estaba subida a una de las atalayas y amenazaba con tirarse. Tuvimos que posponer nuestro trabajo, justo en ese momento tan importante. Y Jaira —la mujer que me odiaba bajo esos cortinajes perlados— volvía a ser la culpable.

Minutos más tarde, estaba alucinada; por extraño que pareciese, Jaira deseaba hablar conmigo. Tragué saliva y ascendí hasta la torre. Mi mortal enemiga, estaba destrozada. Su rostro era un poema; ojeras marcadas bajo la palidez de un óvalo mortecino.

—Eva, soy la mujer más desdichada de la Tierra —confesó.

—¿Por qué dices eso Jaira? —pregunté bajo mi disfraz de amiga luctuosa.

—Masud no me ama. Nunca lo ha hecho. Lo único que podía acercarlo a mí: los hijos. No llegan. Y el que vino, lo hizo muerto —lloró igual que cuando me engañó. Sólo que el rol había cambiado.

—Amiga, los matrimonios son difíciles... Masud te respeta —dije, intentado consolarla.

—No tengo suficiente —contestó, pesarosa.

—En esta vida, no se puede tener todo lo que se desea... —dije, cauta.

—Quiero su amor, su pasión.

—A lo mejor, no es lo que parece.

—Ambas sabemos de quién está enamorado —protestó mi contraria.

—Todavía piensas...

—No lo pienso. Lo sé. Mientras duerme, pronuncia tu nombre —cortó tajante.

Mi ego ascendió varios peldaños bajo esa apariencia entristecida con la que hablaba...

—Eva es un nombre fácil de recordar —comenté con indulgencia.

—¡No digas estupideces! Serás muchas cosas. Pero no tienes ni un pelo de tonta —exclamó, rabiosa.

—Ni tú tampoco —afirmé, exasperada.

Jaira, tardaba en contestar. Así que tomé la iniciativa...

—¿Qué propones? Porque no te veo demasiado afligida. Seguro que has planeado algo... —dije con el morro torcido. Cruce los brazos.

—A ti no te engaño. ¿Verdad?

—No.

—Tienes razón. Todo ha sido un cuento.

—En eso eres la mejor. Siempre lo has sido —hasta que llegué yo (pensé por dentro).

El aire era denso. Cualquier sable hubiera cortado sus vetas. Los pensamientos de mi enemiga a flor de piel; sin pétalos. En carne viva. Los míos, también.

—Quiero volver a mi país con una apetitosa cuenta bancaria. Un millón de dólares por año.

—¿De cuánto hablamos?

—Exactamente de 25.000.000 \$. No es demasiado para toda una vida.

—Veré qué puedo hacer...

—Lo harás bien. Al fin y al cabo, es lo que siempre has deseado: tener a los dos para ti sola.

Escuchaba su corazón. Olfateaba su sangre. Deseé sesgarle la yugular

con una teja. Me contuve.

—Jaira eres despreciable —insinué con chispas en los ojos.

—No menos que tú —refutó la viperina cobra.

—Cumplidos aparte. Ahora, baja conmigo y mantén la boca cerrada —la miré con asco.

—Por supuesto, mi reina. Seré una dama compungida; además de una tumba.

Descendimos sin hablar. Al salir, éramos dos amigas. Jaira, asida a mi cuerpo mientras sollozaba. Yo con cara de circunstancia.

El diagnóstico de los psiquiatras que visitó, fue unánime: depresión profunda causada por esterilidad y falta de afecto. La hincharon a píldoras: benzodiazepinas, antidepresivos, hipnóticos, betabloqueantes... No se tomó ninguna; aunque dijo lo contrario. Era una actriz cojonuda; digna de un Oscar. Nunca había conocido a una mujer tan hipócrita. Claro, yo no me contabilizaba: el mismísimo Sócrates con ovarios y pechos.

Su matrimonio, estuvo unos meses a prueba. Los súbditos de la rosa no entendían el significado de una separación matrimonial. Postergamos nuestros estudios hasta que Masud solucionó sus problemas. Tuve tiempo de mimar a mi familia y disfrutar de la vida marital. De vez en cuando, copular con la réplica de mi verdadero amor, me venía de perillas.

Un caluroso lunes de primavera, la burbuja en la que estábamos inmersos, estalló. Jaira y Masud se divorciaron. Muy a mi pesar, la consolé todo lo que pude. Regresó a Dinamarca con un suculento tesoro. Sin embargo, en el fondo estaba triste. Yo, pletórica, aparentando todo lo contrario.

Fue fácil persuadir a ambos hermanos para que siguieran mis consejos. Khalid, deseaba volver a las investigaciones. Masud, deshacerse de Jaira. En ese instante, pensé que mi vida estaba unida al número cinco.

Desde mi llegada a palacio, años atrás (en mi viaje como turista por Marruecos y Egipto), estaba inmersa en un pentágono sentimental formado por Jaira, Masud, Soraya, Khalid y yo. Con el exilio de Soraya —artífice del brutal envenenamiento en el que fui violada—, el polígono quinquenal se redujo a cuatro personas. La partida de Jaira, significaba la conversión en triángulo. Ese figura de tres lados que siempre me había fascinado.

Al poco tiempo de la partida de Jaira, retomamos las investigaciones en *La Biblioteca Sagrada* como si la cortesana despechada jamás hubiera existido. El dramático parón significó la revisión de los últimos hallazgos.

Una vez verificados, regresamos a los papiros con mixtura de lenguas; ahí nos habíamos quedado. Primero, los examinó Khalid a su libre albedrío. No quise disuadirlo: esperaría en la mesa de lectura corrigiendo algunas notas. Dos horas más tarde, llegó con uno manojito de códices.

—Aquí están —dijo.

Inmediato, tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa, sin importar si eran legajos antiguos o plumadas. Ipso facto, la empapeló con sus pliegos. ¡Estaba atónita!

—¡Rápido! Quiero cerciorarme —dijo con los ojos desorbitados.

—De acuerdo. No hace falta ese ímpetu —protesté.

—Sí hace falta. Lee, lee... iré anotando todo lo que digas ¡vamos lee!
—manifestó inquieto.

—Allá voy —contesté colocándome las lentes de aumento.

—Estoy preparado para anotar tus palabras —señaló sentado en uno de los taburetes; libreta abierta y bolígrafo en mano.

—Éste es el primero, ¿cierto? —dije señalando el papiro de la esquina.

—Sí. Es el más antiguo. Están ordenados de izquierda a derecha.

De inmediato, comprendí que estábamos ante un descubrimiento sin paragón: la estirpe de Khalid había nacido por orden expresa del mismísimo Ramsés II, *el Grande*; parece ser que, los oráculos, vaticinaron el fatídico destino de su pueblo —la caída del Egipto faraónico—. Y el sabio faraón, tomó cartas en el asunto. Para salvaguardar sus misterios, envió al menor de sus hijos, junto con veinticinco eruditos, a diversos lugares. Con ellos nacería un linaje cuya finalidad sería atesorar dicha sabiduría hasta que el hombre pudiera utilizarla en su beneficio. Vivieron, apartados los unos de los otros, en grupos de cinco; especializados en una ciencia concreta. El príncipe

recopilaba los pliegos que le entregaban cada veinticinco días. De ahí la fijación por el quinto número cardinal.

La escritura de los manuscritos era precisa y minuciosa. Cifrada con mixtura de lenguajes para desorientar a los intrusos. El hijo de Ramsés II —al que se referían con el apelativos de *El Amor Viviente*— por su bondad y por amar a una sola mujer durante su longeva vida. Había nacido con una pequeña rosa negra sobre el corazón. Años después, descubrió dicha flor en el desierto; junto a un oasis: un milagro de la naturaleza. Allí fijó su residencia; construyó el alcázar primigenio de *La Rosa Negra* con su archivo: *La Biblioteca Sagrada*; la única pieza sin remodelar. Con los siglos, el resto de edificaciones habían sufrido numerosos cambios.

Las virtudes y el estigma de *El Amor Viviente* lo convirtieron en guardián de los principales conocimientos del Antiguo Egipto. Incluida la bondadosa flor. Unas sublimes rosas de pétalos aterciopelados negro azabache. Especie única en el planeta; cuyas gracias podían dar o quitar la vida (dependiendo de cómo se utilizara). Este hallazgo superaba todas las conjeturas que habíamos hecho con anterioridad. Pospusimos otras tareas...

—Khalid. Lo que pregonan estos pliegos, tiene un valor incalculable —dije tras interpretarlos.

—Cierto. Algo que no podemos dejar en manos inapropiadas. Es imperativo transcribirlos y entregárselos a Aret para su custodia. Los siguientes también pertenecen a Menka-Ra. Creo que su epopeya esclarecerá muchos enigmas.

—¡Continuemos. Hay mucho por hacer!

Tras las lecturas de diversos pergaminos, supimos que Menka-Ra (guardián supremo en el año 30 a. C., cuando Augusto conquistó el Egipto Ptolemaico), había sido un hombre muy perspicaz. Ante la amenaza del Imperio Romano, hizo que los guardianes de *La Rosa Negra* desaparecieran como albaceas de la sabiduría del Antiguo Egipto. Echaron un tupido velo sobre ellos, que los hizo parecer meros comerciantes aliados de Roma; por ende, de todos los imperios que pudieran conquistarlos. Señores acomodados que poseían unos rosales de pétalos lóbregos; cuya única cualidad era su magnética belleza. Su sabiduría salvaguardó el verdadero y antiquísimo legado junto a los pliegos agoreros de un futuro lejano que apuntaban a nuestro presente. Khalid me explicó un hecho que confirmaba los pronósticos

de Menka-Ra...

—Nuestro padre nos explicó a Masud y a mí de niños, que éramos conocidos por nuestro comercio.

—Khalid, dicha revelación, asevera que la maniobra de Menka-Ra había sido efectiva —comenté, ilusionada.

—Así es. El año que mi padre fue nombrado guardián supremo de nuestro linaje, en 1936, mi país se independizó. Desde entonces, luchó para devolvernos nuestro verdadero status. Ya no corríamos peligro y, nuestra flor, era milagrosa.

—Algo que tampoco se conoce demasiado...

—No es pertinente estar en boca de todos, sólo unos pocos conocen sus facultades. Con eso basta por ahora.

—Puede que tengas razón.

—La paredes tienen oídos. Nuestros harenes se nutrían de mujeres con nacionalidades dispares.

—¿Cómo se me había pasado por alto? De ser vox populi las mafias lucharían por conocer vuestros secretos...

—Las mafias y los gobiernos. No lo olvides.

—Me dijiste que deseabas hacer públicos todos los descubrimientos.

—Y lo haré. Cuando sepa, con total seguridad, a qué nos enfrentamos.

—Todo un acierto.

—Gracias. Me gusta que estés de mi parte.

—Siempre lo he estado...

—Lo sé —me besó con ternura antes de reemprender nuestras pesquisas.

Los pergaminos de Menka-Ra se convirtieron en nuestro vademécum. Especificaba que sólo una mujer daba hijos al gobernante; y que únicamente los varones nacían con una mácula que se tornaba flor en el heredero de los atributos reales. Aquel que conocía la verdad de la vida: el amor verdadero. Nuestros gemelos eran raras avis. Igual que yo.

—Khalid, aquí pone que existen unos papiros madre... —dije de repente.

—¿Unos qué?

—Unos pliegos primigenios que encierran los tratados científicos que escribieron los veinticinco eruditos junto al hijo de Ramsés; cuyo verdadero

nombre acabo de descubrir.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó, exaltado.

—Niobeb-Ammón-Ka.

—Estos legajos son la panacea de todos los descubrimientos —atajó, Khalid.

Asentí con la cabeza.

—Lo extraño es que nunca haya oído el nombre de Niobeb-Ammón-Ka. No está en la lista de hijos de dicho faraón —añadí.

—Ramsés II tuvo más de cincuenta hijos contabilizados... ¿Tan buena memoria tienes?

—La tengo especialmente para las peculiaridades. Y este nombre es muy particular.

—Creo que no lo recuerdas porque se mantuvo en la sombra.

Probablemente, estos son sus únicas efemérides.

—Puede ser... Esto, ¿recuerdas si descifraste algo más sobre esos papiros madre o similar? —insinué.

—Leí que existía una sala de almacenaje. No hacía referencia a nada en concreto...

—¿Sabes dónde lo leíste?

Khalid señaló tres pliegos. Me puse manos a la obra... Horas después, estaba exaltada.

—¡Aquí está! —chillé.

—¿Qué has encontrado? —sugirió Khalid, sosegándome.

—Parece ser que no se guardaron en esta sala. A ver; No lo termino de distinguir... Ahora, sí. Se lee: "...están a salvo de enemigos..." —dije levantando una ceja.

—¿Qué más dice Menka-Ra? —preguntó Khalid.

—No lo tengo claro. Aparecen símbolos de distintas lenguas antiquísimas. Déjame sola un rato, por favor.

—¿No te concentras, verdad?

—Khalid, lárgate —insinué con la mano.

—¿Quizás deberíamos hacer un alto en el camino?

—No. Esto es demasiado importante para dejarlo —lo miré de reojo.

Conocía esa mirada. Hacía semanas que no la veía; sabía reconocer cuando necesitaba sexo. Deslizó sus complacientes dedos por mi cabello,

peinándolo con delicadeza.

—Es una pena que se marchite tu belleza por exceso de trabajo —dijo benévolo.

—Estoy fea, ¿verdad? —pregunté torciendo el morro.

—¡Jamás estarás fea! Naciste con el don de la hermosura y el tiempo es tu aliado. Un amante al que fascinas con tu sabiduría.

—¿Por qué me enamoran tus palabras?

—Porque dicen la verdad.

Khalid seguía endulzando mis sentidos con sus delicados mimos y sus seductoras frases. Terminé por reír a mandíbula suelta. Esa tarde dimos por finalizada nuestra empresa correteando por las estanterías como dos chiquillos hasta rendirnos presas del deseo. Hay momentos en la vida que no deben desperdiciarse. En sus brazos contemplaba a Masud amándome.

25

Hora más tarde, reemprendimos nuestra ardua tarea: volvíamos a ser compañeros de trabajo. Fuimos directos hacia los papiros que presentaban dudas y símbolos anómalos. Antes, prometimos obviar el erotismo mientras estuviéramos investigando.

Los polémicos manuscritos presentaban —junto ala escritura jeroglífica y cuneiforme— signos intercalados en arameo y sánscrito. Por suerte, tenía nociones de las mismas. El hallazgo era insólito. Denotaba que, Menka-Ra y sus eruditos, además de relacionarse con culturas dispares, eran personas muy ilustradas. La trascripciones me llevaron varios días. Gran parte de los pliegos hablaban de la existencia de los papiros iniciales; custodios de tratados científicos revolucionarios. En un zona secreta cercana a la biblioteca. ¿Pero dónde? —me preguntaba una y otra vez, repasándolos...

—Khalid, no tengo la menor duda. En este recinto, existe una puerta simulada. Tras ella, pasadizos que conducen a un recinto con los papiros madre —dije con brillo en los ojos.

—¿Estás segura? —preguntó mi consorte.

—Por supuesto —contesté, solemne.

Khalid me miró directo a los ojos.

—Te creo. ¿Tienes alguna pista? —dijo tras escrutar la profundidad de mis pupilas.

—Todavía no. Me queda un párrafo por traducir —terminé por decir moviendo la cabeza.

Khalid comenzó a dar vueltas por la biblioteca; husmeando como un sabueso. El descubrimiento podía ser trascendental: inicialmente, lo mantuvimos en secreto. Desde ese instante, nadie —ni tan siquiera Aret, *el Sabio*— entró en la *Biblioteca Sagrada*.

—Por lo que acabo de leer, debemos buscar por el suelo. La supuesta entrada es descendente.

—¿Hace referencia a algún lugar en concreto?

—Hay algunos signos borrados. Intentaré recuperar la tinta. Me llevará un buen rato.

—Seguiré buscando...

—Por favor, deja de dar vueltas —dije de mala gaita.

—Como Ud. quiera, señorita —contestó Khalid con guasa—. Voy a seguir con lo mío. Cuando lo tengas claro me avisas.

—Ok.

Pasaron varias horas hasta que estuve segura de la traducción.

—Khalid, ya lo tengo.

—¿Por dónde empezamos, jefa?

—Tus antepasados eran grandes matemáticos. Buscaremos por el vértice Norte. En suelo y pared. ¡Dónde sea! Si hay un acceso, está allí.

—Tú primero.

Pasé delante y me dirigí al ángulo en cuestión. Libre de estanterías como los cuatro restantes; marcaban los pasillos para deambular entre anillos de documentos que morían en el triángulo final. Sufrimos varias semanas yermas; la desazón inundaba nuestras entrañas. Tenía que repasar la transcripción. Desmenuzarla.

—Voy a revisar estos malditos papiros —indiqué bastante irritada—. A lo mejor erré con algunos signos. No soy experta ni en arameo ni en sánscrito. ¿Quizá exageré? ¡No sé qué pensar!

—Tú corazón mantiene la fe del primer día. Puedo sentirlo. ¿Verdad?

—Sí. Pero estoy decepcionada.

—Eva, creo en ti. Seguro que no te equivocaste.

—¡Eso espero! Pese a ello, estoy agotada —exterioricé con desánimo—. Tengo la vista hecha polvo: necesito descansar.

—Pronto llegará ese descanso que tanto necesitamos. ¡Estoy convencido!

—¡Ojalá tengas razón! A lo mejor, a tus antepasados, les gustaban las bromas en demasía. ¿Quién sabe? Puede tratarse de un acertijo malintencionado.

—Todo es posible...

—Me estoy impacientado.

—Lo noto —Khalid me agarró por la cintura. Escapé de sus musculosos brazos, como pude.

—El trabajo es lo primero —aseveré, majestuosa.

—De acuerdo. ¡Sigamos revisando! —dijo Khalid con cara de pocos amigos.

Terca como una mula, repasé la traducción. Al sentarme, cayó una plomada de sujeción; sorprendida, comprobé que el suelo presentaba unas muescas. No dije nada. Volví a los caracteres y, voilà! No ponía: “en el norte se halla un acceso”. *Dixit*: “en mitad del norte se halla un acceso”. La mesa estaba entre el norte y el sur: justo al centro. Me arrodillé; después de observar con detenimiento lo que veía, llamé a mi esposo.

—¡Khalid ven!

Mi voz retumbó en la hermética sala.

—¿Ya lo tienes claro? —preguntó, decaído.

—Creo que sí. Ponte las gafas de aumento y mira el suelo justo aquí —señalé mi hallazgo.

—¡Ajá! Parecen unas huellas milenarias.

—¡Démonos la última oportunidad! —propuse.

—A lo mejor no es lo que parece...

—¡Comprobémoslo! —incité con un ápice de entusiasmo.

Existían diez muescas. Khalid las palpó; seguido, puso sus manos y las movió hacia uno y otro lado: no sucedió absolutamente nada.

—En los yacimientos arqueológicos, las verdaderas entradas —a

veces— se camuflan.

—Explícate... —mi esposo sabía muy bien a qué me refería. Pero tenía que corroborarlo.

—A lo mejor deberíamos apartar la mesa. Igual las hendiduras son una pista falsa o, mejor aún, una señal...

—¡Tengo una corazonada! —me contradijo, retomando su ilusión.

—¿Tú dirás?

—Pon tu mano derecha. Yo pondré la izquierda.

Nada; el recinto permaneció inmóvil. Probamos todas las combinaciones posibles sin resultado; entonces, resbalé. Mis manos quedaron sobre las muescas. Al acercarlas una especie de energía fluyó por mis hematies. El pulso se aceleró. La sangre —pulsátil— hervía en mi organismo. Sin más, las giré como si se tratara de una cámara acorazada. Cinco vueltas hacia la derecha con la diestra y cinco a la izquierda con la zurda (una fuerza sobrenatural me condujo a realizar dicha acción). Al instante, un quejido gutural surgió del vientre pavimentado. Delante de nosotros, la primera capa rocosa, cedió girando sobre sí misma. Un hueco circular dejó a la intemperie alabastro puro. Recordé cómo debió deslizarse la piedra sepulcral de Jesús de Nazaret.

Atónicos, descubrimos surcos iguales en el nuevo pavimento; manipulados por mis dedos, fueron fructíferos. Sucedió lo mismo en cuatro ocasiones —el círculo disminuía de tamaño a modo de escalera pétre—. En el quinto hueco, aparecía el cartucho de Menka-Ra junto a unos signos que rezaban: “Vais a entrar en una vía sin salida. Sólo los elegidos podrán regresar”. Mis manos no surtieron efecto; lo hicieron las de Khalid. La tierra rugió; ante nosotros, se abrió un vano oscuro y tétrico. No teníamos la menor duda, aquel siniestro acceso estaba esperándonos.

—Antes que arqueóloga eres madre —dijo Khalid.

—¿Y qué? —repuse sin recato.

—¿Se te ha pasado por la cabeza, que si la maldición es cierta, podríamos morir?

—Pues no. Pero si sucede, sabremos que era nuestro destino.

—¿Y los niños?

—Están en buenas manos.

—Comencemos. Veamos qué esconde esta misteriosa entrada

—apremió Khalid al comprobar que carecía de instinto maternal.

—Antes inspeccionemos la abertura. No hay luz —dije.

—¿Miedo a la oscuridad?

—Soy temeraria, pero no suicida. Simplemente es precaución

—contesté mecánicamente recordando mis pasatiempos infantiles.

—Espera un momento. Ahora vuelvo; tengo algo que nos vendrá bien

—Khalid desapareció entre las estanterías.

Minutos después, traje dos visores de última generación con mira telescópica, rayos infrarrojos, GPS que incluía voz y cámara de filmar. Todo lo que sucediera en nuestra aventura, quedaría grabado. Además, estaban conectados a su ordenador personal. Cualquier incidencia quedaría registrada.

—No me preguntes por qué los compré. Lo desconozco.

—Nunca he visto que los arqueólogos los utilizaran. Sin embargo, ¡son perfectos!

—Los expertos no los usan por falta de medios económicos.

—Puede ser.

Al conectarlos, me sentí *Lara Croft: Tomb Raider*. Asimilé las instrucciones, presto. Descendimos por el hueco —aproximadamente, de un metro cuadrado— despacio. Los laterales estaban repletos de símbolos jeroglíficos mágicos. La lectura ralentizaba la bajada. Los muros hablaban de una insólita unión consumada por la fuerza. De un futuro incierto con doble idolatría. Mencionaban a unos elegidos que descubrirían importantes revelaciones.

—Han descendido cinco metros —dijo una voz metálica que retumbó en la oscuridad.

Se me escapó un pequeño chillido. Pegué un saltito.

—Eva es el visor. Te dije que ocurriría.

—Lo sé. Disculpa. Me ha pillado desprevenida —Khalid me tomó el pulso.

—¿Estás bien? ¿Quieres que desconecte el sonido?

—No. Quiero llevarlo. No volverá a suceder.

—Como quieras.

Al descansar en suelo firme, me serené.

Distinguimos una galería de muros lúgubres y exentos de caligrafía. La esporádica caricia, de un inexistente céfiro, selló nuestra unión. Los ojos de

Khalid brillaban con una intensidad divina —los veía a través de los visores—. Dos cuerpos en una sola materia.

Apostados en las paredes; escuchamos unos infernales crujidos: el pasadizo gimió. El acceso quedó sellado en unos segundos. Estábamos confinados en las profundidades de la tierra.

26

Nuestro ritmo cardiaco se aceleró. Pasados unos minutos, reemprendimos la marcha. Contabilizamos veinte pasos, antes de escuchar:

—Dentro de cinco pasos, gire 90° a la derecha —la voz mecánica de los visores, fue precisa.

La altura aproximada del primer túnel, era dos metros. Las paredes de alabastro talladas con precisión y sin escritura o paisajes pictóricos. La anchura: la mitad. Palpamos la esquina angulosa antes de girar hacia el lado indicado. Estaba esculpida con laboriosidad. Seguido, anduvimos una distancia similar...

—Dentro de cinco pasos gire 90° a la izquierda —indicó nuestra computadora particular con su chirriante voz amplificada por el eco.

—Khalid, desde luego que estos artefactos son todo un adelanto. ¿No podías bajar un poco el volumen de nuestra guía cibernética? —dije con guasa.

—Vaya, has recobrado el humor. ¡Me alegro!

Se acercó y tocó algo del lateral. Su silueta (verde fosforescente) le confirió un aspecto alienígena. Reí imaginando que yo era una extraterrestre por partida doble.

—Gracias —dije.

—De nada, Eva. Ahora, sigamos —dijo Khalid echándome un beso al aire.

Todavía no habíamos caminado cinco pasos, cuando la voz férrea (con un tono mucho más sutil), anunció un giro de igual curvatura hacia el mismo lado. Desde ese instante, los pasadizos se alternaron derecha/izquierda y

largo/corto hasta un total de veinticinco. Sin embargo, tanto la anchura como la altura habían disminuido. Recordé los corredores de la Pirámide de Kefrén; angostos y claustrofóbicos. Khalid, avanzaba inclinado hacia delante y ladeando la espalda. Nuestro periplo subterráneo, resultó muy curioso; el cinco multiplicado por sí mismo. El enigmático número de *La Rosa Negra*, aparecía de nuevo en nuestro camino. Paramos unos instantes para ver el croquis de la grabación, en este tipo de situaciones, por mucha tecnología que lleves puedes desorientarte. El gráfico era preciso: habíamos caminado por cinco almenas gigantescas.

Una vez recompuestos, entramos en una inmensa galería repleta de magníficos frescos a la usanza del Imperio Nuevo. Dedicada, en su totalidad, al gran Ramsés; incluidos grabados con algunos de sus omnipotentes títulos: *Horus*[30], *Nebty*[31], *Hor-Nub*[32]... Palpamos la roca metiendo los dedos en los caracteres que tenía incrustados, mientras los leía en alto. Estábamos fascinados.

—Khalid, mira este —dije maravillada—. No me cabe la menor duda: están hablando de Ramsés II, *el Grande*. Meriamón era su segundo nombre. En femenino. Meritamón; el de su cuarta hija. La primogénita de Nefertari.

—Recuerdo bien la historia. La hija convertida en esposa.

—Exacto. Inauguró el templo dedicado a su madre en Abu-Simbel, convertida en gran esposa real.

—El incesto y la endogamia, eran habituales en las civilizaciones de la antigüedad.

—Por desgracia para las mujeres, así era. En algunas sociedades actuales, por aberrante que sea, sigue sucediendo —cerré los ojos momentáneamente—. Ahora, no importa... poco podemos hacer. Concluamos nuestro trabajo.

—Veamos qué más nos tiene preparado mi antepasado, ¿no crees?
—dijo Khalid moviendo la cabeza.

—Exacto. Si fuera la Eva de antaño, estaría desbordada —contesté.

Tras este desconcertante pasaje (al que posteriormente, le dedicamos varias semanas) viramos hacia la diestra; caminamos unos pasos y alucinados. La asombrosa maravilla que avistamos era *sui géneris*; una espléndida cámara aguardaba nuestra llegada. Su fragancia a rosas y su contorno circular: era un cilindro perfecto; superaba toda imaginación. Recordé el Panteón de Agripa

(Miguel Ángel dijo del mismo: “diseño angélico y no humano”). Y su inscripción, rezaba: M·AGRIPPA·L·F·COS·TERTIVM·FECIT. Construido por Marco Vispanio Agripa.

Era un templo tubular, perfecto, erigido en el año 27 A.C.; sólo que el nuestro estaba construido mucho antes. Parecía que la casta de mi esposo iba muy por delante de su época. O mejor todavía: Stanley Kubrick tenía razón; la historia se repite desde tiempos memorables.

Por otro lado, volver a recordar una arquitectura funeraria en una construcción civil, me tenía mosqueada...

Al entrar en el gigantesco cilindro, nos dejamos caer en el suelo; apoyados en la concavidad del lienzo. El frontis estaba cubierto por un formidable mural con diversas figuras que apenas distinguíamos; las siluetas se perfilaban con esa glauca sobrenatural de la mira nocturna, parecían irreales. En diversos lugares, descubrimos mesas pentagonales con objetos artesanales y pliegos. Nos preguntamos si serían los papiros madre. Frente al mural, un enorme tronco espinoso reptaba por la pared; la traspasaba y desaparecía. Según el GPS debía emerger en la rosaleda de Palacio; colindante con el muro exterior, junto a un montículo del extrarradio. Bajo nuestro almacén de titanio, yacía —palpitante— un corazón humano: estábamos perturbados.

De pronto, unos halos luminosos ennoblecieron la estancia. El milagro brotó. Perdidos en el tiempo; llevábamos toda la noche caminando: estaba amaneciendo. Los rayos solares penetraban en el recinto mediante aberturas ojivales situadas en la confluencia de su única medianera (anillo de sujeción) con el techo. La luz irradiaba en diferentes soportes niquelados que iluminaron el monumental cilindro. Prescindimos de los visores. Pasamos unos segundos cegadores, tapándonos los ojos hasta habituarlos a la luz natural. De súbito, Khalid exclamó unas palabras en árabe que no llegué comprender. Miré el mural central. De nada sirvió mi autocontrol; desfallecí.

—¡Eva! ¿Estás bien? —voceaba un exaltado Khalid.

—Sí. Deja que asimile la visión —contesté volviendo en sí.

Fijé la mirada en las representaciones frontales; la concavidad de la pared las dilataba. Permanecí observándolas un buen rato.

—¿Dime que no estoy soñando?! —insinué sujetando a mi esposo por la pechera, alterada.

- Desconozco el significado. Pero no es un sueño.
- Este lugar nos esperaba... —objeté abriendo mucho los ojos.
- Juntos resolveremos sus enigmas —dijo Khalid antes de abrazarme.

Un escalofrío recorrió nuestros cuerpos.

- Lo sé Khalid. Lo sé —aseveré, observando lo que veía.
- No tengas miedo, Eva. El temor es el prefacio del fracaso.

Hallaremos la solución: te lo prometo —prosiguió con ternura.

- Reanimada. Me aparté de su cobijo: ya no lo necesitaba.
- Estoy completamente recuperada —aseguré.

—Me alegra saberlo. Como verás, ahora conocemos la parte que faltaba del papiro roto de *La Biblioteca Sagrada* —apuntó Khalid. Porque, sin lugar a dudas, es el boceto de este generoso mural.

—No me cabe la menor duda —secundé sin dejar de mirar las figuras dibujadas.

—Cuando decidimos adentrarnos en los túneles, desconocíamos qué podía suceder.

—Aún así, las imágenes son tan imponentes que enajenan mis sentidos —manifesté, turbada.

—Los de cualquiera —contestó un Khalid más pétreo que el diamante.

—No hay que tener mucha imaginación para comprender el significado... —sugerí.

—Y su coherencia. Es extraño que no tengan jeroglíficos explicando su leyenda.

—No. Lo más extraño es la analogía con nosotros —sentencié.

—Cierto —aseveró mi esposo con una mirada llena de misterio.

Tenía la boca seca y la lengua pastosa. Las palabras salían de mi garganta como una masa del pan crudo. Khalid estaría haciendo sus cábalas, mientras que yo hacía las mías.

—Ante todo, calma —susurré descreída.

—Es noble que intentes calmarte. Los grandes acontecimientos, convierten la tranquilidad en una tarea muy peliaguda.

—Demasiado —reproché.

—Ahora, busquemos los papiros madre. Si existen, deben encontrarse en esta sala.

—Opino lo mismo.

—Seguro que aplacan nuestras dudas.

—Seguramente.

El mural que tanto nos había impresionado, ocupaba una quinta parte del lienzo curvo. Mostraba siete efigies vestidas a la usanza ramesida del Egipto faraónico, Imperio Nuevo. Las figuras principales formaban una triada adulta; dos varones —cuasi idénticos—, resguardando a una dama. Ellos, musculados, con rasgos egipcios; piel tostada, cabellos oscuros y ojos azabache. Ella, nívea, cabellera dorada; ojos gatunos como los míos. Delante dos parejas mixtas de niños. Idénticos a mis gemelos. Los de la izquierda de más edad. Los siete tenían una rosa negra florida sobre el corazón. Las conexiones eran tan evidentes como insólitas.

Tuve que hacer un sobreesfuerzo para centrarme en la búsqueda de los benditos manuscritos. Imaginaba los pensamientos de Khalid; no tendría la menor duda: era nuestra familia —incluyendo a Masud.

27

Centré mi pensamiento en las plácidas aguas del Mediterráneo. Al instante, comencé a rebuscar entre los papiros de los soportes pentagonales; obvié el mural y su contenido. Todos los pergaminos que revisamos tenían el cartucho de Niobeb-Ammón-Ka, intacto; debían ser los papiros madre. El hijo desconocido de Ramsés II contestaría a nuestras preguntas. Íbamos a comenzar su estudio cuando Khalid volvió a mirar el fresco de la pared; se quedó pensativo varios minutos. De pronto, como si le hubieran susurrado que faltaba alguien junto a nosotros, cuando estaba a punto de partir el lacre del manuscrito que parecía más antiguo, dijo:

—Eva, no lo rompas. Antes, debemos hablar con Masud.

—¿Cómo?

—Es imposible eliminarlo de nuestras vidas; una de las figuras lo representa. Es el varón de la derecha.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque simboliza a nuestra familia: tú, yo y nuestros cuatro hijos
—dije con firmeza.

Debía disuadir a Khalid para que eliminara dichos pensamientos de su cabeza.

—Sí. Pero él está en la triada principal —afirmó Khalid.

—¿Cómo puedes saberlo? Os parecéis mucho —comenté con la mirada perdida entre aquellas titánicas figuras que ponían en peligro mi trabajada hegemonía marital.

—Existe una diferencia considerable en altura y complexión.

Mis dendritas echaban chispas. Burbujas acopladas en una losa elástica. Necesitaba disuadirlo. No soportaría estar con los dos, entre aquellos legajos milenarios y esas imponentes figuras ¡Claro que el de la diestra era Masud y sus hijos, Tristan y Úrsula! Del mismo modo, que el otro era Khalid y sus gemelos. Tenía que averiguar, a toda costa, si existía algún papiro comprometido —pensé con la velocidad de un meteorito que traspasa el firmamento antes de contestar a la suposición de Khalid.

—Esposo, ¿no has pensado que las dos figuras te representan a ti? La zurda, en tu status normal. En la derecha tras elevarte a algún rango especial. Por eso es de mayor tamaño —contesté, delicadamente. Rozando con suavidad su espalda.

Sentía que las dudas comenzaban a nublar su juicio. Quizás tuviera esa telepatía inherente en los príncipes de su casta. Cambié de táctica. Como dice el refrán: “si no puedes con tu enemigo, alíate con él”.

—Podría ser... Sin embargo, me inclino a pensar que es Masud
—respondió Khalid tocando su perilla. Pensativo.

—Ten en cuenta, que en la antigüedad, los utensilios no eran precisos. A lo mejor se trata, simplemente, de un error del artista —refuté, delicada como una esposa complaciente.

—¿Tanto te incomoda la presencia de mi hermano?

La pregunta fue un dardo en el corazón. Empero, sorteé el envite con maestría.

—En absoluto, querido. ¿Por qué iba hacerlo?

—¿Dímelo tú, amada esposa? —contestó Khalid, mordaz.

—Acabas de decir una tontería fruto del cansancio. Deberíamos

descansar —propuse, acariciando su cabello.

—Eso es cierto.

—Me parece bien que pongamos al día a Masud —dije, serena.

—No hace falta que le contemos todos los detalles —señaló un Khalid menos decidido.

—O todo o nada. Nunca me han gustado las medias tintas —sugerí agasajando su firme trasero. Empapada de sudor bajo la camiseta.

—Lo pensaré... —dijo indeciso.

—Todavía no sabemos nada concreto. Pueden ser meras coincidencias. ¿Por qué decírselo, ahora? Esperemos hasta saber algo más —sugerí, juiciosa.

—Como poder ser, pueden ser muchas cosas, querida Eva.

—¿Entonces?

—A lo mejor, estás en lo cierto. Quizás debemos esperar un poco antes de hablar con él —Khalid comenzaba a dudar.

—Mejor no adelantar acontecimientos, amor. Además, a Masud no le interesan estas cosas.

—Veremos. ¿Seguro que no existe ningún secreto? —preguntó Khalid con chispas en los ojos.

—Ya te he dicho que no —aseveré mirándolo con sensualidad.

Intentado camelármelo.

—Parece todo lo contrario. Es la primera vez que discutimos por algo y Masud está por medio.

—¿Discutir? Ja, ja, jaaa... —reí sarcástica—. No estarás celoso, ¿verdad?

—¿Debería?

Estábamos jugueteando... preludeo de sexo.

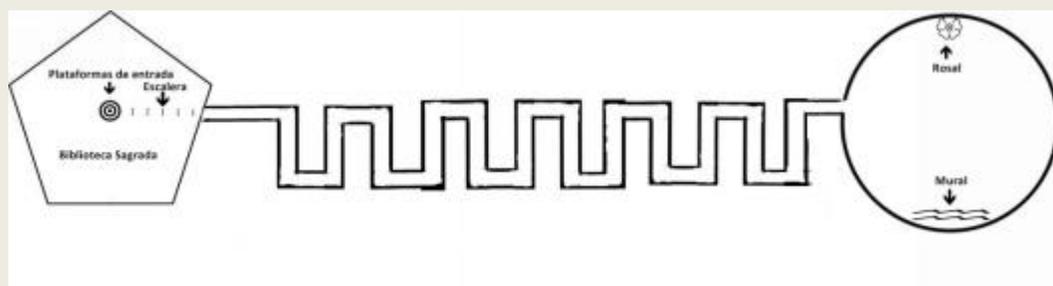
—Me has contestado con otra pregunta y eso no es lícito: me lo enseñaste tú mismo.

—Boba —insinuó, azucarado—. Sigues siendo la muchacha que conocí en Marruecos. Ni dudo de tu amor ni tengo celos de nadie. Me perteneces sólo a mí —susurró mientras me amarraba con fuerza y besaba mi cuello.

—Por supuesto —indiqué, bastante excitada.

Su virilidad comenzaba a florecer. Sentía cada músculo de su vigoroso cuerpo acoplándose al mío. Segundos después, mi instinto sucumbió al placer. Nos fundimos en un tórrido beso que humedeció mi sexo. Despasó los botones

de mi blusa y besó mis senos. Después, me alzó sobre una de las mesas. Me bajó el short y me poseyó con una voracidad extrema. Como si nombrar a Masud, lo hubiera trastornado. No tenía ni idea... su hermano, era tan posesivo como tierno. Tras el festín seminal, Khalid acabó dormido. Deambulé por la estancia a mis anchas. Regresamos a Palacio el domingo por la tarde. Exhaustos, comprobamos todos los detalles de nuestra aventura procesada por los visores. El ordenador nos brindó unas imágenes maravillosas. Este era el croquis que aparecía desde *La Biblioteca Sagrada* hasta el recinto cilíndrico...



Tras viajar cibernéticamente por los recovecos de las extraordinarias reproducciones —en 4D— de nuestro periplo, fuimos directos a descansar. Antes, recordamos la advertencia de la entrada.

—Somos los elegidos. Hemos regresado sin percances —sugirió mi esposo.

—Está claro que estamos sanos y salvo. Lo de “elegidos” puede ser simplemente una advertencia para espantar a miedosos. En muchas excavaciones se han encontrado máximas inexistentes —apunté.

—La frase era precisa: “Vais a entrar en una vía sin salida. Sólo los elegidos podrán regresar”.

—Las recuerdo peores: “*Venite et morietur*[33]”. Por ejemplo —dije amoldándome a su cuerpo como un embrión en el vientre materno.

En unos minutos, entramos en el mundo onírico. El dios de los sueños, se frotaba las manos. Soñé con el azaroso encuentro sexual que acabábamos de tener. Empero, quien me poseía, era Masud. Al despertarnos, decidimos tomar un refrigerio. Fue entonces cuando volvió a la carga. Estaba decidido a hablar con su hermano. No pude oponerme: hubiera sido mi suicidio.

Repetía una y otra vez que el varón más corpulento del mural era Masud; debíamos descifrar cualquier incógnita. Para ello, tenía que

acompañarnos. Si no hubiera sido por mi naturaleza versátil, lo hubiera cogido del cuello para decirle lo mucho que detestaba compartir el lecho con él. Fornicar pensando en Masud, besarlo deseando otros labios. Amarlo creyendo que era su “otro yo” el que mimaba mi corazón y embriagaba mi alma. Le hubiera restregado que nunca había querido a Jacobo y Yaiza porque no había olvidado su brutal agresión. Pero no quise ser tan despiadada.

Horas más tarde, Masud entró en el salón: estaba invitado a cenar.

Llegó exultante; moreno cobrizo con esos ojos hipnóticos que decodificaban cada uno de mis pensamientos. ¡Dios! Me dolía mirarlo. ¡Nunca amaría a otro hombre como a él! Khalid, abordó el tema durante la sobremesa. Mi cuñado se mostró muy escéptico. No obstante, prometió acompañarnos la próxima jornada. Estuve media noche concienciándome del día que me esperaba. Aislada del mundo junto a mis hombres. Un horror o un placer inaudito. Aclaraba, cuando logré dormir; un lujurioso *ménage à trois* hizo que despertara sudorosa. Morfeo jugó conmigo durante varias horas.

Entramos en *La Biblioteca Sagrada*, como *Los tres mosqueteros* en busca de una nueva aventura.

Los labios de Masud rozaron por azar mis pómulos. Fue extraño: no sentí nada especial. No obstante, pensaba en sus caricias; en las noches de desenfreno mutuo. Donde el amor vapuleó nuestros cuerpos hasta llegar al éxtasis. Pero ambos hermanos estaban palatinos. Khalid le mostró los papiros decodificados. Masud dijo estar impactado con las figuras del boceto roto, lo escrutó concienzudamente. La noche anterior habíamos hablado de su existencia. Prometió leer todas las traducciones; a continuación, estuvimos un buen rato explicándole los pormenores. Sin embargo, ese día, nuestra prioridad era la cámara circular. Íbamos a abrir las plataformas de alabastro, cuando Khalid quiso que su hermano participara. Su idea resultaba estrambótica.

—No pondré mis dedos en la quinta plataforma... —se quedó a medias.

—¿Por qué? —espeté curiosa.

Masud estaba callado; observaba.

—Intentaremos abrir el acceso con tus manos, querido hermano —el tono de Khalid era burlesco.

—¿Cómo? —preguntó Masud, incrédulo.

—Eva abrirá las primeras exclusas. La última, probaremos con tus dedos. Ya sabes qué hacer.

—Está bien. Tú mandas —repuso un concienzudo Masud.

—No es mala idea. ¡A ver qué pasa! —terminé por decir con cara de póker.

—Siempre apoyando a tu esposo —indicó Masud, escurridizo. Un pez nadando por el océano a sus anchas.

—¡Como debe ser! —aseveró Khalid.

—¡Por supuesto! —ratifiqué, sarcástica.

Echaba humo por las orejas. Por suerte, con una sonrisa y manguera “apagafuegos” insertada en mi organismo. Solamente Masud era capaz de anular mi conciencia. Daba igual que fuera hija de *La Rosa Negra* o una humana con dos dedos de frente. Tenía que hacer un sobreesfuerzo para mantener la templanza. El mero hecho de oler su fragancia, enardecía mis instintos primarios. Decidida, hice la imposición de manos y dejé que Masud hiciera su parte. Estupefactos, el acceso abrió sus fauces negras.

Khalid convino la disposición del recorrido; sólo teníamos dos visores: él marcaría el camino. Masud la retaguardia. El emparedado estaba servido. Quizá mi sueño tomase forma —sonreí—. En un recoveco del trayecto, Masud sujetó mi cintura. Dedos largos y manos suaves —le había dicho en una ocasión—. Por unos segundos, fui dichosa recordando nuestro affaire; sabía que me amaba como yo a él.

Habíamos concretado el tiempo exacto de recorrido; llegaríamos al amanecer. Nuestros cálculos fueron precisos: Masud se quedó boquiabierto. Esa vez sí. El perfecto cilindro, sus objetos. Acabó por darnos la razón: sin lugar a dudas, su abolengo estaba unido con mismísimo Ramsés II. Bajo su almacén omnipotente, seguía existiendo el hombre que había apartado la cruz de mi cuello antes de hacerme el amor.

Toda mi pasión concentrada en la sublime estancia. El pasado, el presente, el futuro... En el amor, siempre existe un antes y un después. Un acto y un perdón.

El impacto que obró la estancia circular en Masud, provocó unos minutos de incertidumbre; sobre todo, porque difería en la interpretación de las efigies del mural. Creía en la casualidad. Podía ser una artimaña para que Khalid no descubriera nuestra aventura sentimental. No obstante, desconocía que era el padre de Úrsula y Tristán.

—Hermano, existen demasiadas similitudes: las figuras representan a vuestra familia —dijo Masud con seguridad.

—En la que también apareces tú. ¿No crees? —atajó Khalid.

Comenzaron un tête à tête; prudente, me aparté e investigué los legajos. Sin apenas intervenir. Escuchaba a mis víctimas como un murciélago.

—Es absurdo. Son imprecisiones del artista. ¿Por qué voy a ser yo? Porque soy más robusto y un poco más alto —protestó Masud.

—Por ejemplo —contestó un enigmático Khalid.

El diálogo prosiguió en un tira y afloja consanguíneo:

—No pinto nada entre Eva y tú —escuché que decía Masud.

—El tiempo lo dirá. Los dos sabemos que la conociste en Paradis. Es más, estabas loco por ella... ¿O no? —sugirió Khalid.

—¡Puaffff!!! Eso es pasado. Un capricho de juventud que ni tan siquiera recordaba —sentenció Masud.

¡Qué astutos eran los muy cabrones! Desconocía cuál de los dos tenía un as en la manga. Mi esposo había estado soberbio con sus frasecitas. Pero desconocía que ya estábamos unidos. Masud seguía en tono indiferente. No sentía el menor apego por las investigaciones históricas y deseaba mantener a Khalid, al margen de la verdadera idolatría que nos profesábamos.

—Masud, reconozco que tienes gancho. Aunque tengo mis dudas ¿por qué has abierto la quinta portezuela con tus manos? —insinuó Khalid de pronto como quien no dice nada. Por unos segundos, me quedé sin respiración.

—Yo que sé —contestó Masud malhumorado, quitándole importancia. Se notaba que estaba hasta las narices de tanta antigualla.

—Yo tampoco tengo ni idea. Pero me extraña sobremanera... —señaló Khalid, inquisitivo.

No tuve más remedio que intervenir momentáneamente.

—Tengo la respuesta. Quizás vuestras huellas digitales sean iguales. Es muy extraño. Pero no imposible entre gemelos —dije, de improviso.

—¡Eva tiene razón! No lo recordaba y veo que tú tampoco. Sucedió hace demasiados años —secundó Masud.

—Sí, ahora recuerdo el suceso... Fue cuando fuimos a hacernos los pasaportes. Dijeron que nuestras huellas eran casi idénticas —meditó Khalid.

—Ya sabemos el porqué de la apertura con mis manos. Lo mismo sucede con estas figuras: sois vosotros. Yo no pinto nada —concluyó Masud.

—¿Cómo puedes frivolar cuestiones tan importantes? —increpó Khalid.

—Soy flemático. Creo en lo que veo, nada más —finiquitó Masud.

—Sí, quizás tengas razón —apoyó mi esposo.

—¿No habéis pensado en vuestro egocentrismo? —dijo Masud, dejándonos boquiabiertos (lo miré de reojo)—. ¿Os creéis tan importantes como para estar representados en un mural milenario? Seguro que han existido muchas mujeres rubias a lo largo de la historia de nuestra casta.

—Bueno. Sí —apuró, un Khalid inseguro.

—¿Y las rosas floridas de los niños? —repuse con tacto volviendo a inmiscuirme en la conversación.

A esas alturas, tenía claro que Masud podía sortear cualquier eventualidad.

—Lo mismo. Han podido existir muchos guardianes con idénticas máculas. O incluso familiares. Todo es hipotético como la historia o la arqueología. Seguramente, las rosas negras en el pecho de las efigies, fueron dibujadas por el artista; ex profeso para este mural. Quizás para impresionar al pueblo... ¿Cómo podemos estar seguros de lo contrario si no vivíamos en el momento del suceso? —dijo Masud con acierto.

—¿Crees que los “dèjà vu” existen, hermano? —sugirió Khalid (lo miré con sorpresa).

—¡Tonterías! ¿Por qué lo pregunta su majestad? —prosiguió Masud con guasa.

—Porque, hace tiempo, soñé con estos dibujos —contestó Khalid.

Me quedé atónita. No obstante, permanecí callada. Nunca lo había mencionado. Mi cuñado inventó una y mil historias para que Khalid olvidara

esas estupideces. Masud seguía tan persuasivo como siempre. Creímos sus palabras o hicimos como si estuviéramos de acuerdo: ¡qué hipócritas! Aprovechamos la claridad de la tarde para traducir algunos de los códigos, esperando respuestas.

Masud, realizaba el inventario de los objetos y deambulaba por la misteriosa estancia. Bautizamos el lugar, repleto de gnosis, con el nombre de *La Cámara de la Sabiduría*. Con las horas, descubrimos una corriente subterránea que amamantaba las raíces del enorme tronco espinoso. Gracias a un papiro Niobeb-Ammón-Ka —el hijo de Ramsés II apartado de la humanidad para salvaguardar los conocimientos de su pueblo—, descubrimos que era el rosal primigenio que él mismo había descubierto.

Masud volvió a platicar elevando el tono de voz:

—Quizás tenéis que buscar cartuchos con símbolos especiales. Los que tengan una rosa, hablarán de las propiedades de la flor. Por ejemplo —dijo con acierto.

Hablaba sin dar importancia a sus palabras. Pese a que resultaban muy efectivas. Khalid acabó por hacer todo cuanto su hermano decía. Masud era un encantador de serpientes; todo un showman si se lo proponía. Transcribimos un pliego de oratoria densa y explícita: ratificaba que las rosas de pétalos azabaches, eran únicas en el planeta. Sólo podían crecer con el agua de aquel manantial subterráneo intrínseco en el desierto egipcio. Los porqués eran científicos y se recreaban en los nutrientes del humus subterráneo que lo mantenía.

El manuscrito especificaba que la ciencia que estudiaba las rosas negras se llamaba *wurtinnulogy* —tal como traduje—. Ligada a una medicina natural tan ancestral como profunda. Apartada de la humanidad por su peligro latente; podía ser terrorífica en manos inadecuadas. Por mi cuenta, había indagado sobre las rosas negras. Su símbolo se había utilizado desde antiguo, sin certeza de su existencia, en distintos ámbitos. Se la asociaba, principalmente, con el sexo o la muerte. Etimológicamente, *wurtinnu* era la raíz asiria de *rosa*. Mientras seguía mis elucubraciones, escuchaba e intervenía en el diálogo que mantenían “mis hombres”.

—Todavía desconozco los beneficios de nuestra flor. Pero debemos informar a la OMS —apuntó Khalid.

—Cierto. Es necesario cotejarlo con la comunidad científica: ellos

sabrán qué hacer —admití con seguridad.

—Estoy con vosotros —secundó Masud.

Fue lo último que dijimos. Regresamos a casa en silencio. Los tres estábamos poco comunicativos; seguramente, cada cual, perdido en sus pensamientos y sus propias hipótesis.

El perfume de Masud inundaba mis sentidos. Cuando nos retiramos, mi esposo no pudo conciliar el sueño. Estaba arrepentido de haber involucrado a su hermano en nuestra investigación. El mero hecho de su mano abriendo la quinta plataforma y su predisposición por un trabajo conjunto, le provocaban alteraciones nerviosas: estaba celoso. Yo, contenía mi felicidad oculta bajo uno de mis muchos velos.

29

La asistencia de Masud resultó muy valiosa. No obstante, las idas y venidas a la *Cámara de la Sabiduría* resultaban tan complicadas que construimos un acceso secundario mucho más rápido y sin vericuetos fatigosos. Teníamos las coordenadas exactas y no fue difícil. Los obreros de palacio se encargaron de cimentarlo; Khalid explicó —bajo juramento de silencio— que habíamos encontrado un lugar secreto. No hicieron preguntas. Los arquitectos diseñaron una escalera que penetraba en la tierra, cuya embocadura estaba en la rosaleda central. Esta segunda entrada resultó muy apropiada; nos convertía en independientes. Además, eliminamos la engorrosa caminata por túneles laberínticos, la imposición de manos y la apertura del quinteto de plataformas. Contrariamente, con ardides, cualquiera podía entrar. Decidimos custodiarla por cinco guardias, manteniendo el número mágico y su supuesta hechicería.

La nueva vía constaba de dos portones: una cancela de forja envejecida al principio. Otro al final de la escalinata en madera de caoba tallada. El primero, con dos cerrojos y un candado. El segundo con dos pasadores dobles. Sólo existían tres copias; una por cada uno de nosotros. Éramos los únicos que

podíamos entrar o dar paso a terceras personas. No tuve nada que ver con la distribución de candados y llaves. Pero el par de cerraduras eran los dos hermanos y yo el candado. Abriéndolo o cerrándolo a mi antojo. Los cerrojos dobles: mis hijos. ¡A quién se le habría ocurrido! Eran demasiadas casualidades. El azar nos había subido al carrusel de su feria y no paraba de jugar con nosotros.

Al principio, seguimos trabajando juntos. Repartimos la investigación en dos apartados: Masud se dedicaba al inventariado. Nosotros, a la búsqueda de los papiros madre referentes a las siluetas del mural. En *La Biblioteca Sagrada* diversos eruditos —al mando de Aret *el sabio*—, estudiaban los documentos relativos a las propiedades curativas de las rosas negras. Cotejando, cada descubrimiento, en humanos; súbditos de *La Rosa Negra* que se prestaban como cobayas para fines mayores. Al fin y al cabo, yo misma era una de ellas.

Todos los días, como relojes suizos de precisión exacta, descendíamos hacia las profundidades de la tierra con la garantía de nuevos hallazgos; un triángulo amoroso muy peligroso. Los dos varones más atractivos sobre la faz de la Tierra; uno, mi esposo. El otro, mi amado. Yo, la perfecta dama. Tan hipócrita como Calpurnia Pisonis; la tercera y última esposa de Julio César.

Un viernes de mayo, agotados hasta la médula, localizamos un apartado con pocos manuscritos. Llevaban el cartucho de *Niobeb-Ammón-Ka* junto a un triángulo con caracteres jeroglíficos significativos que traducimos como “la triada familiar”. Al empezar a transcribir supimos que nuestras preguntas tenían respuesta. Estábamos ligeramente emocionados; un leve rubor incendió mis mejillas como antaño. Sin embargo, tras varias traducciones el desánimo volvió a nuestras adulteradas mentes. Retornamos a las caras largas salpimentadas con Beluga y Moët. Tres putos estirados entregados a pliegos empolvados. ¡Echaba de menos la intimidación! El trío era impensable. Y aunque deseaba estar con Masud a solas (algo quimérico) tenía al sucedáneo a mi alcance. Ciertamente, no deseaba marchitarme a lo *Indiana Jones*. Pasada la cuarentena, todo se ve diferente.

Hacía demasiado tiempo que no practicaba el sexo: era intolerable. La fragancia a testosterona real inundaba mi organismo. Pese a ello, ni el uno ni el otro me tocaban. No podía tentar nuevamente al diablo. Lo mejor era seguir trabajando; me estaba enredando en mi propia telaraña. Reconvertida en

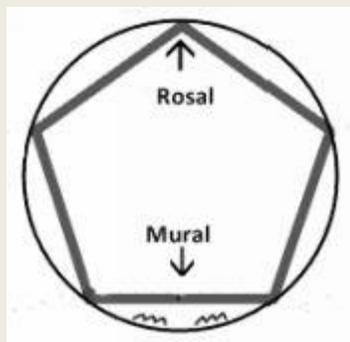
cyborg; tras estos pensamientos poco ortodoxos, proseguí mi tarea.

Los papiros con símbolo triangular, si bien eran esclarecedores, carecían de datos concretos. Corroboraban que las imágenes del mural eran atemporales. No hacían referencia a nombre o épocas concretas. Estábamos como al principio; quizás, en un camino sin salida. Lo que sí encontramos fue un manuscrito de *Niobeb-Ammón-Ka* que Decía lo siguiente:

“En un momento, impreciso y lejano, nacerá una familia cuyo amor traspasará las diferencias culturales. Su unión promoverá el estudio de la wurtinnulogy. El uso de la crestomatía[34] de ‘La Rosa Negra’, será la llave del futuro humano”.

Tanta investigación, obsesionó a Khalid, que nunca tenía suficiente; se pasaba la mayor parte del día dentro de la estancia circular. Deseaba indagar a fondo sobre el *Gran Mural*; anhelaba estudiarlo milimétricamente. Estaba dispuesto a destrozarlo en fragmentos chiquitos si con ello descubría cualquier indicio que lo uniera a nosotros. Decía que la coyuntura social era la idónea. Amén de similitudes fisionómicas e imposición de manos. No hacía falta ser demasiado audaz para afirmarlo. Pero él estaba ofuscado. Masud apenas podía dispersar su insistencia con cuentos de calleja.

Cuando la desesperanza nublaba nuestro raciocinio, apareció otro papiro que enunciaba uno de los secretos de *La Cámara de la Sabiduría*. El pliego nos mostró que su perímetro tenía inscrito en el interior un pentágono regular muy similar al de *La Biblioteca Sagrada*. Sólo teníamos que trazar diversas líneas imaginarias entre el rosal y los soportes más alejados del centro. Este es el boceto que garabateé en mi libreta...

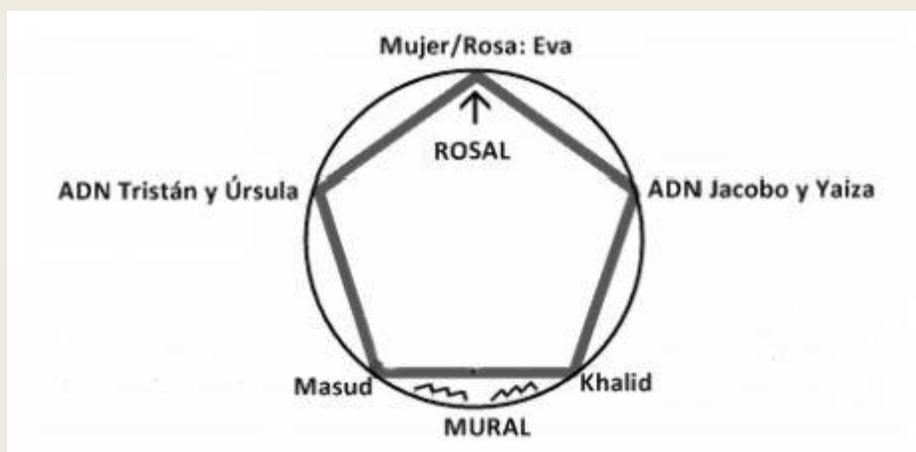


Todo era posible en aquel recinto esotérico. ¿Qué más aparecería? —me pregunté en repetidas ocasiones—. Tenía claro que, si el rosal era el primigenio, seguro guardaba misterios. Dedicamos una jornada completa a su estudio. Sólo faltaba extraer una muestra de sus raíces. Recuerdo que, de improviso, Khalid cogió unos guantes fuertes e introdujo sus manos en la tierra húmeda. En los abismos de las cepas, encontró unas tablillas de alabastro escritas con la savia de las rosas. Al comenzar su traducción creímos volvernos locos. Albergaba un sinfín de misturas de lenguas prehistóricas. La transcripción era pura esquizofrenia. Decía lo siguiente:

“Los elegidos deberán ubicarse en los ángulos de la figura secreta. Mujer/rosa. Niños/izquierdos. Hombre/izquierdo. Niños/derechos. Hombre/derecho. El milagro cobrará vida”.

La última frase: “El milagro cobrará vida”. Hizo que los tres nos devanáramos los sesos un buen rato. Al final, por quórum, decidimos llevar a cabo dicha empresa. Quiero decir: era imperante que nos ubicáramos tal como describía la antigualla.

Por mi parte, había hecho mis propias deducciones de inmediato. Hablaba de cinco posiciones; los cinco ángulos del pentágono regular inscrito, imaginariamente, en su perímetro circular. El croquis de mi cerebro incluía a mis hijos. No podía pronunciarlos al respecto. Empero, me las ideé para que, ambos hermanos, siguieran mis instrucciones. El lugar en los que debían estar los niños (a quienes no podríamos jamás en peligro) se reemplazaría por un mechón de sus cabellos con ADN. Pondríamos en práctica el bosquejo que había dibujado, al día siguiente. Y que ahora reproduzco...



Para mí no era otra cosa que la representación física del mural. Algo que podía tornarse peligroso si Khalid hacía sus cábalas.

No dormí en toda la noche. Amanecía, cuando nos colocamos en los lugares señalados. No me costó demasiado convencer a los hermanos. Dije que tenía una corazonada. Mujer/rosa, yo, en el rosal —símbolo antiguo del amor y la belleza (representación de deidades femeninas)—. El mechón de cabello con el ADN de Yaiza y Jacobo iría a mi izquierda (en el primer ángulo del pentágono); Khalid después, en el mismo lado. En la parte la derecha, Masud y el ADN de sus hijos. Dispuestos de igual modo. Ubicados, repetí las palabras del código. Algo en mi interior me instó a que lo repitiera, una y otra vez, como si fuera el *Patre Nostro*. Y, por fin, el milagro tomó vida; tal como rezaba la frase que tantos dolores de cabeza nos había dado.

Una franja del cilindro —de un metro de anchura—, a modo de anillo gigantesco, giró cinco veces a la derecha y cinco a la izquierda. El círculo quedó desgajado en cinco partes; dejando a la intemperie, cinco aberturas con un objeto dentro. Por inercia dimos un paso al frente, necesitábamos ver qué había dentro de los recipientes. Pero las aberturas se cerraron de inmediato. Tuvimos que volver a reubicarnos y repetir la operación, tras un plan. Primero, como rey, se movería Khalid. Si surtía el mismo efecto, repetiríamos la acción desde el inicio con Masud. Si fallaba, sería yo la que intentaría alcanzarlos. La escogida fui yo. *Mater, rosam, mulierem*: madre, rosa, mujer; deidad encarnada.

Me moví según invocaba el papiro. Primero, fui hacia la izquierda. Al acercarme vi que el recipiente era un vaso canopo; un objeto funerario utilizado en las momificaciones, en el que se guardaban las vísceras extraídas y lavadas de los difuntos. Una especie de vasija con tapa antropomórfica que representaba a los dioses custodios de las entrañas embalsamadas. Cuatro en total; los hijos de *Horus*[35]: *Amset, Hapy, Kebeshenuef y Duamutef*. En *La*

Cámara de la Sabiduría, había cinco. Era bastante extraño.

El primero tenía rostro humano, y simbolizaba al dios Amset —protegido por Isis—; en los embalsamamientos del Antiguo Egipto recogía el hígado. Al lado, descubrí un paio con el cartucho de *Niobeb-Ammón-Ka*. Iba a cogerlo cuando vi que la pared tenía caracteres jeroglíficos sencillos. Los leí.

—No moveos —señalé a mis hombres.

—¿Qué sucede? —preguntó Khalid.

—Nada que no pueda solucionar. Pero si os movéis las compuertas se cerrarán —dije para calmarlos.

—Entendido —ratificó Masud.

Claro, omití lo que acababa de traducir:

“Si has llegado hasta aquí, eres la elegida. No tocarás el vaso: es sagrado. El manuscrito puedes cambiarlo por otro de características similares. De lo contrario, tu cráneo quedará perforado por astillas metálicas”.

No era difícil encontrar un pliego similar: todos eran iguales. Tomé el más cercano sin pensármelo dos veces. Antes de recapacitar, lo cambié. Un gutural sonido salió del panel posterior: creí lo peor.

—¡Quietos! —voceé.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Khalid.

—La piedra se ha movido ligeramente. Nada más —contesté, segura.

Segundos más tarde, tenía el papiro en mi mano y el vaso canope a pedir de boca. La plataforma del orificio había girado para sacarlo al exterior. La roca me lo entregaba. En la base móvil aparecían unos caracteres cuneiformes que decían:

“Seas bienvenida. Digna heredera por la que un día brilló el Sol”.

Lloré con la intensidad que latía mi corazón; lágrimas internas que nunca recorrieron mi rostro. Era uno de los títulos más bellos otorgados por Ramsés II a su amada gran esposa real Nefertari: el manifiesto de su amor. El nombre de esta reina, era uno de los dos títulos con los que Khalid me había rebautizado. Recordaba perfectamente su cartucho porque contenía una pequeña cruz similar a la que pendía de mi cuello y que Masud apartó antes de hacerme el amor a orillas del grandioso Mediterráneo. Cogí el papiro y el recipiente canopeo para depositarlos en uno de los soportes; ambos, intactos.

Los hermanos permanecieron e inmóviles como las hermosas estatuas del templo de Luxor.

—¿Todo bien? —indagó Masud.

—Perfecto —contesté (recompuesta) mientras iba hacia el lateral entre Khalid y sus gemelos.

En el segundo orificio aguardaba un nuevo canope: Hapy, protegido por Neftis. La tapa representaba un babuino; en las momificaciones contenía los pulmones. Los lienzos de la oquedad rezaban lo mismo. Si bien, el maleficio mencionaba que mi cráneo quedaría aplastado por losas. Proseguí la liturgia sin contratiempos. Depositando los objetos junto a los anteriores. Miré el mural. Era el siguiente hueco.

—Prosigue tu recorrido —ahusó Khalid.

—Haz lo que debas —dijo Masud.

—Esposo, desconozco el motivo. Pero algo me impulsa a mantener las pautas del papiro. Tengo que ir al ángulo con el ADN de Tristán y Úrsula que equivale a niños/derecha. Después, al de Masud, hombre/derecho. El mural lo dejaré para el final —contesté con el corazón en la mano; el único que dictaba mis movimientos en ese instante vital de mi existencia.

Antes de encaminarme hacia el lado opuesto, besé a Khalid etéreamente. Percibí la suave brisa del Mediterráneo en la balconada del Hotel Sidi Saler años atrás. Miró la profundidad de mis ojos y entornó los párpados, aceptando mi decisión. La tercera abertura tenía idénticos elementos. El vaso canope era el de Duamutef, guardián del estómago del interfecto. Cabeza de chacal (protegido por Neit, divinidad funeraria). El encantamiento rezaba idéntico al anterior: cráneo aplastado. Nueva lisonja hacia mi persona: “Mut te amaré como a ella”. Lo que equivalía a otro título de Nefertari: amada de Mut. La diosa madre, origen de todo lo creado y diosa del cielo. El cuarto vaso, cercano a Masud, era el de Kebeshenuf y debía contener los intestinos del cadáver; estaba protegido por la diosa Serket (símbolo solar. Protectora de la magia y la pasión). Él era mi gran amor, siempre lo había sido.

Los cuatro vasos y sus pergaminos. Aguardaban al quinto, cuya tapa aparecía con cuerpo de león y rostro de reina: una esfinge. Ése que nunca existió en ritual funerario conocido; Cuando pasé por delante de Masud deseé echarme en sus brazos. No hizo falta rozar su cuerpo, su mirada me acarició. Mis entrañas temblaron. Recordé la brisa mediterránea desde diferente lugar;

Hotel Las Arenas, mismo piélago. El hombre que amaba, diseccionó mi interior: sabía qué lo deseaba; sentí que me poseía en silencio. Sin embargo, ni tan siquiera pestañeé. Dos cuerpos en uno solo organismo errante por el universo. La eternidad más absoluta. La energía del verdadero amor.

La apertura del anillo móvil de *La Cámara de la Sabiduría*, había desmembrado las figuras del mural. Cambié el papiro y leí las frases de la piedra; aparecían junto al cartucho de *Nefertiti*[36]. Lo recordaba porque era similar al de Nefertari. Si bien, el de la primera contenía cuatro cruces. Cuatro más uno, igual a cinco; de nuevo el quinto número cardinal aparecía en mi camino –pensé apretando los labios—. El texto que albergaba, era, si cabe, más lisonjero que los anteriores...

“Aunque no eres ella, posees su belleza. Nosotros te llamaremos Neferu Atón Nefertiti. Te hemos escogido porque adoras el símbolo que llevan implícitos sus nombres. El emblema que adoras siempre ha existido como las rosas negras y sus prodigios. No nacimos con ‘Ramsés, el Grande’; brotamos de la Tierra. Algo que guardarás para ti sola, hasta que cuentes al mundo tu historia. Cuando hayas tomado el canope, debes apartarte hacia un lateral de inmediato. Entonces, estos caracteres desaparecerán y te otorgaremos un regalo”.

Mientras transcribía el jeroglífico que circundaba el quinto canope, toqué mi crucifijo –no era practicante, empero tenía fe. Casi siempre lo llevaba puesto—. No dejaba de ser especialmente conmovedor y a la vez extraño, que mi esposo me otorgara un nombre compuesto por el de las dos reinas que mencionaban esos ancestrales caracteres (puesto que Neferu Atón, equivalía a Nefertari). Mi interior se convirtió en un torrente que gemía, mi exterior siguió inescrutable. Al ir a tomar el vaso funerario, vi que estaba sujeto a la peana; era un canope falso cuya finalidad servía como pomo de una puerta muy especial. Maquinal, giré mi mano tal como lo había hecho en las plataformas de *La Biblioteca Sagrada*, y me aparté. De repente, la pared se abrió hasta el suelo: dentro un sarcófago de piedra con el sello de *Niobeb-Ammón-Ka*.

Un segundo después, se movió hacia el exterior, hasta quedar completamente fuera de la oquedad que lo guarnecía.

Antes que Khalid y Masud preguntaran o se acercaran, los orificios anteriores, se cerraron herméticamente. Nos quedamos petrificados durante un

instante. Pasado ese asombroso lapso, contemplamos el hermoso sarcófago de piedra; cuya tapa se abrió como por arte de magia. Dentro, un ataúd de madera, obsidiana, calcita y bronce. El rostro aceitunado del difunto, estaba cincelado con esmero; denotaban unas facciones serenas y de rasgos finos. No portaba los atributos faraónicos; sus brazos aparecían cruzados portando una rosa negra disecada en la mano derecha y un papiro en la izquierda.

En un acto de gratitud, acaricié el perfil fúnebre como si fuera un ser vivo. Estaba pulcramente tallado. Suave como la piel de un recién nacido: el tacto era placentero. La silueta perfectamente modelada remarcando el perfil corpóreo. Pensé que *Niobeb-Ammón-Ka* había sido un hombre bien parecido con muchas virtudes escondidas. ¿Acaso era necrófila? —pensé, reflexiva—. De inmediato, pegué un saltito y me aparté. Los ojos rasgados de la escultura funeraria parecían observarme. Recordé las estatuas sedentes del príncipe Rahotep y su esposa Nofret con incrustaciones de cristales y cobre para realzar la mirada. Una brisa volátil recorrió mi organismo. El vello se me erizó. Hice un respingo y me abracé a mí misma.

Un instante más tarde, escrutaba al milímetro todo lo que rodeaba al fastuoso sarcófago. El altar mortuario estaba rodeado de hermosos frescos con escenas cotidianas que resaltaba las rosas negras.

Teníamos mucho que investigar...

31

En ese lapso crucial de mi vida, recordé que al entrar por primera vez en *La Biblioteca Sagrada*, me habían sorprendido tanto la cúpula como sus arcos porque los hallados en su época, pertenecían a construcciones funerarias: ya tenía la respuesta. *La Biblioteca Sagrada* era la antecámara del sepulcro de *Niobeb-Amón-Ka*.

A medida que avanzaba nuestra investigación, fuimos descifrando numerosos enigmas; cada cual más importante. Pero fue cuando partimos los sellos de los cartuchos mortuarios (escritos con savia del rosal), cuando *El*

legado de La Rosa Negra comenzó a fluir por el ambiente; un mundo nuevo se abrió ante nosotros. Los leímos con deferencia y sosiego, siguiendo el orden de recogida.

El primero —entre el rosal y los gemelos de Khalid—, albergaba la fórmula exacta para que las hojas de la flor se tornaran alimento. ¿Quizás un primo hermano del maná bíblico? —nos preguntamos escépticos, antes de ponerlo a prueba—. Pero, al llevar a cabo la fórmula, ante nuestra incrédula mirada y la de los especialistas que la hicieron posible, las hojas se convirtieron en una especie de cereal similar al muesli enriquecido.

El segundo papiro escondía la técnica de conversión de la savia en líquido potabilizador. Tan increíble y verídico como el anterior. Siguiendo los pasos que encerraba el antiquísimo pliego, obtuvimos un rocío purificado cuyas gotas, con dosificación exacta, tornaban bebible cualquier agua; sabor exquisito y propiedades semejantes a la cotizada Evian.

En la parte izquierda, el tercer códice —junto a Úrsula y Tristán—, abrazaba la sanación del cuerpo humano. Parte de la técnica se había encontrado, anteriormente, en algunos pergaminos de *La Biblioteca Sagrada*. Y Aret *El Sabio* los había empleado en mi crisálida de rosas negras. Con la fórmula originaria, se abrían nuevas fronteras. Un niño, gravemente accidentado, hizo de cobaya. Envuelto con lino y pétalos de rosa enjugados con el ungüento resultante. No hizo falta hospitalizarlo: sus fracturas sanaron en pocos días. Estaba por saber hasta qué punto era eficaz y en qué campos. A su debido tiempo, se informaría a la OMS. A simple vista —equiparándolo conmigo— no tenía efectos secundarios.

El último canópico con cabeza de halcón; guardián de los intestinos del interfecto en los rituales funerarios del Antiguo Egipto, entre Masud y sus hijos. Detallaba el procedimiento para la destrucción humana. Lo sorprendente residía en que su fórmula era muy similar a la anterior; ambas, mistura de pétalos, raíces y estambre de rosas negras. No obstante, en la sanación se vendaba al enfermo como lo hacían los ancestrales sacerdotes en el rito de la momificación. En este caso, el polvo resultante se mezclaba con agua y se inoculaba en el individuo. Una bacteria asesina —más virulenta que el *Bacillus anthracis* o el *Ebolavirus*— habitaba dentro de nuestra magnánima rosa. En solitario, inocua o incluso beneficiosa. Letal, unido a un péptido determinado. ¿Un Juicio Final o exterminio de criminales? Ideal para mi

esposo, por ejemplo. Cuyo crimen quedaba inmortalizado con el nacimiento de Úrsula y Tristán.

El Legado de la Rosa Negra, abría un universo inexplorado que yacía a nuestros pies dispuesto a ser utilizado cuándo y cómo quisiéramos. Con todo, se nos escapaba la función de los restos de *Niobeb-Ammón-Ka*. El quinto papiro lo sujetaba la mano izquierda de su momia; todavía incorrupta cuando decodificamos los secretos de los códigos predecesores. Es más, nadie conocía su existencia.

Antes de comenzar su estudio detallado, analizamos los restos exteriores e hicimos una cata del interior que cotejamos con la momia de Ramsés II de El Museo Arqueológico de El Cairo. Todo, con un secretismo absoluto; posible gracias al poder de Khalid y su hermano. Corroboramos que los útiles pertenecían a su mismo periodo. Días más tarde, abrimos el sepulcro en la intimidad. Movimos la tapa dominante, e inmediato, descubrimos otro ataúd con idéntica morfología y menor tamaño. Hicimos lo propio y hallamos otro féretro. La momia de *Niobeb-Ammón-Ka* estaba resguardada por cinco ataúdes de madera labrada. El número taumaturgo volvía a invadirnos. Había sido la apertura de unas matrioskas muy especiales.

Dejamos el quinteto de tapas en posición erecta; lo que no dejaba de ser morboso. En ese preciso instante, un calor sofocante irrumpió como por obra de magia en el santo sanctorum de la omnisciencia. Fue inaudito. Un haz luminoso irrumpió en mi discernimiento: “ahora, si existe una maldición” —pensé—. Me equivoqué. La febril temperatura, desapareció igual que había llegado. El bochorno cedió ante la paz. Como si el espectro de *Niobeb-Ammón-Ka*, hubiera despertado y, satisfecho por nuestra presencia, hubiera regresado al sueño eterno. Tras el increíble suceso, teníamos ante nosotros las tiras de lino sitiando su decadente masa corpórea.

Un total de cinco capas de fino tejido —con numerosos amuletos protectores (predominando el escarabajo sagrado; a la usanza del Egipto faraónico)— resguardaban sus restos. Sus brazos estaban cruzados, sujetando los residuos embalsamados de una rosa negra, en la mano derecha, y el papiro en la izquierda; tal como mostraba el icono de la tapa. Fui la encargada de arrebatárselo y traducirlo. Cuando acerqué mis dedos enguantados de fino látex, noté que la energía fluía de aquel cuerpo extinto. Una especie de convulsión electromagnética sacudió mi organismo. Su mano no estaba rígida:

era elástica. Parecía cederme ese pliego que atesoraba durante milenios. La transcripción fue metódica y encerraba el complejísimo código de la inmortalidad. *El Legado de la Rosa Negra* no dejaba de sorprendernos. Los tres sabíamos que el ritual de la eternidad se utilizaba desde antiguo; empero, estaba claro que se trataba de un sortilegio mágico. Nada más. El hallazgo hablaba de algo completamente distinto.

En el Egipto faraónico, el ritual lo tutelaban Isis y Osiris. No pude evitar recordar el mito de estos dioses; formaban una triada muy especial junto a su hermano Seth. Isis, esposa y madre: vida. Osiris: promesa de eternidad. Seth: deidad del inframundo. Osiris murió a manos de su hermano, y regresó del más allá a la vida terrena por amor. Evoqué una historia bíblica, con cierta similitud: la fábula de Caín y Abel. Conocía las controversias que había generado en la comunidad científica la búsqueda de la verdadera razón de dicho fratricidio. El quórum: crimen pasional. Los dos hermanos —Caín y Abel— amaban a su hermana (personaje apócrifo en el ámbito cristiano). Igual que Osiris y Seth. ¿Parejo a Khalid y Masud? —me pregunté, sumergida en un terrible dolor de cabeza. Al fin y al cabo, desde mi crisálida de rosas, me había convertido en hermana de sangre de ambos.

Llegado ese punto, millones de algoritmos extraños poblaron mi raciocinio. Hicimos un alto. Sentía la necesidad de aclarar mis pensamientos. Sin lugar a dudas, las triadas siempre habían sido patrimonio de la humanidad desde los albores de la civilización. Y las religiones actuales, copias *cosmogónicas*[37] de sus predecesoras para captar adeptos. Isis podía ser la antecesora iconográfica de la madre de Dios hecho hombre. Osiris la deidad personificada. Seth, el ángel caído. ¿Herejía o verdad? Necesitaba encontrar las palabras exactas que, en algún momento de mi carrera universitaria, habían fundido mis plomos junto con todas las enseñanzas eclesiásticas de años anteriores.

Al fijar mi residencia en Egipto, había trasladado parte de mis pertenencias al palacio de *La Rosa Negra*. Entre ellas: mis libros. Era lo único que me mantenía en simbiosis con la vida en Occidente. Y en ese momento de la investigación, poco me importaba el sexo u asuntos que habían poblado mi existencia desde niña; sólo deseaba llegar al quid de la cuestión: terminar el trabajo que teníamos entre manos. Desmenuzar milimétricamente el legado de esa antiquísimo linaje que se ha había cruzado en mi vida por algo más que

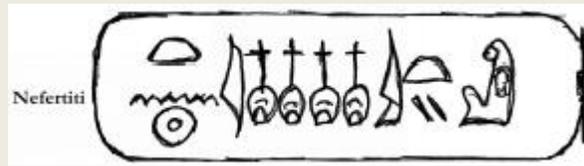
simple azar.

Mientras Masud y Khalid se tomaban unos días de asueto, me adentré en mi particular biblioteca; era una chorrada. Sin embargo, necesitaba oler un determinado libro y bucear entre sus páginas. Sabía qué buscaba y dónde estaba. Lo avisté de lejos, entre numerosos volúmenes; pequeño, verdoso... Poca cosa —en apariencia—. Lo extraje y leí: “Las Religiones Antiguas. Volumen 1. Colección *‘Historia de las religiones’*. Editorial Siglo XXI”. Al abrir la tapa, me emocioné: mil ochocientas pesetas, librería París Valencia. Estaba acostumbrada al perfume de los manuscritos antiquísimos. Pero aquel aroma era especial, diferente; puso en funcionamiento un sinfín de clichés juvenales que se aglutinaron en mi cerebelo. Sabía lo que buscaba; estaba subrayado con rotulador fosforito. Una fea costumbre que me valió más de una matrícula de honor —reí a carcajada limpia—. Volví a cerrar el ejemplar y escuché sus capítulos, sus letras, su sabiduría...

Lo abrí de nuevo: “Los mitos y la teología de la religión egipcia”, página 155. ¡Era increíble! El cinco estaba implícito en mi existencia desde mi nacimiento un cinco de mayo de muchos años atrás. No era un simple número, era mi sino. Poco después, encontré mi meta. Cito textualmente unas frases del libro —extraídas de los papiros conocidos como *Textos de las pirámides*[38] (trascritos por Morenz)— que se han quedado grabadas en mi memoria como un tatuaje imperecedero que se esculpe en la piel:

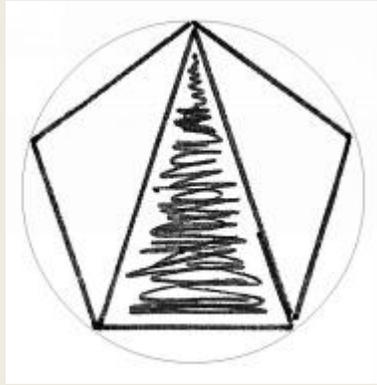
”Yo soy la vida, el señor de lo ilimitado, que Atum el antiguo ha creado para su potencia, cuando nacieron Chu y Tefnut en Heliópolis, cuando lo único existía y se convirtió en tres”.

El párrafo final era lapidario: la trinidad cristiana. Una de tantas trinidades. Toda religión es el sincretismo de la anterior. Por eso los símbolos se repiten. La figura cristiana de la cruz, aparecía en las representaciones jeroglíficas de los nombres de Nefertari y Nefertiti. Estaba segura que ambos habían aparecido en *La cámara de la sabiduría* porque en *La Biblioteca Sagrada* ya existían. Lo que me llevaba a pensar que Khalid sabía más de lo que aparentaba y me había utilizado desde el principio. Sin embargo, a esas alturas, no me importaba demasiado. Garabatee los cartuchos de las reinas egipcias y el símbolo cristiano por antonomasia.



La iconografía de Jesucristo era la réplica de un carácter jeroglífico. Obviando este nuevo descubrimiento en el que algún día me emplearía a fondo. Tenía la respuesta al alcance de la mano. Cifras, letras y símbolos, se aclararon: *la Proporción Aurea*[39]: "Lo pequeño es a lo grande como lo grande es al todo". Escondida tras la sucesión de *Fibonacci* se encierra en todos los pentágonos regulares. Terminé mi dibujo y con él, parte del galimatías que me preocupaba. Tanto *La Biblioteca Sagrada* como *La Cámara de la Sabiduría* estaban dentro de la *Geometría Sagrada*: la perfección. Junto al mayor secreto jamás encontrado; la vida eterna utilizando las rosas negras: las flores de la vida. La rosa negra era el quinto elemento: energía pura.

Después, guiada por esa mano divina que me inspiraba, repasé los dibujos que había hecho con anterioridad; paré en el pentágono de *La Cámara de la Sabiduría*, y tracé una línea imaginaria entre el vórtice del rosal —donde yo me había ubicado—, con los de Khalid y Masud. Surgió un triángulo isósceles.



El cinco resguardaba al tres. Símbolo mágico-espiritual desde antiguo. Además, el boceto era la clara representación de una pirámide.

Las pruebas del ADN de la momia, confirmaron que *Niobeb-Ammón-Ka* era uno de los muchos hijos que Ramsés II había tenido con Nefertari. Gracias a este cotejo, destapamos otros pasajes reveladores que otorgaban al hijo inédito del faraón, el atributo de primer guardián conocido de la estirpe de Masud y Khalid: no el primero. Cuya datación se perdía en los anales *protodinásticos*[40] egipcios. El linaje de *La Rosa Negra*, había surgido como custodio de los misterios supremos de la humanidad; saberes que, los eruditos antiguos, recopilaron en los papiros que nosotros transcribimos. Por este motivo, su legado rozaba el misticismo. ¿Cómo salvaguardarlo? Creando un libro con un nombre seráfico que recogiera los omnipotentes descubrimientos. Bautizamos el quimérico ejemplar con el nombre de *Libro de los Vivos* —antagónico del conocido *Libro de los Muertos*[41], *vox populi* entre los antiguos egipcios—; cuyo secreto principal era la inmortalidad.

De modo que, nuestro *Libro de los Vivos*, recogía *El Legado de la Rosa Negra* a modo de recetario, y estaba formado por la transliteración de los papiros más importantes, tanto de *La Biblioteca Sagrada* como de *La Cámara de la Sabiduría*, catalogados y numerados según cronología. De entrada, era imposible adelantar la eficacia completa de sus numerosas fórmulas magistrales. No obstante, contábamos con la validez de todas las que habíamos comprobado. Entonces, ¿por qué dudar?

El sortilegio de la inmortalidad, decía lo siguiente:

”Para caminar junto al Sol en su eterno viaje, deberéis aportar, en cantidades idénticas, la fórmula sanadora, la destructora, la felicidad, la paciencia de corazón y el bienestar de la piel. Las tres últimas, desconocidas en nuestro mundo”.

Entendimos que los equivalentes modernos se referían a: felicidad/antidepresivos, paciencia de corazón/betabloqueantes, bienestar de la piel/antioxidantes. Pero, ¿cuáles y qué cantidad debíamos utilizar? Los oráculos habían vaticinado su existencia. Nosotros, sin embargo, teníamos que realizar miles de ensayos clínicos si queríamos descubrir la vigencia de este

monstruoso prodigio. La fórmula completa de la codiciada eternidad, era algo inviable que desechamos desde el principio. Nos conformábamos con ralentizar el envejecimiento celular externo e interno.

Sin embargo, *El Legado de la Rosa Negra* estaba envuelto de secretismo... Muy al contrario de lo que cabía esperar, todavía nos faltaban otras revelaciones. La primera que localizamos estaba implícita en el reverso de la última envoltura de *Niobeb-Ammóm-Ka*; el dorso del vendaje —escrito en jeroglífico primario— fue un misterio que nos dejó atónitos. Decía lo siguiente:

“Yo, Niobeb-Ammóm-Ka, el hijo oculto del gran faraón, os he buscado durante siglos. Si leéis estos caracteres, sois los elegidos; mis lacayos. Tres criaturas amparadas por el Sol que me devolverán a la vida para que reine sobre todas las bestias. Seguid los pasos utilizados en el Libro de los Muertos de manera invertida: ubicando mis órganos en su lugar. Añadid la fórmula de la vida eterna junto a los conocimientos de vuestra ciencia; las cuencas de mis ojos cobrarán vida”.

El testimonio nos pareció una aberración. Habíamos sido meros cebos hasta llegar al hallazgo final; nunca lo llevaríamos a cabo. Recordé un enorme cartel en los cines ABC Park de Valencia: *La Momia* de Stephen Sommers. Sus secuelas y versiones. Todas pasaron por mi mente como un relámpago que traspasa tu cuerpo hasta llegar al suelo. ¡Era terrorífico! Yo misma podía ser un monstruo engendrado a partir de especulaciones. La nueva *Frankenstein* de Mary Shelley. La prueba se palpaba en cada gota de oxígeno que respiraba: inalterable pese a que estos pensamientos pululaban reiteradamente por mi raciocinio. En ese preciso y precioso instante en el que descubrimos que nos habían utilizado, volvimos a plantearnos el futuro de los restos de *Niobeb-Ammóm-Ka*; al final, ganó el pragmatismo como era natural: puesto que nadie conocía su existencia, quedarían en el lugar que los habíamos encontrado junto a los vasos canopes. Antes, debíamos saber cómo sellar el hueco.

Sus homólogos se habían auto cerrados a cal y canto, desde que abrimos los féretros que guarnecían los restos de *Niobeb-Ammóm-Ka*. Para la oclusión del vano mortuario, hicimos lo mismo que para abrirlos: rezar nuestro Padre Nuestro particular. Una vez colocados en la posición inicial con el ADN de los niños, en su sitio, repetí las palabras mágicas de la apertura. Todo funcionó

como deseábamos. Se abrieron los vanos ocluidos, dejé los vasos canopes y los papiros (traducidos y ubicados en *El libro de los Vivos*); volví al rosal y repetí la ristra de palabras cabalísticas hasta la saciedad. Justo, cuando las recitaba por veinticincoava vez, los portones cedieron tras un lamento gutural y una mirífica tormenta de arena acarició nuestros cuerpos fugazmente. Ese día significó un hándicap para nosotros.

Con nuestro secreto a buen recaudo, podíamos seguir interpretando los documentos que formarían la totalidad del *Libro de los Vivos*. *El legado de La Rosa Negra* vería la luz cuando terminaran nuestros estudios. Las fórmulas terapéuticas de sus manuscritos, fusionadas con los descubrimientos científicos existentes, posibilitarían la erradicación de la hambruna en el mundo y de muchas enfermedades catalogadas como mortales. La combinación exacta de sustancias químicas modernas con diferentes partes de la flor, proporcionaría dicho prodigio. A partir de ese momento, los días pasaron como las perlas de un hermoso collar: idénticas y cinceladas bajo la protección de una concha nacarada. Resueltos los enigmas, sólo quedaba trabajo de laboratorio antes de presentar nuestros descubrimientos a la OMS.

Pero la vida nunca es lo que parece...

Khalid empezó a tener un comportamiento extraño. Su nueva pose le condujo a un círculo vicioso; comenzó a sufrir insomnio. Estaba irascible, hasta el punto de comportarse como ése criminal perdido en la memoria que me había ultrajado. Apenas hablaba, ni tan siquiera con sus hijos. Masud era el único que le hacía entrar en razón. Persuasión no le faltaba. Pese a que su lejanía, me hacía pensar que yo era el problema. Era imposible que hubiera descubierto que estaba enamorada de su hermano —siempre me había mostrado proclive al sexo (aunque estuviera abandonado desde que comenzaron las investigaciones)— y menos que habíamos tenido un idilio. No obstante, adivinaba el sadismo en su apetencia. Podía tratarse de la falta de erotismo o del desgaste habitual entre las parejas. Decidimos pasar menos tiempo juntos; nos repartimos el trabajo y la investigación. Desde ese instante, Khalid y Masud, trabajaron en *La Biblioteca Sagrada*. Y yo me ocupé, íntegramente, de *La Cámara de la Sabiduría*.

Las visitas de mi esposo se redujeron al mínimo. Parecía que mi presencia le provocara un alarmante cambio de humor. Su mirada se tornaba lujuriosa y su vocabulario ofensivo. Empecé a temerle. Intenté hablar con

Masud en distintas ocasiones; algo imposible. Eso sí, le agradecí que involucrara a Khalid en sus visitas a prostíbulos *escort* de El Cairo. Cuando no montaban alguna que otra fiestecita en palacio.

De improviso, un hecho sesgó nuestras vidas; Khalid salió con su avioneta y cinco horas más tarde se estrelló en el Mediterráneo. Temí que no encontraran su cuerpo; el aparato apareció vacío en una sima de coral. Pero cinco días después, flotaba en el puerto de Alejandría. Su piel seguía tersa y no presentaba signos de putrefacción; el rigor mortis parecía reciente. La caja negra reveló que había sido un fallo del motor. La policía paramilitar de las Fuerzas de Seguridad egipcias, deseaba hacerle la autopsia. Masud intervino para que nos lo devolvieran virtuoso. Lo enterramos junto a su padre. El bueno de Asim había erigido una cripta para toda la familia. Con su muerte, la momia *de Niobeb-Ammón-Ka* jamás vería la luz; sepultada junto con su codiciada inmortalidad.

Tras cinco días de duelo, Masud se alzó como último guardián de *La Rosa Negra*. Ciertamente fui una viuda atípica: no estaba triste. Empero, tuve que esconder mi felicidad. El pentágono amoroso en el que me vi envuelta desde mi llegada a Egipto, se había reducido a un triángulo roto por la fatalidad; a la par que se clarificaba mi vida. Me convertiría en la amiga incondicional de Masud. Sería su amiga, su amante, su confidente, su esposa y su reina. Era nuestro momento —pensé—. Pero estaba muy equivocada.

Mis sueños se inundaban con su frenesí; al despertar comprendía que Morfeo se burlaba de mi deseo. Empecé a impacientarme; Masud ni me visitaba ni trabajaba. Un día me dijo que el suicidio era la prolongación de la vida. Dejó los experimentos y se encerró en su habitación. El peso de la responsabilidad recayó sobre mis hombros. Aret, *el Sabio* y los científicos me apoyaron. Los habitantes de palacio, también dieron su beneplácito. Pese a ello, sus rostros estaban abatidos. La guadaña rondaba cerca. No buscaba humanos, deseaba silenciar una casta milenaria.

Decidí tomar cartas en el asunto; desde ese día, todas las tardes aporreé la puerta del aposento de Masud, hasta que abrió. Estaba ojeroso.

Desmejorado. Un alma en pena. Me eché en sus brazos y me rechazó. Los últimos rayos del sol huyeron despavoridos. Entonces, Masud se apoltronó en el sillón del escritorio —precioso, con incrustaciones de nácar—. Y habló:

—Eva, has aparecido como una Musa. Tus cabellos son la luz de Ra

—dijo con voz cansina.

—¿Y por qué me has rechazado? —pregunté.

—Nuestro amor está manchado con sangre.

—¿No entiendo?

—Ni quiero que lo hagas. Piensa que son cosas de un hombre cansado cuya vida pende de un hilo. Nada más.

Observé su paternal figura antes de acompañarlo. Había envejecido diez años en tan sólo unos meses.

—¿Por qué te mortificas?

—¿Por qué no?

—Hablaré de las investigaciones... —terminé por decir sopesando su desdén a mi pregunta.

—Me parece bien —contestó con una mueca agrídulce.

—Se está perfeccionando la fórmula de *wur* y *wur H₂O* (así denominamos al maná y agua del rosal)... —Masud cortó la frase.

—Lo sé. Aret ha venido a decírmelo. Estoy al corriente de los descubrimientos de mis investigadores. De los tuyos no.

—Estoy finalizando la transliteración de la fórmula sanadora; he colocado su fórmula en el tercer apartado de nuestro *Libro de los Vivos*. ¡Ah! Se me olvidaba algo muy importante... La tía Marina se ha prestado como cobaya para ralentizar el envejecimiento celular; en pocos días, su artrosis ha mejorado.

—Me alegro. Son buenas noticias. ¿Y qué más puedes contarme...?

—El anillo de *La Cámara de la Sabiduría* sigue siendo nuestro secreto. Se ha sacado la mayor parte de pergaminos y artefactos para su estudio. Cuando acabe, perfilaré los datos sobre los manuscritos con el signo triangular y la rosa. La mayoría, notas al margen de nuestros descubrimientos; creo que no hay más. Hicimos un buen trabajo.

—No tengo la menor duda. Ahora, vosotros... —acallé sus palabras.

—¿Nosotros?

—Tú y tus hijos.

—Mis hijos, son tus hijos.

—Lo sé. Los de mi hermano por adopción y los míos por paternidad.

—¿Cómo?

—Ya te lo dije: durante años fui tu perro guardián. Supe que estabas

embarazada de tus primogénitos, minutos después que tú lo supieras. Y sé que soy el padre de Úrsula y Tristán; aunque tú lo negaras. Eso no cambia nada.

—Masud te amo —lo abracé con todas mis fuerzas. Pero él se apartó de mis tentáculos con sobrado poderío.

—No. Sólo te amas a ti misma —contestó ausente.

—¿Qué?

—No tienes la culpa, eres tan sólo una víctima. Todos lo somos. Eva, estoy muy fatigado: voy a morir —contestó sin inmutarse.

—¡No sabes lo que dices!

—Todo lo contrario, nunca he estado tan convencido de algo.

Intenté disuadirlo sincerándome...

—Sé que nunca he tenido instinto maternal. Pero quiero a mis hijos.

—Los quieres como quieres a las mascotas o a los árboles. Nada más.

—Lo que acabas de decir es muy duro. ¡Cruel! —contesté con fuego en la mirada.

—Por supuesto. Pero te has quedado igual —refutó Masud.

—Masud, siempre he estado enamorada de ti.

—Lo estabas. Ahora, finges amarme. Soy tu juguete. Eres una montaña inescrutable. Puro titanio líquido comprimido en un hermoso cuerpo y un rostro perfecto.

—¡No! ¡No es cierto! —grité.

Miré esos ojos azabaches brillantes como una gema y descubrí la negrura más absoluta. Mi voz se apagó en la noche. Temblé. Salí corriendo de la habitación como alma que lleva el diablo. Lloraba con todas mis fuerzas. Despechada y sola, me cobijé en el único lugar que me protegía: *La Cámara de la Sabiduría*.

Tumbada en los pies de su rosal, dormí plácidamente. Al despertar, Masud estaba junto a mí —recostado de medio lado—, observándome. Debí sobresaltarme. Empero, muy al contrario, sostuve la mirada. Escrutando la

profundidad de sus ojos; braceando en la negrura más absoluta. El iris sin ápice de brillo como un agujero negro que navega al infinito. Masud era la máquina del tiempo: pasado, presente y futuro. ¿Mi Ramsés de carne y hueso o mi martirio? —pensé.

—Perdóname... No quería incomodarte: he venido a pedirte disculpas —dijo clavando sus pupilas diamantinas en el verdor de mis ojos.

—Ya está olvidado —contesté entornando los párpados.

—Saliste tan rápido de mi alcoba que no pude entregarte los papiros que robé de esta sala —besó mi mejilla. Titubeé.

—¿Cómo? —pregunté incorporándome.

—La historia es larga... Si tienes paciencia te la contaré. Bueno, te la resumiré... Vuelve a tumbarte, por favor. Hace que me sienta menos sucio.

—Sea como dices.

Estoica, me recliné. Su tono de voz paternalista y la genética oculta en mis hematías, propiciaron que recompusiera la escena como si nada hubiera sucedido.

—Todo comenzó hace muchos años. Estaba con Aret *el Sabio* en *La Biblioteca Sagrada* transcribiendo diversos documentos —dijo Masud.

—¿Tú? —interrogué arqueando una ceja.

—Sí. Siempre tuve predisposición hacia la investigación.

—¿Sabes lenguas muertas?

—Quizás más que tú; lo he mantenido oculto. No me agradaba que dijeran que era proclive a los estudios y no a mis deberes de príncipe. Era un secreto de familia.

—Pero entonces...

Masud guillotiné mi frase —áspero.

—Si quieres escucharme tienes que permanecer callada; estoy cansado. He hecho un gran esfuerzo para venir hasta aquí.

—Tienes mi palabra —aseveré, agria como un pomelo.

—Veamos... —prosiguió—. Hace unos años, Aret y yo, descubrimos el papiro de las efigies sin rostro; leímos su texto aclaratorio. No te lo puedo enseñar —sugirió Masud al ver que iba a protestar—, lo destruimos poco después: era peligroso. Sucedió cuando Khalid comenzaba a investigar por su cuenta. Mi preceptor, pensó que debíamos ocultar ciertas cosas...

Sospechábamos que había una cámara esotérica donde se escondían los

primeros pergaminos: los papiros madre: ésta —levantó la cabeza y miró la magnitud todopoderosa que nos rodeaba (pausa).

No quise alterar el ritmo de su relato. Estaba fatigado. Esperé —sumisa— hasta que lo reanudó...

—Nunca pensamos que la descubriríais. Ni tan siquiera estábamos totalmente convencidos de su existencia —terminó por explicar.

—Fue una casualidad —susurré.

—Sí. Menos mal que el *Gran Mural* no tiene explicación adyacente. Tuve que ingeniármelas para seguir pareciendo un estúpido —asentí, dándole la razón—. Era perfecto; mientras vosotros indagabais por un sitio, yo ocultaba los pergaminos más interesantes por otro. De ahí que apareciera un soporte medio vacío...

Levanté la mano como si fuera una colegiala que quiere platicar. Masud sonrió de medio lado. Hacía meses que sus labios sostenían ese *rictus post mortem* tan poco favorecedor que lo envejecía.

—Habla —señaló poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo sabías qué papiros eran los más importantes si estaban sellados?

—Por instinto; olfateando como un hombre lobo. Nada más. Podía equivocarme. Sin embargo, no lo hice.

—Y ¿por qué no te llevaste o destruiste por completo el pergamino roto de la biblioteca?

—Deseábamos que Khalid se sintiera atraído por algo especial: debías volver a Egipto. Tanto Aret *El Sabio* como yo pensábamos que eras la mujer del bosquejo; existían demasiadas similitudes... Eras la pieza clave para futuros descubrimientos.

Ese segundo marcó un antes y un después: Khalid nunca me había manipulado. Lo había hecho Masud. Me alegró descubrirlo.

—Entiendo... —objeté con cara de póker.

Habíamos cambiado de posición; estábamos sentados con las piernas entrelazadas. Como si el lienzo circular que nos rodeaba fuera una escena de picnic.

—Mi condición de “obstáculo” me dejó plena libertad —prosiguió Masud con su lánguida mirada—. Hice que os centrarais en la investigación de nuestra emblemática flor. Mientras, sustraje los códigos referentes al mural.

Cuando el palacio dormía, los sacaba de la cámara. A los pocos días os volcasteis en su interpretación (nueva pausa).

Carraspeé unas cuantas veces hasta que retomó la palabra.

—Siempre te gustó el escritorio de mi alcoba. Dijiste que era una pieza de museo hecha para ocultar intimidades —me invitó a que hablara.

—Exactamente, eso dije.

—Todo tiene una respuesta. Lo compré ex profeso para ocultar los manuscritos que sustraje. Tiene diez cajones. Uno por cada original robado.

Dejó una bolsa junto a mí.

—¿No tienes nada que preguntar? —añadió.

—Tengo muchas dudas. Pero prefiero esperar mi turno.

—Pues ya lo tienes. Vamos, ¿a qué esperas?! ¡Avasállame con tu interrogatorio! Te cedo el turno —dijo, dándome su beneplácito para que hablara.

—No sé por dónde empezar.

—Te aseguro que todo es cierto.

Mi corazón palpó con fuerza. Masud lo percibió. Parecía escuchar cada uno de sus latidos. La sangre palpitante bombeando con brío dentro de mi pletórico organismo.

—La vida es extraña. Imprecisa. Cuando menos lo esperas, da un giro de ciento ochenta grados —afirmé irónica.

Masud tomó mi mano y la ubicó sobre la talega.

—¿No deseas conocer el contenido? —increpó con afecto.

—Hay otra cuestión que me interesa más.

—Tú dirás.

—¿Siempre has llevado una doble vida?

—Si te refieres a mi verdadera personalidad, opuesta a la conocida, la respuesta es contundente: sí.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué. Aunque puedo desmenuzarlo para que lo comprendas mejor —dijo en tono afectuoso.

Su tacto me descolocó; me hablaba como si fuera una niña pequeña.

—Por favor, hazlo. Necesito que me convenzas —propuse.

—Te pondré un ejemplo que comprenderás de inmediato. Cuando Asim nos entregó a nuestra primera mujer para que hiciéramos con ella lo que

quisiéramos; teníamos diez años. Khalid se cebó con ella. Yo, me sentí verdaderamente mal; no sabía qué hacer. Quería estudiar la historia de mi pueblo, del mundo. Me gustaba el arte y las ciencias. Las chicas eran mis amigas, no un juguete. Pensamientos que no concordaban con lo que se esperaba de mí.

—¿Y...?

—Fue una experiencia atroz. Me avergonzaban mis sentimientos. Entonces, decidí ocultar mi verdadera naturaleza tras un escudo repleto de autoritarismo, posesión, machismo, recelo y rudeza. En fin, me convertí en lo que soy. Khalid pasó a parecer un chiquillo al lado de las atrocidades que yo cometía. Los ancianos me miraban preocupados. Pero mi padre aplaudía todos mis actos; los cambios se achacaron a mi pujante hombría.

—Creo que te convertiste en lo que no eres. Tienes buen corazón.

—Cuando me conociste no.

—Los acontecimientos hacen que las personas cambien. Yo también he cambiado; ya no soy esa chiquilla asustadiza y mentirosa que conociste en Paradis —contesté gélida como un iceberg.

—Paradis... demasiados recuerdos. Cuando te vi por primera vez pensé que eras tan embustera como yo.

—¿Por qué?

—Porque camuflabas tu verdadera identidad bajo seductores velos. Un instante después, supe que eras la mujer de mi vida.

No reaccioné. Su voz sonó triste y hueca; surgía de un profundo y lóbrego orificio del que no se regresaba.

—Me obsesioné tanto, que te espíe durante unos meses... —prosiguió cerrando los ojos unos segundos. Avergonzado.

—Masud... —dije.

Masud puso un dedo en su nariz, rogando que me callara.

—Mi primo Omar intentó disuadirme: era enfermizo. Pasó el tiempo y dejaste Paradis. En palacio, me enamoré de la genuina Eva, desconociendo que era mi hipnótica stripper. Cuando descubrí tu verdadera identidad, y tus sentimientos hacia mi hermano, enloquecí. Surgió mi verdadera naturaleza. Te equivocas, nunca he tenido buen corazón.

Aunque no salía de mi asombro, permanecí silente y rígida como una barra de forja. El rostro de Masud se arrugó antes de proseguir su verbosidad.

—Da igual lo que diga o lo que haga. Eres una estatua inalterable; hermosa y gélida como la propia *Palas Atenea* que Fidias esculpió para el Partenón griego. ¿Verdad? —me asió de los hombros y me zarandeó. Caí al suelo.

—Exacto —dije sin más. Obviando que mi mutismo se debía a su fantástica historia.

—Creía en tus sentimientos. Ahora que Khalid ha muerto, veo que estaba equivocado: lo amabas a él.

—No lo sé... —contesté ausente.

—Discúlpame. Eres sólo una víctima. Quizás tu vida acabó la noche que Khalid te violó brutalmente: debías partir al más allá. Pero te necesitábamos para descubrir la autenticidad de los papiros. Te utilizamos vilmente.

—No. Lo hicisteis por un bien mayor —logré decir.

Obvié que siempre lo había amado a él y no a su hermano. Conocedora de la naturaleza humana, sabía que cuando un hombre se ofusca en algo, es mejor mantenerse relajada.

—Algo así...

—Fui una cobaya en toda regla. ¿Verdad? —pregunté, escrutando la profundidad de su mente.

—Así es. No tienes nada que temer. Ahora, estás a salvo. Mis llagas han cicatrizado al confesar parte de mi pecado. Pero, son tantas, que me duele el alma. Necesito descansar en el infinito. Perdóname —repitió, mirando el suelo.

Volví a estremecerme. No obstante, me mantuve alabastrina.

—Creo que nos hemos apartado del verdadero motivo de nuestra conversación —dije con un hilillo de voz que lo culpabilizaba.

—Tienes razón —prosiguió Masud—. Las respuestas que buscas están en estos papiros —señaló la talega repleta de manuscritos que había traído con él—. Tú y yo nunca podremos estar juntos. Aunque la vida fuera eterna y nosotros los únicos seres vivos sobre la faz de la Tierra.

Se levantó y se marchó sin mirar atrás. Antes de salir, me hizo una pregunta que terminó por descolocarme:

—Por cierto, ¿no has notado ningún salto de páginas en tu *Libro de los Vivos*?

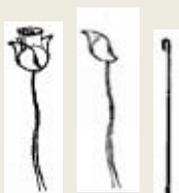
Sus palabras habían ido tan esclarecedoras como escalofriantes. No contesté. Permanecí callada hasta oír que ascendía la escalera de madera noble. Junto a mí el alijo de papiros madre que deseaba triturar. El resto podía esperar. Era Escarlata O’Hara y sabía que Rhett Butler siempre volvía.

34

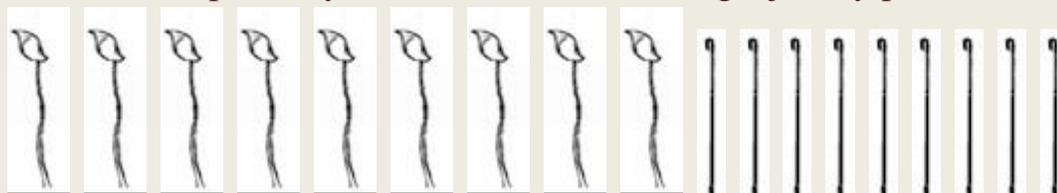
Me dispuse a mirar los códices que Masud había dejado. Su última frase comenzó a repicar en mis tímpanos como las campanas que tocan al Ángelus: “Por cierto, ¿no has notado ningún salto de páginas en tu *Libro de los Vivos*?”. ¿A qué se refería exactamente? La numeración de los papiros madre que conformaban dicho ejemplar (que sólo yo custodiaba, día y noche), era muy peculiar; lo que al principio creí era un descuido del escriba... Descubrí —con lentes de aumento— como el estambre de las rosas. En solitario marcaba la página número uno; un par, la segunda y así sucesivamente.

Al poco tiempo de repasar las traducciones, comprendí que los papiros más importantes tenían esta singularidad; parecía que unas manos fantasmagóricas y ancestrales, guiaban mis pasos.

Del mismo modo, la decena la marcaba el tallo con un pétalo negro; exiguo, casi inapreciable. Dilatado, toda una revelación. La centena parecía un borrón. Ya no me fié. Directamente lo acrecenté y resultó una rosa azabache. La numeración de la página ciento once —una rosa, más un pétalo y un estambre—, era elegante. Lo volví a dibujar, de un tamaño notorio para el ojo humano...



Hice lo mismo con la numeración de la página noventa y nueve, compuesto de nueve pétalos y nueve estambres. Un lenguaje muy peculiar.



Miré los signos por activa y por pasiva. Pero lo había repasado tantas veces, que era imposible un error. Amén de ser una numeración criptográfica descifrada. No tenía ni idea a qué se refería Masud. Debía entregarme por completo a su traducción hasta averiguarlo.

Mi sangre burbujeaba como un géiser en plena efervescencia. Me debatía entre seguir con mi estática compostura o la tigresa que rugía por mi médula. Puesto que estaba sola, tomé la segunda opción. Descuajé la saca y acaricié los diez manuscritos; Masud los había dejado con atadura de lino y etiqueta numerada por los ordinales. Los extendí y desaté el nudo del primero.

A medida que lo interpretaba, la firmeza irrumpió en mi organismo. Decía lo siguiente:

“Estos papiros se escribieron para salvaguardar a la hermosa hija del ébano, que engendrada por el agua, es un regalo de cielo. Sus poderes serán curativos o mortíferos, dependiendo del hombre que la utilice”.

En la esquina de la numeración criptográfica, aparecía un borrón de considerable tamaño; lo miré concienzudamente y resultó estar compuesto por cinco estambres y un capullo de rosa a modo de asterisco inferior —era la primera vez que salía—. A eso se refería Masud. Debía colocarse entre la quinta y la sexta hoja de *El Libro de los Vivos*. El porqué todavía se me escapaba; todo llegaría. Cuando acabara la traducción de los escritos, meditaría sobre la existencia de esas entre páginas tan interesantes.

El segundo código —con tres tallos de un solo pétalo y otro asterisco—, sin lugar a dudas debía situarla entre el los pairos treinta y el treinta y uno. Su traducción fue esclarecedora. Acabada la lectura, unas lágrimas recorrían mis pómulos. Lo interpreté del siguiente modo:

“Quienes descubran el círculo que encierra el pentágono, formarán la

triada del amor. El de cinco lados ocultando al de tres en la numerología sagrada. La Providencia escribió su historia durante la génesis de la creación”.

El tercer manuscrito clavó una daga en mi corazón:

”Dos guardianes y una mujer. Una par de gemelos de cada monarca. Todos con rosa abierta. Las dudas acompañando sus vidas”.

Los titubeos cedieron ante la nada; la energía que pululaba en mi organismo, desapareció. Nunca había meditado. Pero si alguien me hubiera visto hubiera creído que era una maestra Zen: tomé la posición del loto y permanecí autista durante horas. Ensimismada en mis pensamientos: la luz de mi raciocinio voló. Desperté con el recinto oscuro. Desconocía qué había pasado; un sueño repentino se había apoderado de mí. Al entrar había dado la luz —habíamos provisto la estancia de electricidad— alguien la había apagado. A tientas rebusqué en mi mochila hasta encontrar la linterna; al encenderla me sobresalté. Los huecos del anillo móvil estaban abiertos y el sarcófago a la intemperie. Desconocía qué había pasado. Fui hacia el interruptor; pero estaba averiado. Recorrí las concavidades en penumbra. No había nada inusual. Recogí los papiros de Masud y salí de la estancia circular como alma que lleva el diablo. Fui directa a su habitación. Entré si llamar. Me daba igual la hora que fuera o la compañía que tuviera; por suerte estaba solo.

—¡Masud ! —grité.

—¿Dime Eva? —despertó frotándose los ojos como si le hubiera susurrado algo al oído.

Tras contarle los sucesos, preguntó si había leído los pergaminos que me había entregado. Moví la cabeza negativamente.

—Sólo he leído tres...

—Mal hecho —recriminó—. Si hubieras traducido los diez no habrías venido a horas intempestivas —miré el reloj (eran las cinco de la madrugada).

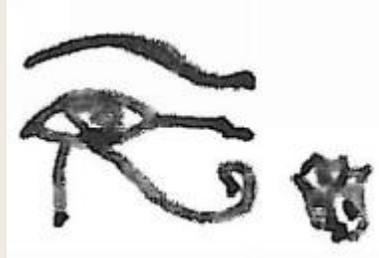
—Por primera vez en mi vida, no tengo ganas de transcribir jeroglíficos. He pensado que me los puedes resumir, y, de paso, me dices el porqué de su existencia. Si lo sabes, claro —contesté impaciente.

—Te los resumiré. Hace tiempo que no te veía irritada —sonrió.

—No tiene gracia. Ya ves que a la hija de *La Rosa Negra*, como me llamáis entre vosotros, le falta autosuficiencia. ¡Habla! —incredulé.

Masud se armó de paciencia y fue leyendo los códigos. Su fluidez, me dejó atónita: era todo un erudito. Fui tomando notas. El conocido *Ojo de*

Osiris[42], aparecía en diversas ocasiones con una pequeña corola de rosa negra en el extremo exterior. Era hermoso, como decir que Osiris protegería *El legado de La Rosa Negra*.



Gracias a mi capacidad de síntesis, comprobamos que el conjunto formaba una carta llena de revelaciones a cada cual más sorprendente:

1- *“Estos papiros se escribieron para salvaguardar a la hermosa hija del ébano, que engendrada por el agua, es un regalo de cielo. Sus poderes serán curativos o mortíferos, dependiendo del hombre que los utilice”.*

2- *“Quienes descubran el círculo que encierra el pentágono, formarán la triada del amor. El de cinco lados ocultando al de tres en la numerología sagrada. La Providencia escribió su historia durante la génesis de la creación”.*

3- *“Dos guardianes y una mujer. Una par de gemelos de cada monarca. Todos con rosa abierta. Las dudas acompañando sus vidas”.*

4- *“El hombre que se convierta en primer guardián poseerá a la mujer. El otro vivirá en la sombra hasta que el anterior perezca. Nadie sabrá que su estigma vive florido”.*

5- *“Ella tendrá los cabellos de Ra e interpretará el papel de Ast. Se la conocerá con el nombre de la primigenia mujer de su credo. Su piel será nacarada y sus ojos obsidiana viva. Regresará desde la puerta de Usir a la vida con la sanación de la wurtinulogy”.*

6- *“Una vez que Anpu la esculpa con rosas, podrá abrir y cerrar los secretos mientras duerma en el mundo de Ptah: su protector”.*

7- *“Usir llamará a los hombres y ellos conocerán el*

futuro. Nada dirán al respecto: será un secreto entre hermanos. Aunque sus vidas penden de un hilo”.

8- *“Si la aman deberán tomar parte de Ra y parte de Anpu. La corrupción querrá vivir eterno. Algo reservado al hijo de ‘El Grande’. Será la forma de descubrir a Suty”.*

9- *“Él, deberá partir hacia el tribunal de Usir para entregarse a Anpu voluntariamente. El que incube amor, entregado a Ra, vivirá con la mujer una nueva vida”.*

10- *“Cuando TODO vea por segunda vez a Ra quedarán cinco lunas para que la wurtinulogy salga a la luz. Curará las heridas de la tierra y el mar. Los vientos se aplacarán y el fuego yacerá bajo el umbral tras rugir”.*

Estaba sobresaltada. Demasiadas dudas encerradas entre aquellos ancestrales caracteres. Verdades a medias... Era primordial interpretar escrupulosamente todos y cada uno de los manuscritos. Debíamos saber a qué nos enfrentábamos.

35

Masud estaba ausente. Tuve que ideármelas para deducir el compendio en solitario y después testarlo con él. Las traducciones hacían referencia a distintos dioses del panteón egipcio con diferente influencia. Todos, mariposeando alrededor de a un triángulo amoroso muy peculiar. Partiendo de este guarismo, el *Gran Mural* nos representaba a nosotros. Decididamente uno de los dos hermanos era la reencarnación del mal mientras que el otro lo era del bien. Anoté las deidades señaladas y mis deducciones...

Suty equivalía a Seth —la maldad, la fuerza bruta. ¿Khalid?—. El hermano de Usir —Osiris: el bien. Señor del tribunal de los muertos—. ¿Masud? Ast, era Isis, la hermana. La amada por ambos: la codiciada. Mi cuerpo se estremeció. Partiendo de dichas suposiciones; yo la representaba, hermanada a ellos por mi crisálida de rosas negras.

El resto del papiro sexto, encajaba a la perfección con los hechos

acaecidos horas antes. Había sido capaz de abrir en solitario el anillo móvil ensimismada en una obnubilación cuasi sobrenatural. Ptah era el señor de la magia. Razoné que ambos hermanos se habían inoculado sanación, destrucción y quizás vida eterna. Ahí podía radicar el cambio de personalidad de Khalid. Era horroroso: sacrílego.

Lo mismo sucedía con la interpretación del papiro noveno: “*Él, deberá partir hacia el tribunal de Usir para entregarse a Anpu —dios de los muertos, cuya versión helenizada era Anubis— voluntariamente*”. Literalmente significaba que Suty/Seth/Khalid (el mal) tenía que suicidarse. A eso se refería Masud cuando insinuó que nuestro amor estaba manchado con sangre; sabía que Khalid iba a inmolarse. No podía evitar regocijarme. Pero la humanidad que todavía hervía en mi organismo, flagelaba mi conciencia.

Era el momento de hablar cara a cara con Masud. No iba a dejar que pereciera tan fácilmente. Al fin y al cabo, los tres éramos cobayas de la *wurtinnulogy*.

Masud se sinceró. Me confió que siguieron al pie de la letra el inicio del pliego octavo: “*si la aman deberán tomar parte de Ra (vida) y parte de Anpu (muerte)*”. Convertidos en ratones de laboratorio, la vida de ambos cambió; lo mismo que sus caracteres. Masud se mantuvo discreto, proclive a la bondad; aunque, en más de una ocasión tuvo que aparentar —como tantas otras veces a lo largo de su existencia— todo lo contrario: era la forma de protegerse. Khalid pedía más. Un día le confesó que había probado la fórmula de la vida eterna como rezaba la otra parte de dicho papiro: “*La corrupción querrá vivir eterno. Algo reservado al hijo de ‘El Grande’*”.

A partir de ese instante, la personalidad de Khalid cambió radicalmente. Su Mr. Hyde salió del escondite. Siguiendo con el particular periplo amanuense que ambos hermanos mantenían, Khalid debía suicidarse; así lo promulgaban los papiros. Sin embargo, comenzó a dar largas poniendo en peligro nuestras vidas: deseaba asesinarnos a todos, incluido a los niños. Entre otras cosas porque había descubierto nuestro romance.

Masud intentó disuadirlo: no hacía falta que Khalid muriese... simplemente, tenía que desaparecer. Marcharse a otro país. Como es natural, Khalid no razonó. Tuvieron una fuerte discusión que desencadenó una brutal pelea en la que ambos salieron malparados. Los dos tramaron un fatal desenlace para su contrincante. Usir/Osiris/Masud —el bien— fue más rápido:

saboteó la avioneta de su hermano. Por este motivo, Masud se sentía tan pérfido como Khalid: un asesino despiadado. Un criminal que no merecía ostentar la corona de *La Rosa Negra* y menos caminar felizmente por la Tierra como si fuera un santo varón o vivir vitoreado por desenterrar un legado de innumerable valor para la humanidad.

Masud seguía relatándome los sucesos en *La Cámara de la Sabiduría*. De improviso rugí:

—Haces bien en querer morir. ¡Te odio! ¡Eres un fratricida!

—Ya ves que estoy muriendo; entre otras cosas porque Khalid me inculó una dosis letal de la *wurtinulogy* destructora.

Mi salida de tono había sido un instinto primario. Empero, estas palabras me habían descolocado por completo.

—¿Cómo?... —me quedé estupefacta.

—¡¿Vamos. No me digas que no te alegras?! —bramó Masud, irónico.

—En realidad, no lo sé —concluí con la mirada tan neutra como las efigies del *Gran Mural*.

—Creo que mis antepasados escribieron el vaticinio del oráculo exentos de detalles. Ésos debíamos añadirlos nosotros; dueños de nuestro propio destino. Cuando te conocí eras perfecta. Nuestra Ast/Isis/Eva. Te llamabas como la primera mujer reconocida en tu religión. Tanto tus virtudes como tus defectos, se acoplaban a los detalles que conocíamos.

—¿Era...?

—Poco queda de aquella beldad inmaculada.

—Tienes razón. La vida nos ha puesto a cada uno en su lugar. Tus antepasados desconocían que dejaría de amar a tu hermano el día que me violó.

—¡No es cierto. No hace falta que mientas!

—No miento. Es más, nunca lo quise. Sólo era tu réplica. Te he amado desde la noche que nos conocimos en Paradis —me acerqué y lo besé con fervorosa pasión.

—¡Déjate de idioteces! —se apartó con furia. Unas gotas de sangre resbalaron por sus apetecibles labios. Pero Masud ni se inmutó.

—Te deseo desde entonces. A ti. No a él. Lo descubrí cuando me hiciste tuya por primera vez —proseguí.

—Aunque fuera verdad, para nosotros es demasiado tarde. No podré

vivir con la muerte de Khalid sobre mis espaldas.

—Sólo te defendiste. Digamos que fue un homicidio en defensa propia con atenuante; nos salvaste a mí y a nuestros hijos.

—Sí. Pero el deseo de poseerte, era mayor.

—Eso nadie lo sabe y, además, tú mismo has dicho que inculó la muerte en tu organismo. Atentó contra tu persona.

—Sí.

—¿Entonces?... —me encogí de hombros—. Sólo te defendiste. Debemos hablar con Aret *El Sabio*. Él sabrá cómo tratar tu dolencia.

—¡Mujer, soy tu rey y me debes respeto! No me hables como si fuera tu igual. Si deseas volver a tu país, te dejaré. Mi camino es abrazar la noche eterna.

—¡Es imposible que lo digas en serio! —me agarré a su cuello.

Intentó apartarme hasta que vio que me había agazapado a su organismo como un parásito. Me había convertido en su huésped.

—¡Eva no me tortures! Khalid siempre se sintió inmortal. Era la traducción de su nombre —concluyó desarmado, mirando el infinito.

—¿Y qué significa Masud...?

—Afortunado.

—Y lo eres. Ahora, olvida tu culpa: no la tienes. Debemos terminar la interpretación de los papiros. Hay significados que se nos escapan —imploré con amargura.

—Sea como dices. Acabaremos nuestro trabajo y después me licuaré con el infinito.

—¡No dejaré que mueras!

Acabé a sus pies, quejosa. Envuelta en un salvaje torbellino de chillidos y lágrimas —María Magdalena loando al moribundo nazareno. No dejaba de golpear sus piernas; el rostro compungido, grana: al borde de un infarto. Masud desconocía que podía alterar mi ritmo cardiaco. Aceleralo o frenarlo dependiendo de las circunstancias...

—Pobrecilla. No llores por mí. Estoy perdido —terminó por decir acariciando la maraña de cabello que inundaba mi rostro.

—Masud, no puedes abandonarme. ¡Ahora no!

—¿De verdad sigues siendo esa fierecilla de la que me enamoré?

—De verdad mira mis ojos. Ellos no mienten —contesté moviendo la

cabeza, con unos lagrimones enormes resbalando por mis pómulos.

Contempló la profundidad de mis pupilas y me besó con dulzura; observando las reacciones hasta que nuestras hechuras cedieron a la par que nuestra libidine aumentó. Me deshice entre sus brazos como una flor recién cortada experimentando el sexo por primera vez. Ya no era joven ni bella. Tan sólo una mujer atractiva en los brazos del hombre de sus sueños. Ipso facto, comprendí que aquello era el principio del verdadero amor. Cuando los años ajan los cuerpos y el apetito sucumbe ante una mirada, una caricia, un deseo tierno. Deshecha entre sus brazos dancé como nunca lo había hecho: jamás me abandonaría.

Dormimos sosegados; acoplados el uno al otro. Al despertar, Masud estaba atareado con unos papiros: había recobrado la plenitud de su gallardía.

—Eva, has sanado mi alma y mi cuerpo. Me siento pleno —me guiñó un ojo.

—En realidad estás pletórico. Pero tienes que hacerte un chequeo exhaustivo para saber si estás totalmente recuperado —lo besé con ternura.

—Lo que tú digas, aunque sé que estoy curado —contestó.

—Así me gusta. Pero, ¿te veo un poco alterado?

—Hay algo que me preocupa —dijo mi gran amor, rascando su mentón.

Mi alma de investigadora asomó a la puerta de entrada. Pegué un respingo. Me vestí como pude y en un plis-plas me senté a su lado. Casi había olvidado que los últimos papiros madre tenían demasiadas preguntas sin responder.

Releídos los manuscritos una vez ubicados en *El Libro de los Vivos*, con más incógnitas de las que deseábamos. Comprobé que el corte delantero de las hojas encerraba una enigmática frase: corta y misteriosa. Caracteres jeroglíficos que hubieran pasado completamente inadvertidos de no llevar las gafas de aumento. Decía lo siguiente: “*Leed la cinco de cada cinco más el anterior*”.

—¿Opinas lo mismo que yo sobre esta dichosa frasecita que acabamos de encontrar? —preguntó Masud.

—Creo que debemos leer la quinta palabra de la quinta hoja —contesté haciendo una mueca.

—Eso mismo pienso. ¿Y después?...

—Después seguiremos con... No lo tengo claro; debe tratarse de un mensaje cifrado o algo por el estilo —comenté reservada.

—Me atrevería a decir que es una frase en clave, sujeta al número cinco —reconoció Masud arqueando una ceja.

—¡Vamos allá! —enfaticé, antes de comenzar.

Leídas las palabras tal como habíamos mencionado —la quinta palabra de cada cinco hojas—. Descubrimos, muy a nuestro pesar, que no existía mensaje alguno. Por lo que tuvimos que replantearnos la búsqueda.

—¿Y ahora, qué? —insinuó Masud.

—A ver. Está claro que debemos comenzar por esa palabra y esa página. Estaría bien continuar con los múltiplos de cinco. ¿Qué te parece? —pregunté.

—Tiene su lógica. Probemos.

Tampoco funcionó.

—Espera, no está todo perdido —proseguí entornando los ojos a la par que me estrujaba la masa encefálica.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a seguir duplicando mi anterior teoría.

—¿Cómo?...

—Espera a ver. No digas nada. ¡Tengo una idea!

Masud me dejó obrar en solitario frunciendo el ceño. Tomé la quinta palabra de la misma hoja. La décima de la página diez. La quinceava del papiro con dicho número y así —sumando cinco a cada página revisada y a cada palabra y... ¡Eureka! Surgió una secuencia numérica basada en el número mágico de la estirpe rosada.

Cuando la hubimos interpretado, los dos mirábamos el sarcófago de *Niobeb-Ammón-Ka* con odio. Nos había dado sabiduría e incluso poderes sobrenaturales a cambio de un precio: devolverle la vida. De lo contrario, el bien se tornaría horror. Acabábamos de descubrir el porqué místico conferido al quinto número ordinal: el cinco. Las palabras que crispaban nuestras

entrañas eran un maleficio:

“Cinco lunas contaréis a partir de mi segunda transparencia, la que obrará ella: la Dama con cabellos de Ra. Si mis cuencas no se llenan de vida, mis restos sucumbirán junto con la estirpe rosada y su flor, hasta el fin de los tiempos”.

Si era cierto, correspondía a decir que tras la aparición del sarcófago por segunda vez —cuando quedé en trance y desperté con el anillo móvil abierto—, teníamos cinco días para revivirlo. De lo contrario, el palacio de *La Rosa Negra* con sus habitantes, sus descubrimientos su comunidad científica y su prodigioso legado, desaparecerían. ¿Cómo...? Sólo teníamos que recordar la parte final de la traducción del décimo papiro: *“El fuego yacerá bajo el umbral tras rugir”.*

Por supuesto, no íbamos a intentar reanimar a un saco de huesos mohosos; era patético y monstruoso: antinatural. Algo que habíamos decidido el día de su descubrimiento. Teníamos bastante con los films de zombis que se habían puesto de moda rememorando los 70. Lo que sí sabíamos era que el sarcófago se había abierto dos días antes: teníamos tres jornadas para trasladarnos. Discutimos desde dónde contemplar la hipotética catástrofe. Al final, decidimos permanecer en un alto de *El Valle de los Reyes* cercano al mausoleo de Asim y Khalid. Si pasaba algo, no profanaría un terreno sagrado desde antiguo. Acertamos.

Masud me tomó por la cintura cuando la tierra rugió y comenzaron a aparecer grietas en el suelo. Fue demoniaco. Poco a poco, la heredad que le vio nacer —desde el lugar que habíamos señalados en el GPS como zona cero (*La Cámara de la Sabiduría*)— fue tragado por las enormes brechas de un seísmo, del mismo modo que una hoja queda sepultada tras un talud. Masud pareció no inmutarse. Pese a que su mirada se escarchó y unas taciturnas lágrimas resbalaron hasta su boca. No dije nada: lo abracé con todas mis fuerzas. Cuando acabó la hecatombe, sus ojos llevaban tatuada la explosión.

La tragedia sucedió el quinto día, tal como predecía la maldición; los sismólogos la evaluaron como un terremoto inducido de grado cinco en la escala de Richter cuyo epicentro estaba ubicado en nuestro amado y extinto palacio. Por suerte en el desierto; no existieron víctimas mortales. Sin embargo, en unos minutos, todas las edificaciones de *La Rosa Negra* y su historia, quedaron borrados de la faz de la Tierra.

Niobeb-Ammón-Ka, resultado no menos cruel que cualquier otro sátrapa. Eso sí, su poder de seducción y conocimientos, era infinito. Suele suceder con este tipo de individuos: mentes privilegiadas oscuras como la noche más lúgubre. Lo que desconocía era que *El legado de La Rosa Negra* sería descubierto en un momento en el que la tecnología acompañaría a los hombres; el traslado de todos los descubrimientos, fue un completo éxito. Nos llevamos nuestro *Libro de los Vivos* y la sabiduría de la *wurtinology*, junto con las suficientes simientes y agua del manantial como para su clonación. Lo que para muchos todavía era ciencia ficción para otros sólo era una cifra. Y nosotros contábamos con un capital económico más que abundante. Fue una de esas veces en las que el dinero se utiliza para el bien común. No escatimamos presupuestos: tuvimos a los mejores científicos del mundo.

Masud pasó por una crisálida de rosas negras; al renacer su espíritu fue liberado de toda culpa. Rejuvenecido, yo misma sentí la vida en mi interior. La estirpe de *La Rosa Negra* pasaría a la categoría de mítica. Aunque sus beneficios se propagaran como una pandemia filantrópica entre los humanos. Una verdadera piedra filosofal en lo referente a paliar la hambruna, curar enfermedades y prolongar la vida.

Por fin, Masud me convirtió en su esposa. Me inundaba con su pasión cada noche, mostrándome todas las facetas del erotismo. Jamás había sentido emociones tan intensas y puras. Era el perfecto amante: insaciable, imprevisible, caprichoso, tierno, sensual, cariñoso y complaciente. Muy, muy complaciente. Experimenté todos los rostros del amor: Sade, Nin, Byron y cómo no, Bécquer. Craso error aquel que piense que el sexo está relegado a la juventud; es diferente, el bálsamo litúrgico se evidencia en momentos puntuales y hermosos, para disfrute del alma y el cuerpo. Y después, cuando la hechura se entumece y la mente obnubilada cristaliza en otro ser, la pasión cede ante la ternura y se torna en amor verdadero.

Nunca descubrimos con certeza, si formábamos la triada del amor. O si Masud y Khalid eran la representación de Osiris y Seth; ego y alter ego del hijo oculto de Ramsés II, *el Grande*. Ergo los entramados que envolvieron nuestros descubrimientos, podían ser meras hipótesis como cualquier pasaje histórico. Con todo, el amor, la pasión, el odio, los crímenes y las aventuras en el extraordinario pentágono que un día formé junto a Jaira, Soraya, Masud y Khalid, sería irrepitible. Igual que cinco fueron los ángulos de la *Biblioteca*

Sagrada que salvaguardaba *El Legado La Rosa Negra*.

Cinco, un número corriente para unos y mágico para otros. El tiempo redujo el apasionado pentágono a un triángulo amoroso. Tres personas manejadas por los fantasmales dedos de *Niobeb-Ammón-Ka* como si fueran simples peones en su enfermizo tablero de ajedrez. Sin embargo, el jaque mate lo sufrió él.

Triángulo: polígono de tres lados por el que siempre he mostrado una extraña inclinación no sólo por representar a una pirámide.

Sobre la autora

Anna Genovés es diplomada en Magisterio, licenciada en Historia Antigua y en Arqueología-Prehistoria por la Universidad de Valencia. Desarrolló gran parte de su trayectoria profesional trabajando como profesora de Sociales en diferentes IES de la Comunidad Valenciana. Así mismo, trabajó en RTVV. En ocasiones, ha ejercido de monitora deportiva y encargada de moda. Escribe desde la infancia, tiene publicada en Amazon (formato e-book y papel) la novela *Tinta Amarga* y el libro de relatos *La caja pública*. Otras publicaciones editoriales: *Bovary 21*. Microrrelato *Anna y George*, finalista Relatos Clave 2011. Microrrelato *Tiramisú* (Cachitos de amor. Arcens – 2013), y poema *Barby de Extrarradio* (Aldea poética 2013). Trabajos conjuntos en la editorial Neurotika books y Excodra; individuales en ISSUU. Así mismo, colabora en diversos proyectos o plataformas literarias: Canal Literatura, Pasionis, Dos Disparos, El Cotidiano...

El Legado de la Rosa Negra, es el primer *thriller* histórico-misterioso-cultural-romántico (calambur literario) que edita.

Puedes seguir a la autora desde su blog personal:

Memoria perdida blog. De Anna Genovés

[1] Faraón, film de 1966, basado en Ramsés XIII —personaje ficticio—, que refleja sabiamente el poder de los distintos estamentos sociales durante el Imperio Nuevo egipcio (1550-1070 a. C.).

[2] Disortografía o disgrafía disléxica, trastorno del lenguaje escrito que provoca una serie de errores en la escritura que afectan a la palabra, y no a su grafía.

[3] Dícese de la persona que hace de conciencia de otra.

[4] Especialista en el estudio de carbones o maderas carbonizadas procedentes de yacimientos arqueológicos o naturales.

[5] Distimia, trastorno afectivo caracterizado por baja autoestima y estado de ánimo melancólico.

[6] Alto standing (del inglés), poder adquisitivo elevado.

[7] Ego te absolví (del latín), yo te absuelvo.

[8] DJ, diyéi, disyóquey, pinchadiscos...

[9] Red escort (en el contexto), red de profesionales del erotismo y el sexo.

[10] Mascachapas, hombre o mujer, que suele vestirse con chándal y deportivas. Por lo general, luce *piercings*, y tatuajes. Además de tener un coche tuneado.

[11] Cimitarra, sable de hoja curva que se ensancha hacia la punta y que presenta un solo filo.

[12] Saggat, instrumento de percusión a modo de pequeños platillos metálicos —dos para cada mano— que se utilizan en la danza del vientre o similares. Conocidos en otras culturas como crótalos o zil.

[13] Segunda dinastía de califas suníes que sucedieron a los Omeyas. De origen iraquí.

[14] Linaje árabe que ejerció el poder califal, primero en Oriente y después en Al-Ándalus. El final del califato de Córdoba (1031) dio paso a los reinos de Taifas.

[15] Teenager (del inglés), adolescente.

[16] Gutra, pañuelo árabe de cabeza. Color blanco.

[17] Hikikomori (del japonés), personas que han elegido apartarse de la sociedad. Aislamiento social.

[18] Kasba, barrio antiguo de las ciudades norteafricanas; normalmente está amurallada y tiene callejones laberínticos.

[19] Imperio Nuevo se conoce al periodo histórico que comienza con la reunificación de Egipto bajo Amosis I (1.550 a.C.) y termina hacia el 1.070 a.C., con la llegada de los soberanos libios.

[20] El Gran Al-kahlili o Gran Bazar Khan Al-kahlili; el bazar más antiguo del mundo. Situado en el centro de El Cairo.

[21] Dendera, restos de la que fuera una próspera ciudad a orillas del Nilo. Con un templo dedicado a la diosa Hathor e importantes mastabas —del Imperio Antiguo y primer periodo intermedio— en su necrópolis.

[22] Abidos, una de las ciudades más influyentes del Alto Egipto. Cuna de la escritura, con una colección de 300 jarras y tablillas de arcilla con caracteres jeroglíficos incisos o dibujados con tinta (3.300-3.200 a. C).

[23] Consagrada al culto de la diosa Isis, con numerosos templos del periodo ptolemaico y romano. Quedó sumergida bajo el Nilo con la edificación de la nueva presa de Asuán en el s. XX. La UNESCO trasladó sus edificaciones hasta la isla de Agilkia, donde pueden visitarse.

[24] Osiris, uno de los dioses principales del Antiguo Egipto. Señor del tribunal de los muertos.

[25] Construcción funeraria enclavada en la roca. Mixtura de templo e hipogeo. Característico del Imperio Nuevo. Los más conocidos son los de Abu Simbel, de Ramsés II y su esposa Nefertari.

[26] Celebrity, celeb (del inglés), persona conocida y famosa.

[27] Colosos de Memnón, estatuas gigatescas de piedra que representan al faraón Amenhotep III. Ubicadas frente a la ciudad de Luxor.

[28] Ramesida. En este caso, hace referencia al arte preponderante durante las dinastías XIX y XX. En las que gobernaron los once Ramsés existentes (1.305-1.069 a. C.).

[29] Cartucho, representación esquemática de una cuerda oval anudada que circunda el nombre del faraón o personalidad firmante. En escritura jeroglífica.

[30] Horus, toro victorioso, amante de la Justicia.

[31] Nebty, defensor de Egipto, vencedor sobre los extranjeros.

[32] Hor-Nub, potente y duradero, grande en el triunfo.

[33] Venite et morietur (del latín): “Ven a morir...”

[34] Crestomatía, colección de escritos selectos para la enseñanza de algo en concreto.

[35] Horus, una de las deidades más arcaicas del Antiguo Egipto. Representado, normalmente, con cuerpo de hombre y cabeza de halcón.

[36] Nefertiti, gran esposa real de Neferjeperura Amenhotep, más conocido por Akenaton (1353-1336 a. C. según cronología de Grimal). Célebre por sus transformaciones en la sociedad egipcia. La más importante la implantación del culto monoteísta al dios Aten (Atón en Grecia) que representaba al disco solar.

[37] Cosmogónicas, relativo a la ciencia que trata el origen y la evolución del universo.

[38] Texto de los pirámides, repertorio de conjuros, encantamientos y súplicas, grabados en los pasajes, antecámaras y cámaras sepulcrales de las pirámides del Imperio Antiguo con el propósito de ayudar al faraón en el inframundo donde se celebra el juicio de Osiris (en parte recogidas en *El libro de los Muertos*); asegurando su resurrección y la vida eterna. Básicamente, son una recopilación de creencias religiosas y cosmogónicas muy antiguas; algunos aparecen en estelas y mastabas de las primeras dinastías faraónicas.

[39] Proporción Aurea o divina proporción, representado por la letra griega Φ (fi) en honor a Fidias. Es un número algebraico irracional con caracteres estéticos y místicos. En geometría, si aparece dentro de un pentágono, forma el llamado pentágono regular estrellado o pentalfa con todos los segmentos en progresión aurea y sus triángulos sublimes.

[40] Protodinásticos, se corresponde con el periodo de Naqada III o predinástico entre los años 3.300 – 3.100 a. C. momento en el que surgieron las primeras ciudades egipcias: Edfu, Abidos, Elefantina...

[41] Libro de los Muertos, recopilación de sortilegios mágicos utilizados en los rituales funerarios cuya función principal era superar el juicio de Osiris —a modo de litigio final individual para cada difunto— y el recorrido por el inframundo hasta llegar a la vida del más allá.

[42] Ojo de Osiris, símbolo solar de características mágicas, protectoras,

purificadoras, sanadoras, que encarnaba el orden, lo imperturbable, el estado perfecto.

